

MAYO - AGOSTO 2018

Historias 100

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Op. cit.



Historias

100

REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ENTRADA LIBRE

- Carlos Aguirre / Antonio Saborit 2
 Rebeca Monroy Nasr 15

ENSAYOS

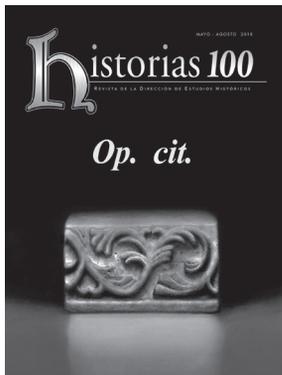
- Carlos Aguirre Anaya
A propósito del número cien de la revista historias 18
 Rodrigo Martínez Baracs
La revista historias de la Dirección de Estudios Históricos del INAH (1982-2018) 22
 Edgar O. Gutiérrez López
"El pasado siempre pesa sobre la actualidad". Textos en la revista historias sobre los siglos XVIII y XIX 27
 Beatriz Lucía Cano Sánchez
Revista historias de la Dirección de Estudios Históricos, siglo XX 47
 Esther Acevedo / Rosa Casanova
Tiempos y memorias 53
 Rebeca Monroy Nasr
La revista historias, nuevos tiempos en un festejo centenario 61

CARTONES Y COSAS VISTAS

- Gerardo Necochea Gracia
Infancia minada: entrevista a Silvia Aguirre 67

RESEÑAS

- Clara García Ayuardo, *Construyendo los estereotipos del indio a lo largo del tiempo* 81
 Rodrigo Martínez Baracs, *Un estudio sobre el Diálogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan, 1559, de fray Maturino Gilberti* 87
 Miguel Soto, *Calaveradas y erudición* 95
 Rosa Casanova, *Rostros y sitios en los inicios de la fotografía en Querétaro* 99
 Diana Lizbeth Méndez Medina, *El Distrito Norte de la Baja California en disputa* 102
 Beatriz Lucía Cano Sánchez, *Los usos sociales del agua* 104



Portada: Renato Esquivel, *Op. cit.*, pintura digital, 2014.

Entrada Libre

El pasado siempre pesa sobre la actualidad. Entrevista con David A. Brading*

Carlos Aguirre
Antonio Saborit

Desde principios de la década de los setenta empezó a circular su obra en México. De comerciantes y mineros a los Orígenes del nacionalismo mexicano, el nombre de David Brading se ha vuelto familiar. Sin embargo, conocer la obra no es conocer al historiador. Nos gustaría saber quién es.

David Brading (DB) Nací en Inglaterra, cerca de Londres, en 1936. Tuve una educación totalmente inglesa y parte de la secundaria la hice con jesuitas. Nací, me eduqué en Inglaterra y no salí del país sino hasta los veinte años. En aquel tiempo, el servicio militar era obligatorio e ingresé a las fuerzas aéreas donde tuve que aprender chino. Fui destacado a Hong Kong y ahí pasé más de medio año entre 1956 y 1957.

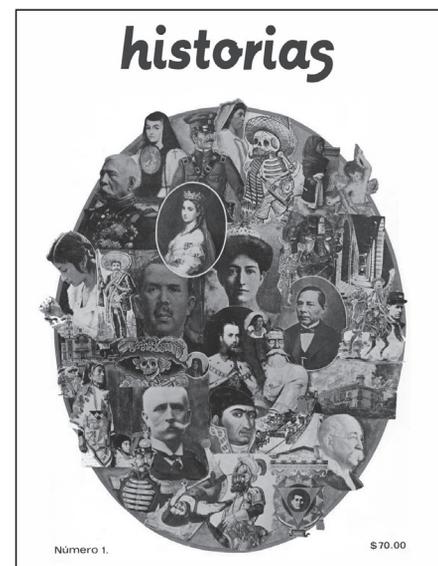
* Este texto apareció originalmente en *historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos* del INAH, número 18, julio-septiembre, 1987, pp. 35-42. Cabe señalar que se reedita por ser éste un número conmemorativo.

Pasé tres años en la Universidad de Cambridge en donde estudié historia entre 1957 y 1960. En ese entonces no tenía ningún interés ni ningún conocimiento de América Latina. En 1960, fui a la Universidad de Yale, en Estados Unidos, con una de las cuatro becas “Henry Fellow” que se ofrecían a los alumnos de Oxford y Cambridge.

En Yale, de pura casualidad, un amigo me invitó a Cuba. Fue en la navidad del 60, durante la época de Fidel. Estuve unos diez días y fue en realidad el principio de mi afición o conocimiento y experiencia de América Latina. Durante las pascuas, hice un viaje por el Caribe con un amigo inglés; visitamos Jamaica, Santo Domingo y Puerto Rico. En el verano de 1961 estuve en México en donde pasé como unas ocho semanas viajando por todas partes por mi cuenta. Visité todas las ruinas arqueológicas, Teotihuacán, Monte Albán, Palenque y Yucatán. También, claro, hice un recorrido de las ciudades coloniales famosas desde Guadalajara hasta Chiapas. En San Cristóbal de las Casas pasé una semana en casa de los Blom familiarizándome con su magnífica biblioteca. Luego estuve en Mérida. Creo que de ahí vino mi interés por todo lo mexicano aunque, claro, en aquel tiempo apenas manejaba el español.

Creo que lo que más me impresionó de mi visita a México en esa ocasión no fueron tanto las ruinas ni los famosos murales sino más bien las iglesias barrocas. Esta fue mi primera experiencia viva del barroco. Al igual que algunos otros de mi generación, fui a Asia y al Nuevo Mundo primero antes de visitar la parte continental de Europa, de modo que quedé fascinado con los retablos churriguerescos. Yo había estudiado algo de este rococó, aunque sólo el austriaco, a través de fotografías y ya me había despertado cierta atracción. Mi educación y formación ha sido en gran parte católica y en manos de jesuitas así es que siempre me ha llamado la atención esta época de la iglesia católica para poder comprender qué fue en realidad la contrarreforma y el barroco.

En Yale, entonces, estuve un año, de 1960 a 1961, y a mi regreso a Londres pasé una temporada decidiendo qué hacer. Después de un año, ingresé al doctorado en Historia de la Universidad de Londres bajo la dirección del profesor John Lynch. Él quería que estudiara las intendencias, pero después de revisar el material en el Archivo de Indias en Sevilla, me di cuenta que la cuestión realmente determinante en la sociedad mexicana colonial había sido la minería; si uno lee la obra de Humboldt, en seguida nota la importancia de la minería. Entonces, traté de combinar el estudio del gobierno, de las reformas borbónicas, de la minería y de Guanajuato en particular, para poder



llegar a una visión de conjunto. Elegí el siglo XVIII porque mi intención era mirar hacia el pasado y hacia épocas posteriores. El siglo XVIII es el punto medio, el más conveniente; en realidad es un eje en la historia de México. Así es que primero fui al Archivo de Indias en donde estudié todas las cartas de los virreyes, alteros de legajos, y después me fui a México en el año de 1964 cuando el Archivo General de la Nación estaba todavía en el Palacio Nacional. Llegué con la intención de trabajar en este archivo y además en el Archivo Histórico de Guanajuato y, claro, también en otros archivos de provincia.

¿Cuál fue su primer empleo después de hacer el doctorado?

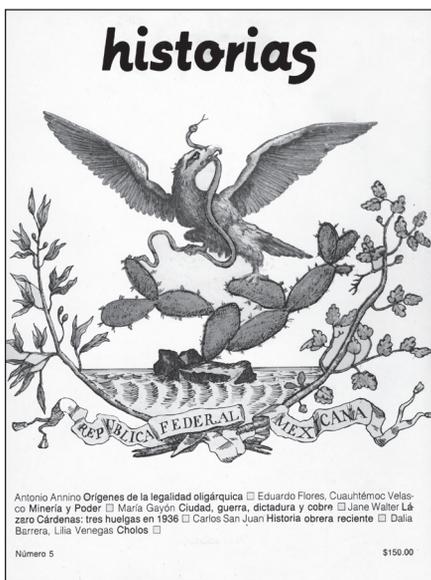
DB Mi primer empleo como profesor fue en la Universidad de Berkeley en California. Llegué en 1965 y ahí estuve dando clases durante seis años. Mi primera tarea consistió en impartir una serie de casi cincuenta clases sobre la historia de México: desde Moctezuma hasta López Mateos. Después, también enseñé la historia del Perú y de Argentina.

¿A quiénes les daba clases?

DB A estudiantes americanos, desde luego. Pero es importante señalar que en los seis años que estuve ahí me tocó todo el movimiento de las minorías en los Estados Unidos. De modo que si en mi primer año como profesor en el curso de la historia de México tuve a unos cuarenta alumnos, entre los cuales sólo había dos chicanos, ya al final, en mi último año de los cien alumnos que tuve la mitad eran chicanos. El gran ingreso de los chicanos a las universidades de California fue un cambio radical en aquellos años; los chicanos se sentían atraídos por la historia mexicana.

¿Qué fue lo más interesante de aquellos años?

DB Ser testigo de un momento de efervescencia en Berkeley. Fue muy impresionante. Me tocó todo el movimiento estudiantil y las manifestaciones en contra de la guerra de Vietnam. Fue realmente una experiencia vital y fascinante en mi formación profesional. Era joven, entraba a un campo en el que yo era un mero aprendiz y tenía que actuar como profesor y dar clases. En mi primer año de profesor, muchas veces tuve que salir corriendo a la biblioteca a las ocho de la mañana para preparar la clase que tenía que dar a las diez.



Fue entonces cuando leí a los grandes historiadores mexicanos del siglo XIX.

¿Hay algún historiador que haya ejercido una influencia especial en su formación?

DB Es difícil hablar de una sola influencia cuando durante los tres años en Cambridge había que leer a una gran cantidad de autores. Pero claro, uno de los grandes maestros en Inglaterra que ejerció una gran influencia en mí fue Lewis Namier; él constituyó una influencia clave. Él estudió el concepto de la nación política y los partidos políticos y sobre todo el enfoque prosopográfico acerca de la participación política durante el siglo XVIII inglés. De ahí se inspiró Enrique Krauze cuando comparó al México de hoy con la Inglaterra del siglo XVIII, en donde hay toda una mezcla de tradición, corrupción y captación. Los sonámbulos de Arthur Koestler lo leí entonces y me gustó muchísimo.

En cuanto a influencias más recientes, la obra de John Pocock, *The Machiavellian Moment*, una obra magnífica que traza todo el desarrollo de las ideas políticas desde Florencia en el siglo XV hasta el siglo XVIII en los Estados Unidos, me causó gran impresión. En cuanto a la creación de una tradición, los libros de Harold Bloom, que no es un historiador pero que da una imagen de cómo se va formando una tradición intelectual, fueron muy importantes. Por otra parte, W.B. Yeats es uno de mis poetas predilectos junto con T.S. Eliot.

Para un historiador inglés, qué ventaja puede tener estudiar México o algún país de América Latina. Además, como usted nos decía, la historia latinoamericana en Inglaterra no estaba particularmente desarrollada ¿ello no fue un handicap en contra?

DB Fue en los años sesenta cuando se comenzó a dar una apertura hacia el exterior en toda Europa. Lo mismo sucedió en los Estados Unidos. El gobierno británico impulsó los estudios sobre “el Tercer Mundo” —esta expresión no me gusta—, y de alguna manera creció el interés dentro de Inglaterra hacia el exterior y las oportunidades para viajar y estudiar se multiplicaron a través de las becas.

No olvidemos que mi generación fue privilegiada en la medida en que halló un ambiente favorable para desarrollarse —y cuando digo generación, me refiero a un corte cronológico

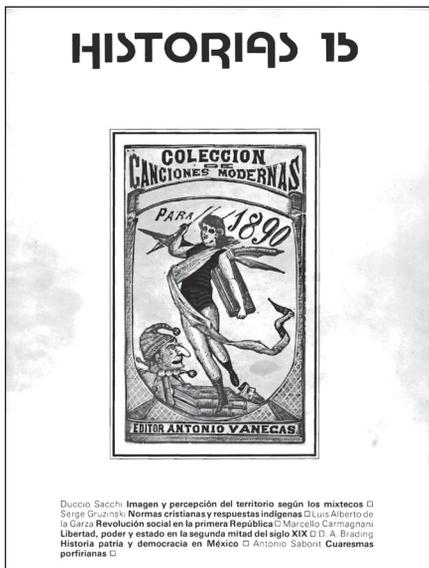
HISTORIAS 10



y no a un grupo intelectual o con ideas propias. La década de los sesenta fue una época de expansión y de confianza después del estancamiento casi total que caracterizó a los círculos universitarios durante la mayor parte de esos quince años después de la última guerra mundial. Pero en los años sesenta, el gobierno creó nuevas universidades y nuevos puestos, esto sucedió tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos; el ambiente era más optimista y se miraba hacia el exterior. Esta situación fue clave para mi generación, porque nosotros fuimos los que ocupamos estos nuevos puestos, lo cual ya no fue posible para la generación posterior. George Kubler en su libro, *The Shape of Time* dice que es muy importante el punto de entrada en cualquier secuencia cultural; el mío, fue un momento privilegiado. Eran pocos los que estudiaban América Latina. Hace poco, Carlos Monsiváis decía que en los últimos veinte años la historia de México pasó de la etapa artesanal a la etapa industrial, eso parece ser verdad. Hay que ver que en México el estudio profesional, como carrera, se empezó a dar hace poco, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, con la excepción de El Colegio de México y del grupo de investigadores que estaban trabajando alrededor de don Daniel Cosío Villegas; éste también fue un momento privilegiado.

Por otra parte, son muchísimas las desventajas para un inglés o para el extranjero que va a estudiar a México. Es una cultura muy distinta, aunque también, México forma parte del mundo occidental; no es como ir a China o al Japón donde existe una cultura mucho más ajena. Sin embargo, en México, las mismas semejanzas ocultan diferencias muy grandes que uno va descubriendo lentamente. Pero creo que las situaciones cambian según el tipo de historia que se quiera hacer. Es más fácil para un extranjero hacer la historia de la vida económica que la historia de la vida cultural o de las ideas. Cuando se estudian las instituciones y la vida económica, que en cierto modo están dominadas por reglas o leyes que son semejantes en cualquier parte del mundo, uno tiene que averiguar lo que es singular y lo que es determinante. Así, al aplicar la formación que uno obtiene en el estudio de la historia inglesa o de la historia europea, en realidad se puede formar una buena imagen del desarrollo de estos factores en México.

Nos dice que México es parte del mundo occidental. Pero precisamente una de las preocupaciones fundamentales de nuestra historiografía es encontrar lo específico de México, al extremo,



en ocasiones, de negar en los hechos la pertenencia de México a ámbitos mayores. ¿Qué nos puede decir sobre esto?

DB Creo que en México siempre ha existido una tensión entre lo que es la tradición de la historia nacional, por un lado, y por el otro, la historia universal. Las dos tradiciones existen en México. Ciertos intelectuales parecen obsesionados con su propio país, con su propia historia, sus problemas y la tradición intelectual a la que pertenecen. Un ejemplo puede ser Andrés Molina Enríquez. Pero por otra parte, hay intelectuales para los que México forma parte de la cultura occidental y por lo tanto les parece necesario apropiarse de toda esa cultura. Un ejemplo es José Vasconcelos. Creo que el esfuerzo de toda su generación realmente fue afirmar que México es parte del mundo occidental.

Si partimos del auge historiográfico que se da en los años sesenta, se observa la tendencia a realizar estudios monográficos. De entrada, un estudio monográfico implica de alguna forma estrechar el ámbito intelectual interpretativo, con lo que se pierde la necesidad de confrontar situaciones particulares con aspectos más generales. ¿No ve esta tendencia como dominante?

DB Si lo que se quiere es ser un profesional, hay que hacer investigación. Esto es lo que distingue realmente a la historia moderna que apenas se empezó a hacer en el siglo pasado con los métodos que avanzaron sobre todo los alemanes. Así, si ir a los documentos, a las fuentes primarias, es lo que define a la historia profesional, entonces es casi obligatorio hacer monografías. Sólo a partir de la búsqueda intensa en las fuentes puede hacerse algo novedoso. El historiador profesional, a diferencia del sociólogo o del crítico literario, no tiene tantas dudas sobre su vocación porque como el pasado es tan vasto, siempre hay cosas por conocer, siempre hay cosas más allá y siempre se tiene la sensación de que se avanza, como en la ciencia, y se descubren cosas nuevas.

Cualquiera puede lanzar preguntas generales, pero lo que define al historiador profesional es el plantearse preguntas que puedan responder las fuentes mismas. Si uno entra a un archivo sin saber lo que quiere hallar, lo más seguro es que encuentre demasiada información y se pierda. Es cierto que muchas veces es imposible hallar lo que se busca, pero la diferencia está en saber definir antes lo que se quiere encontrar en los archivos.

HISTORIAS 20



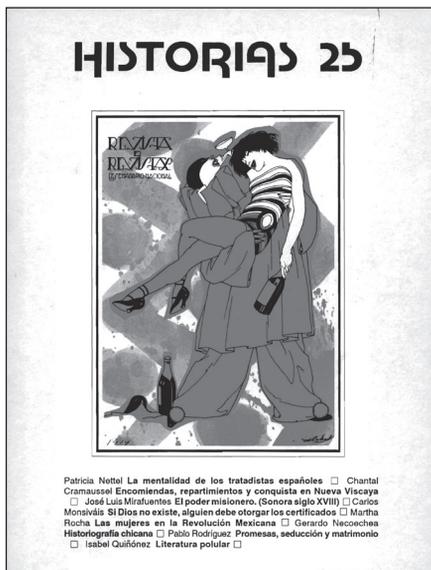
James Lockhart: Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México
 Patricia Nettel: Sevilla y el Atlántico: una lectura
 Celia Vio: La ciudad de Querétaro en 1791
 Jorge Silva: El comercio y el poder en Valladolid
 J. J. Fynewith-Brooks: El nuevo Eldorado
 Inés Herrera: Comercio y comerciantes en el Pacífico mexicano
 Paolo Riguzzi: La imagen nacional en el porfiriato.

Tal vez las monografías sean una etapa, pero también creo que hay que ir más allá de las monografías y tratar de hacer alguna síntesis. Creo que la historia profesional tiene ciertos deberes públicos y que en realidad, además de presentar su monografía en un estilo que al menos resulte atractivo y accesible para el público, el deber del historiador es el de escribir historias más generales. Yo no he escrito todavía una historia general, pero no descarto la posibilidad de que un día lo haga.

En su obra se observan claramente varias etapas. Lo más notable es el cambio de interés, primero por la historia económica y social y, después por el estudio del nacionalismo y la historia de las ideas. Nos parece que es una experiencia particularmente atractiva. La historia de las ideas incluso hasta se puede ver como contrapuesta a la económica y social.

DB Yo creo que hay dos etapas. Por un lado está el libro de *Mineros y comerciantes*, que se trató de un estudio muy general que quiso definir toda una etapa de la vida mexicana en términos administrativos y económicos, y luego le siguió el libro de *Haciendas y ranchos*. En 1969, lo pasé en México haciendo la investigación, un trabajo denso porque estudia un solo distrito, León, pero cuya realización representó para mí una experiencia ardua. Trabajé en el Archivo Notarial de León en una habitación en donde estaban los tomos de las notarías que abarcaban desde 1570 hasta nuestros días, año por año. Estaban ahí tres secretarías notariales que escribían a máquina y los campesinos llegaban a comprar o a vender tierras; esto fue experimentar la continuidad de la historia mexicana. Fue un análisis muy denso, muy cuantitativo, muy minucioso y por lo mismo, agobiante. Fue una monografía *par excellence*, en la que invertí todas mis fuerzas para conocer todos los detalles, pero también para definir el desarrollo de la propiedad, de la hacienda, del rancho y para explicar la existencia de esta clase ranchera en León. Fue una obra concebida bajo la influencia de la escuela francesa de los *Annales*. En aquel entonces, también tuve la oportunidad de intercambiar muchas ideas con Enrique Florescano quien recientemente había vuelto de Francia.

Por otra parte, siempre estuve interesado en la historia intelectual desde mis días en Cambridge en donde estudié la historia de las ideas políticas desde Platón hasta Max Weber. Después quedé fascinado cuando leí a los grandes historiadores de la independencia mexicana como el Padre Mier, Lucas



Alamán, Zavala, para obtener alguna idea sobre la colonia. En especial, me fascinó el Padre Mier quien fue una figura realmente extraordinaria. Empecé a interesarme por el nacionalismo mexicano a partir de este interés en el Padre Mier siguiéndole la pista hasta llegar a sus fuentes para poder trazar el desarrollo de su pensamiento. Ensanché más este panorama cuando estudié el liberalismo a raíz de mis clases sobre historia de México. Entonces las fuentes secundarias eran muy pocas y limitadas así es que para formarse una imagen de México en el siglo pasado tuve que leer a todos los grandes historiadores del siglo XIX como Alamán, Mora y Sierra, entre otros. Ya enfrascado en esas lecturas, descubrí a Molina Enríquez, que también me fascinó. Mier y Molina Enríquez fueron mis grandes descubrimientos, en mi opinión, los autores más mexicanos y más idiosincráticos. Al tratar de entender lo que decían y seguir sus pistas, creció mi interés. En mis estudios sobre el desarrollo de la historia de las ideas en México, siempre me fueron significativas las ideas de don Edmundo O’Gorman.

Hay que ver que en la historia de México siempre han llegado corrientes intelectuales provenientes de Europa como el barroco, el neoclasicismo, el liberalismo, pero también hay otras corrientes que son mexicanas que tiene su origen en el patriotismo criollo, como la pasión por la grandeza azteca y el culto de Guadalupe o, ya en el siglo XIX, la experiencia misma de la insurgencia, el problema del liberalismo y la realidad misma —contradicciones básicas en la experiencia del México de aquel tiempo y que de algún modo le hicieron confluír al Porfiriato. En la revolución, claro, volvemos a ver otra vez el surgimiento de ideas que son propiamente mexicanas, como las de un Molina Enríquez, que contrastan en cierto modo con las ideas internacionales de los modernistas y los miembros del Ateneo de la Juventud.

Para entrar en el campo de la historia de las ideas hace falta un conocimiento muy amplio de la historia misma del país. Si uno empieza con la historia de las ideas, muchas veces se cae en puras abstracciones y resulta imposible medir la realidad de las teorías que uno lee en los libros si uno por su propia cuenta no se ha encargado en cierto modo de hacer la historia y no conoce la realidad social. Hay que cubrir un campo muy amplio para entender el desarrollo del pensamiento, y esto es imposible si uno se limita a un solo pensador. Al estudiar la historia de las ideas en la colonia, uno se da cuenta que casi todos los grandes cronistas forman parte de una tradición: acoge la influencia de su predecesor o la ataca. Esto es muy semejante

HISTORIAS 30



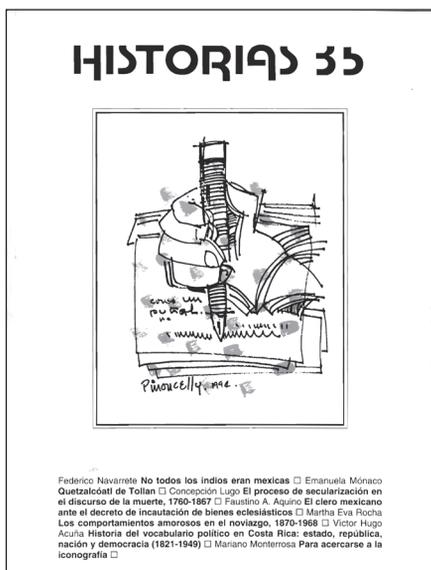
Patricia Nettel Religiosidad utópica en fray Jerónimo de Mendietta □
 Marco Bellingeri La Academia de los Linceos y el Tesoro mexicano □
 Rina Ortiz El beneficio de minerales en el siglo XIX □ Franco Svarano
 Pueblos, elites y dinámica política local en Yucatán □ Antonio Sabarín
 Tina Modotti y el crimen de la calle Abraham González □ Dolores Pila El
 encuentro de los refugiados españoles con México □ Fernando Iwasaki
 Fray Martín de Porras santo, ensalmador y sacamuelas □ Enríquez
 Turió Sufragio femenino en México. Bibliografía □

a la teoría de Harold Bloom, de Yale, según la cual en cada tradición hay un texto primario ante el cual autores posteriores reaccionarán, repudiarán, tratarán de evitarlo o vivirán felizmente bajo su sombra. Este caso se dio en México con la *Monarquía Indiana* de Torquemada que hasta casi el siglo XIX dominó el terreno y que siempre se le trató de evitar y oponer o rehacer —y en el Perú, claro, se dio el caso de Garcilaso de la Vega y sus *Comentarios Reales*.

¿Hasta qué punto para hacer historia de las ideas se tiene que tener un conocimiento cabal de la vida material? ¿Es a partir de la historia de las ideas que se tiene una comprensión más global y cierta de una sociedad, y por ello la historia social y económica contienen limitaciones para la explicación más general del desarrollo histórico?

DB Estoy de acuerdo con la segunda parte de la pregunta. Cuando traté de explicar lo que, por ejemplo, fueron México y en particular Guanajuato durante el siglo XVIII en base a los archivos, experimenté la frustración de no poder penetrar cierto nivel —el de los efectos de la vida material o social— sin conocer en realidad lo que pensaban las personas de la época. Creo que es solamente a partir de la historia de las ideas o de las formaciones religiosas o del arte que se puede entrar a la mentalidad de una sociedad.

Mi gusto por el arte barroco y churrigueresco me hizo buscar el puente entre las iglesias, los retablos, las fachadas y la vida económica y social. Para lograr esto tuve que ir precisamente a las ideas y a la religión y éstas están presentes en los cronistas y en los sermones de la época.



Los historiadores al estudiar el pasado de alguna manera nos confrontamos con nuestro presente. Queremos entender algo de lo que nos está sucediendo. ¿El análisis que realiza sobre la historia del nacionalismo respondería a estos asuntos?

DB El pasado siempre pesa sobre la actualidad. Como sucede con cualquier otro país, es imposible entender a México sin referirse al pasado. Esto es importante para explicar las diferencias en la actuación de los distintos países dentro del contexto del sistema capitalista de hoy. Se puede decir que en el occidente todos somos parte de un sistema internacional capitalista, pero no cabe duda que la entrada en este sistema impone sus condiciones, y que no se puede escapar al efecto de sus leyes. Sin embargo, los países se incorporan a este sistema

de distintas maneras y esto es lo que determina la estructura de la propia sociedad, a su historia y a la formación de su pueblo dentro de esa historia.

Creo que la importancia de la historia está en su habilidad también para explicar la singularidad de cada país aunque, claro, en la historia también está presente el interés general por conocer la variedad de la experiencia humana.

Nos podría hablar sobre cuál es su estrategia para estudiar el nacionalismo ¿qué plan de trabajo tiene?

DB ¿Qué plan de trabajo? Por lo general lo he ido estudiando a partir de las grandes figuras y creo que nada más estoy apenas rascando la superficie. Trato de hacer ciertas interpretaciones de momentos claves o medulares en el desarrollo de la historia de las ideas, primero del patriotismo liberal y después del nacionalismo mexicano, intentando enumerar los momentos claves, axiales, pero debo de admitir que se trata de un primer esfuerzo de mi parte. Existe un campo muy amplio que todavía se puede explorar. Se debe revisar, por ejemplo, los periódicos y las revistas del siglo XIX y también a los pensadores locales de provincia.

Ahora estoy escribiendo una historia intelectual comparativa sobre la época colonial en México y el Perú. Ahí es donde tiene sus comienzos el nacionalismo y el sentido de la identidad criolla, pero se trata sobre todo de una descripción del desarrollo de las ideas desde la conquista hasta la independencia.

¿Qué es lo que lo lleva a plantearse un estudio comparativo entre la historia intelectual de México y el Perú?

DB Porque se puede definir mejor la singularidad de cada país y porque la comparación arroja más luz sobre los dos países. Hay que ver que los dos fueron parte del mismo imperio durante la época colonial y que estuvieron sujetos a las mismas influencias españolas, de manera que el desarrollo de sus culturas tiene muchas cosas en común. Además, hay mucha convergencia entre los dos países.

Comparándolos se pueden sacar algunas cosas en claro, y esto es lo que realmente me interesa. Una comparación entre Garcilaso de la Vega y Torquemada, por ejemplo, autores de los dos textos clásicos sobre el pasado indígena y la conquista, uno desde el lado secular y militar y el otro desde el lado espiritual, ilumina la función de los dos textos. Además, hay algunos puntos de contacto. En la primera época del patriotismo



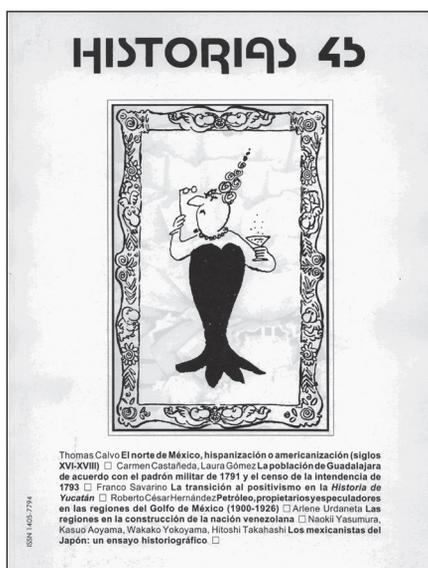
criollo los peruanos se adelantaron a los mexicanos, por lo que hay influencia del Perú en México. En el siglo XVII, cuando la cultura barroca tuvo su florecimiento magno, ciertos cronistas mexicanos citaron a autores peruanos. Durante el siglo XVIII hubo menos contacto y la influencia fue menor volviéndose los dos países cada vez más singulares: en el Perú se fue haciendo menos vigorosa la producción intelectual mientras que en México se volvió más interesante. En el siglo XVIII ya se vuelve más difícil la comparación, pero en los siglos XVI y XVII resulta fascinante ver este desarrollo tan semejante aunque con sus diferencias, entre los dos países.

El interés de estos estudios es el de demostrar que México formaba parte de todo un sistema y de que en aquel tiempo la patria no era tanto el país, sino la ciudad y de explicar que había una red de ciudades como Sevilla, Lima, México y algunas otras, con una cultura muy semejante. Todavía en los años veinte del siglo pasado, Ramos Arizpe podía decir “no soy mexicano, soy del norte”. El término de México se fue aplicando lentamente.

Si el patriotismo criollo tiene una fuerte connotación de base urbana, incluso la patria es la ciudad en la colonia ¿se podría pensar lo mismo para el siglo XIX?

DB Creo que la vida intelectual siempre ha radicado dentro de las ciudades y también que los ideólogos urbanos son precisamente los que reciben las ideas de fuera —son los innovadores— y que el campo siempre se queda relegado. Este hecho es muy evidente no solamente en México, sino en toda América Latina.

Este contraste entre el campo y la ciudad, que Sarmiento resumió en la fórmula de civilización y barbarie, y que está presente también en el estudio de Euclýdes da Cunha, *Os sertões*, que registra el conflicto entre el interior y la costa, siempre ha existido; aunque en el siglo pasado se dio el federalismo en México, realmente fue un federalismo de ciudades: cada ciudad, cada estado, salvo dos o tres excepciones, fue una ciudad con su propia zona de influencia como Zacatecas y Veracruz. En realidad se trató, en México, de una confederación de ciudades amenazadas constantemente por los caciques y por la fuerza. Pero lo interesante en México es que esta red de ciudades mantiene más o menos a un estado, cosa que no sucedió en Argentina, por ejemplo, donde no se pudo mantener un estado y se cayó en seguida en la anarquía durante la primera mitad del siglo XIX. En México, esta red de ciudades



del altiplano pudo más o menos sostener un sistema estatal, aunque con guerra civil de por medio.

Pero si los intelectuales siempre se han quedado en las ciudades, no por eso digo que las masas rurales no hayan tenido sus ideas. Hay ideas tradicionales, hay ideas radicales propias de los caudillos, de los caciques, de los movimientos políticos que surgen en el campo. Morelos, el mismo Guerrero, Álvarez, Altamirano, por ejemplo, vienen de una tradición rural.

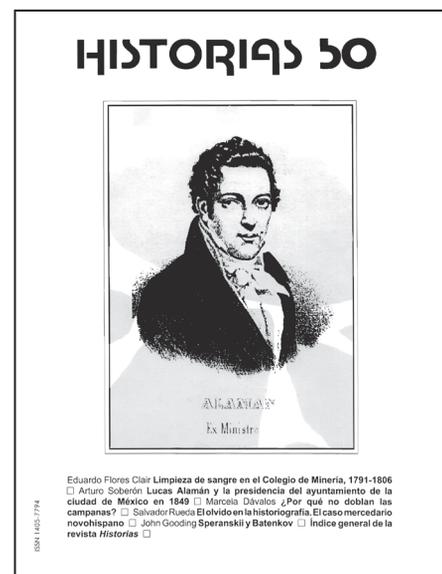
¿Por qué estudiar el nacionalismo?

DB Porque tal vez sea la parte más interesante del pensamiento mexicano. Lo que me llama la atención, o más bien lo que me fascina, son precisamente las ideas propias, y en México no hay ideas más propias que las que tienen que ver con su propia experiencia histórica.

También es evidente que existe toda una tradición, no solamente nacionalista, sino también de ideas sociales y de ideas políticas. Justo Sierra, por ejemplo, desarrolló una teoría de la nación mexicana, pero su pensamiento es mucho más rico, va más allá, ya que también constituyó un análisis social de México en los años ochenta del siglo pasado. También se ven muchas otras facetas como fueron los pensadores nacionalistas que llegaron a la revolución, como Molina Enríquez y como Gamio.

En México hay actualmente un debate muy importante en el cual están involucrados lo mismo que los intelectuales, los partidos y personajes políticos. Es el del papel que juega el Estado mexicano y la existencia de la democracia. El estudio del nacionalismo inevitablemente nos lleva a reflexionar sobre su relación con el surgimiento y formación del Estado en México. ¿Qué nos puede decir al respecto?

DB Lo que yo he visto al estudiar las ideas de algunos pensadores, al observar la secuencia de acontecimientos en México, es que el Estado mexicano surgió con la experiencia de la Reforma. En este sentido, creo que la intuición de Molina Enríquez fue correcta: de la independencia a la Reforma hay una época poscolonial, una regencia hecha por militares, una regencia borbónica a la espera de un rey que nunca llegó; además, se trataba de un país que tenía cierta confianza de que era un gran imperio que dominaba un continente y con un gran porvenir. Pero a partir de la intervención norteamericana y la derrota de México en esa guerra, surgió una nueva eta-



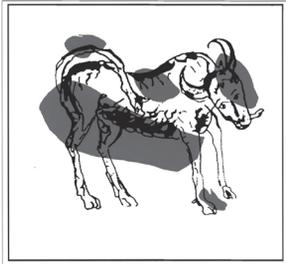
pa que marcó el inicio de la historia nacional de México como país definido por su frontera y por su relación con el vecino del norte. Aparte de esto, el fracaso de la Reforma para transformar al país y el fracaso de los liberales para crear una estructura de poder, abrió paso para que Juárez creara una maquinaria estatal que en cierto modo ya era autoritaria, o dictatorial —en primer lugar para defender la existencia misma del país, para defenderlo de la invasión extranjera, y en segundo lugar para atacar la anarquía política del país. Esta situación la denunciaron los radicales como Ignacio Ramírez o Altamirano. Pero Juárez no fue un mero autócrata, generó una maquinaria, una alianza, una coalición de caciques locales, de gobernadores, de coroneles y generales en el ejército, para crear por primera vez un Estado capaz de dar paz y seguridad al país. A partir de Este momento, la historia de México registra la contradicción entre sus ideales formales de la patria, de la república —que se desprenden de las ideas de la Revolución Francesa— y la realidad del poder.

Los intelectuales del Porfiriato, como Justo Sierra o Bulnes, justificaron este Estado apelando a varios factores —que las masas en cierto modo fueron apáticas, ignorantes o reaccionarias, que la élite era conservadora, reaccionaria, que la Iglesia trató de agitar a las masas en contra de los liberales— además de la amenaza de Estados Unidos y, desde luego, la memoria de la anarquía de las décadas posteriores a la independencia. Todos estos argumentos se usaron para justificar la necesidad de un Estado autoritario en México y para asegurar el progreso social y material.

La experiencia de Madero fue muy transitoria y los verdaderos revolucionarios no aceptaron que Madero fuera revolucionario. Ellos también pensaron en la necesidad de un Estado autoritario para que México pudiera avanzar y transformar sus estructuras; esto fue lo que sostuvo Molina Enríquez y también Luis Cabrera, al decir, de manera autoritaria, que “la Revolución es la Revolución”. La diferencia radicó en que el Estado que surgió a partir de los años veinte y treinta, creado por los caudillos del norte, que Aguilar Camín estudió tan bien, incorporó a las fuerzas populares y reconoció sus exigencias.

Si el Estado es tan poderoso es porque en cualquier país las necesidades de la sociedad y de la industria moderna exigen que éste intervenga cada vez más en la vida. Las necesidades del desarrollo económico plantean un Estado intervencionista. Sin embargo, si estas necesidades materiales establecen estructuras políticas precisamente autoritarias, es otra cuestión.

HISTORIA 55



Julia Tuñón Sergei Eisenstein en México: recuento de una experiencia □
 Beatriz Rojas Instrucciones para dar información ¿útil al rey? □
 Ascención Lavín La autoridad cuestionada: epístolas de una crisis □
 Iván Molina Jiménez Los electores de segundo grado en Costa Rica (1897-1909) □
 Mario Camarero Coampo Tlalpam en 150 tesis □

ISBN 1 405-7794

Entrevista a Marco Bellingeri

Rebeca Monroy Nasr*

RMN: *¿Recuerdas cuándo y cómo inició la revista?*

MB: Antes de intentar explicar cómo nació la revista, creo que será necesario —ya que de historias y de historiadores se trata— recordar cuando apareció. No pretendo intentar ilustrar el *Zeitgeist* de entonces, pero sólo mencionaré que en 1982 se bailaba, más o menos alegremente, sobre el abismo.

La banda sonora iba desde los Duran Duran a Luis Miguel y a Chico Che, para llegar, hacia el final de aquel año, y al menos en Estados Unidos, al lanzamiento del álbum *Thriller* de Michael Jackson. En la pantalla grande: *Rambo*, el primero, *Blade Runner*, el original y *E.T., el extraterrestre*. En el mundo, Guerra fría, pero no tanto, con variados *test* nucleares, entre Reagan, Brezhnev y hacia noviembre el enigmático Andropov, en el trasfondo de un cambio de época que se anunciaba con Solidarnosc.

Continuaba una guerra verdadera y espantosamente sangrienta entre Irán e Iraq y, mucho más rápida, entre Gran Bretaña y Argentina. Esta última perdía el mundial en Madrid frente a Brasil e Italia, y en junio la guerra en el frente austral. Daniel Ortega por un lado y Ríos Montt por otro estaban en el poder en Centroamérica. En la entonces Comunidad Europea ingresaba la España de la exitosa transición y se confrontaban la Francia de Mitterrand y la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, mientras en Londres explotaban las bombas del IRA (Ejército Republicano Irlandés Auténtico).

En México, desde febrero, se fue acumulando una devaluación que, llevando el cambio con el dólar de 22 a 149 pesos

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. La entrevista se realizó vía electrónica el día 4 de noviembre de 2018.

hacia finales del año, alcanzó 470% de devaluación. Aquel país, seguramente más libertino que liberal de José López Portillo, de su “señora” Carmen Romano y del Negro Durazo, que debía enfrentar el reto de “administrar la abundancia”, se desvanecía día a día.

Por cierto, fue en el verano que aparecieron a la venta en Europa los primeros CD, aun así, en México por mucho tiempo más seguimos presumiendo de nuestros vinilos de importación. La revista *Time* en diciembre nombró *Man of the Year* a la computadora, mientras para nosotros las máquinas eléctricas de bolita que corregían con un papelito eran todavía un lujo.

Era un mundo por esto y mucho más, en sí diferente, sobre todo porque de alguna manera, siendo aún “moderno”, vivía en la diacronía entre pasado y futuro: lo opuesto a la dimensión eternamente contemporánea y hasta regresiva que vivimos hoy.

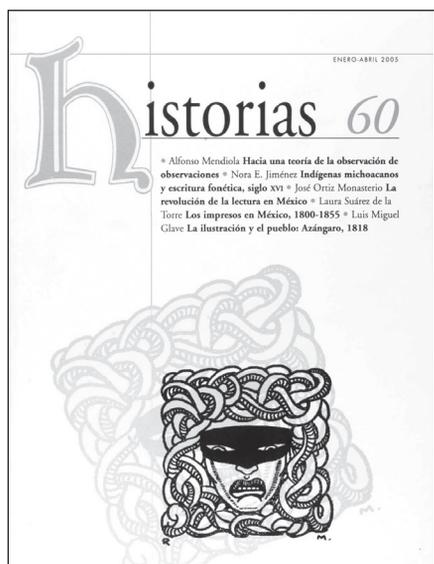
Por otro lado, el haber salido de los años de plomo de los setenta a través del paso de una apertura a la Reforma Política, el derrumbe de la cortina de nopal en el arte, la cultura y sobre todo el acceso a nuevos consumos, mitigaba ampliamente, al menos para nosotros, el desconcierto y la depresión. Entre nuestros colegas había algunos, sobrevivientes a torturas y abusos, que se reincorporaban a la vida, no sólo a la académica, después de largas detenciones.

Y finalmente hay que recordar que éramos jóvenes: desde los investigadores treintañeros hasta nuestros “jefes” cuarentones...

RMN: *¿Cuáles fueron las intenciones de tener una revista?*

MB: En ese momento de cambio, las intenciones de tener una publicación de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), no nacían de la impelencia por editar con fines más o menos curriculares. No existían entonces los agobiantes informes que asolan los días de los académicos. Por otro lado, el espíritu del tiempo garantizaba una buena demanda para los productos historiográficos, mientras un suficiente acuerdo político los impulsaba en lo público y en lo privado.

Nuestras intenciones absolutamente sinceras, y juvenilmente ambiciosas, eran las que José Emilio Pacheco, a nombre del Consejo Editorial, sobriamente redactó en la presentación del primer número y que aún ahora aparecen en su actual primera página en la web: un espacio para el debate abierto y plural, lo que imponía un acercamiento que, pretendiéndose en sus límites científicos, por esto excluía necesariamente la posibilidad de alcanzar verdades definitivas.



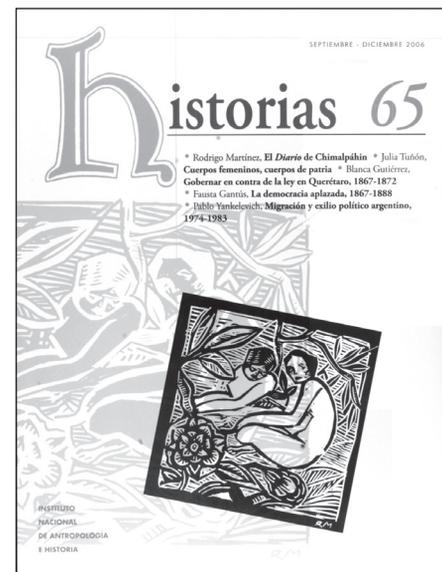
En la muy concreta realidad política y cultural de aquel tiempo, esto significaba enfrentarnos a lo que quedaba de la llamada teoría de la historia de matriz marxista, al ya trasnochado historicismo nacionalista propio del régimen y, finalmente, a la historia estrictamente académica encerrada en sus claustros y que no percibía a fondo las nuevas aportaciones a la labor historiográfica que venían de las otras disciplinas, un hecho ya consolidado a nivel internacional. Y le atinamos: baste revisar los autores que nos ofrecieron, desde el inicio y más o menos espontáneamente, sus productos.

No es por lo tanto casual que los ensayos que se publicaron en los inicios reflejaran el debate internacional sobre las transiciones y trataran de los aportes de la historia cultural, del arte, de una nueva historia de los movimientos sociales y de las mentalidades, apoyándonos en primer lugar sobre el trabajo especializado, pero siempre dialogante de los seminarios que constituían institucionalmente a la Dirección de Estudios Históricos.

Nuestras desmedidas ambiciones quedaban manifiestas en el nombre mismo de la revista en plural y en letra minúscula, en una *gráfica* de inspiración pop y en la presencia (sólo realizada después), de una especie de ensayo en imágenes, permitido por un formato inusual y en dos columnas. Se pensaba ingenuamente, además, que esta particular, y por entonces novedosa, fusión de contenido y de forma hubiera permitido a la revista ubicarse en un espacio público amplio y no necesariamente especializado; lo que, como sabemos hoy, no se podía alcanzar con nuestros medios y quizá sobre todo por las ambigüedades que el proyecto mismo acarrearba.

Hay que aclarar que todo lo afirmado se realizaba de manera absolutamente artesanal y en cierto sentido militante. Sólo después de una media docena de números, siempre atrasados, algo de lo planeado pudo tomar una cierta forma aceptable y fue solamente después de una docena de salidas que, gracias a una colaboración plural, se integraron algunos de los apartados que conocemos hoy y que caracterizarán su etapa adulta.

Por último, ahora se me pide expresar mi opinión sobre el futuro de *historias*. Al fin y al cabo, nuestras intenciones iniciales siguen válidas y hasta se podría pensar aún más militantes, si bien marginales, en el *mainstream* dominante. La revista ha sobrevivido alrededor de 35 años, al menos un siglo calcularía Braudel, pues se trata de recordar que el tiempo braudeliiano se extiende y contrae según el peso de los eventos. Creo sinceramente que podría aguantar uno más.



A propósito del número cien de la revista *historias*

Carlos Aguirre Anaya*

Resumen: Balance somero de los parámetros alrededor de los cuales surge la revista *historias* en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Se subraya el papel relevante que desempeñó un colectivo de investigadores jóvenes que insertan su iniciativa (la creación de una revista) en los marcos de una renovación institucional al parejo de una fuerte reactivación conceptual de la disciplina. Se revisa igualmente la conformación del formato de la publicación y su división en secciones en tanto cristalización editorial del proyecto intelectual.

Palabras clave: Revista *historias*, seminarios, revisión histórica, directores.

Abstract: Brief overview of the parameters surrounding the appearance of the journal *Historias* in the Dirección de Estudios Históricos of the Instituto Nacional de Antropología e Historia. It emphasizes the major role played by a group of young researchers who promoted the initiative (the creation of a journal) within the framework of an institutional renewal, at the same time as a strong conceptual reactivation of the discipline. Further, it examines the structure of the journal and its division into sections as an editorial means of reinforcing the intellectual project.

Keywords: Journal *Historias*, seminars, historical review, directors.

Fecha de recepción: 26 de marzo de 2018
Fecha de aceptación: 30 de marzo de 2018

En el trimestre de julio-septiembre de 1982 aparecía el primer número de la revista *historias*. Aquella publicación surgía como resultado de una iniciativa de los investigadores de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Por entonces, una comunidad novedosa, en más de un sentido, dentro del Instituto: la juventud de sus componentes, el marco académico en el que se insertaban y una coyuntura política que parecía favorecer la exploración de nuevas experiencias intelectuales y organizativas en el mundo académico.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

La composición del centro de trabajo se distinguía, más allá de excepciones manifiestas, por una población que recién egresaba de la educación superior; había entre ellos algunos con incipientes estudios de doctorado; sin embargo, el grueso de sus componentes, lo reitero, eran recién egresados de la licenciatura. Algo que hay que subrayar si lo comparamos con la tendencia que predomina en el presente, donde los investigadores de nuevo ingreso se integran a sus labores con consolidados estudios de doctorado.

Una población joven que se sumaba a un centro de trabajo que contaba ya con un número relativamente pequeño de investigadores integra-

dos con anterioridad. Notablemente, los recién llegados superaron rápidamente en número a los ya establecidos. Si esta circunstancia ya implicaba por sí misma una modificación sustantiva, los términos y fórmulas de la organización del trabajo académico fueron también alterados. El doctor Enrique Florescano, una vez nombrado nuevo director del entonces Departamento de Investigaciones Históricas, introdujo importantes y originales innovaciones en la organización del trabajo de investigación, provocando cambios manifiestos en la vida académica del área. Los tradicionales marcos de organización del trabajo se sustituyeron por la creación de “seminarios”, que esencialmente consistían en la constitución de un grupo de investigadores que trabajaban sobre una temática común encabezados por un coordinador; de entrada, la reunión indispensable de sus miembros suponía labores colectivas encaminadas por el identificado como coordinador, que desde luego era el investigador más experimentado. Esa fórmula integraba con original acierto el reclutamiento de los jóvenes recién egresados en el adiestramiento del ejercicio de la disciplina y al mismo tiempo en el aprendizaje de las nuevas reflexiones, temáticas y métodos que la disciplina histórica experimentaba por aquellos años, todo dentro del marco de una disposición que propiciaba la discusión colectiva dentro de aquellos núcleos.

La misma denominación de los seminarios apuntaba hacia dónde se dirigían los términos de la investigación; de acuerdo con una relación registrada en la cuarta de forros de una publicación del Departamento de Investigaciones Históricas fechada en 1972, los Seminarios de Investigación eran: Historia de la Cultura Nacional, Historia Económica, Haciendas en el Siglo XIX, Luchas Campesinas en el Siglo XIX, Historia Política, Historia Social e Historia Urbana. Como se observa, se trataba de una combinación de asignaturas tradicionales con otras muy novedosas —desde luego, de acuerdo con la época—. Sin embargo, más allá de los títulos, su trascendencia radicaba en las claras señales vitales que la materia experimentaba gracias a la colaboración e intercambio con otras disci-

nas de las ciencias sociales como la geografía, la demografía, la economía, la sociología y la antropología. En este sentido, la historia viraba hacia la exploración de temáticas cuya atención había recaído en los terrenos de otras especialidades; al mismo tiempo, este desplazamiento suponía para la historia, además de la dilatación de sus campos de interés, su integración a la discusión de perspectivas teóricas y metodológicas que le daban la vuelta a un tradicional y dominante empirismo, que sujetaba el ejercicio de la profesión.

Efectivamente, las miras se ampliaron, incluso dentro de las temáticas manidas. Los objetivos intelectuales giraron gradualmente hacia un ejercicio teórico más arriesgado. Por entonces los maestros hablaban de la necesidad de “historiar” la vasta y compleja urdimbre de relaciones que constituyen los hechos sociales. La Historia levantaba la mano y se involucraba en terrenos poco o nada frecuentados, haciendo suyos asuntos por la vía de referir los objetivos y metas de estudio a los marcos de un pasado que no sólo se circunscribía a la recuperación de una estricta genealogía, sino que subrayaba rupturas, contrastes y contradicciones que solamente una perspectiva histórica podía solventar. Puntos de vista, conceptos y categorías inéditos se incorporaron al ejercicio historiográfico, y al mismo tiempo que respondían a las nuevas inquietudes que se generaban por el contacto cercano entre disciplinas afines, se reformulaban profundamente preguntas, objetivos y programas de investigación.

Con el solo propósito de señalar un caso se pueden mencionar los estudios sobre el latifundio rural; un asunto tradicional en la historia agraria que sufrió un vuelco considerable al incorporar a su materia perspectivas teóricas y metodológicas que proponían una amplia exploración que recorrió desde la reflexión teórica de gran calado hasta la utilización de fuentes no empleadas hasta entonces. Todo ello supuso grandes avances tanto en la comprensión de las haciendas en sí mismas como su papel en la configuración del mundo rural en general y su peso en el devenir histórico de la nación.

En las páginas iniciales de aquel primer número aparecía como “presentación” un breve párrafo donde se establecían las intenciones de la revista: “[...] crear un espacio para presentar y discutir —abierta, diversa, pluralmente— algunas aportaciones a la producción histórica”, esto con el propósito de “[...] inscribirnos en la dimensión contemporánea de la historiografía”. Efectivamente, el replanteamiento que experimentaba la disciplina articulada a la incorporación de una población de nuevo cuño a la investigación histórica conllevó de una manera muy congruente y fluida (por lo menos así parece desde la distancia que da el tiempo) a la visualización de una necesidad y, por extensión, a la creación de una plataforma donde se dieran a conocer los resultados de la investigación emergente. La construcción de una revista aparece como un eslabón que se articula orgánicamente como un momento activo de un impulso vigoroso y dinámico.

La proyección que implicaba el nuevo programa historiográfico empujó hacia la creación de un ámbito material donde cristalizaban las inquietudes intelectuales de una nueva generación de incipientes investigadores que se encontraban con una coyuntura favorable dentro de la institución. Signo de los tiempos, la decisión surgió de una amplia consulta entre ellos; las maneras de la agitada vida estudiantil de la época, secuela del 68, penetraban sin obstáculos en la academia multiplicando las asambleas. También, muy de aquellos tiempos, se eligió una terna para dirigir la publicación, una propuesta que pretendía blindar los excesos de las resoluciones unilaterales y, en esa medida, complacer una arraigada desconfianza hacia la toma de decisiones. De esta manera, se eligieron tres investigadores: Marco Bellingeri, Enrique Montalvo y el que esto escribe.

La iniciativa —su orientación, constitución y dirección— fue acometida exclusivamente por los investigadores, sin injerencia alguna de las autoridades en turno; en cambio, una vez que se formalizó la propuesta fue respaldada ampliamente por ellas, sin que existieran mayores objeciones. Bajo este horizonte, y de esta manera, el INAH aparece como una institución generosa

e institucionalmente abierta a la innovación académica. La fluidez de la aceptación nos hablaría de una suerte de consenso institucional, en el que las diversas instancias que lo componen confluyen por un cauce de configuración común. Todo esto parece sugerir la existencia de una atmósfera propicia que bien pudiera remitirse a la influencia mediata del movimiento estudiantil del 68 en el terreno intelectual, que lo mismo abarcaba desde la existencia de una suerte de acuerdo implícito a favor de la búsqueda de nuevos derroteros que airearan las manidas fórmulas interpretativas de nuestra realidad pasada y presente, y que en términos muy generales se identificaba por la crítica como “Historia oficial”, hasta la contratación de una numerosa población estudiantil reconocida como inquieta y por lo mismo considerada potencialmente molesta mientras no se integrara al mercado laboral convencional.

El historiador francés Roger Chartier afirma, sagaz, que los autores no escriben libros, sino que “escriben textos que otros transforman en objetos impresos”. El punto aquí es que los significados que se crean no se agotan en el texto mismo, sino que dependen también de su soporte material. En el caso de una revista, esta circunstancia es particularmente crítica y evidente: son los editores los que definen la forma en que llegan a los lectores y, por lo mismo, su aprehensión pasa también por su colocación y formato dentro de sus páginas, significando a la vez su contenido y manifestando su derrotero y vocación.

En los primeros números de la revista, el orden establecido era sencillo y convencional, las colaboraciones se desplegaban sucesivamente y no había más que una sección; gradualmente se fueron introduciendo modificaciones, de tal manera que para el número 15 ya aparecían cambios notables. Por entonces, la edición ya solamente estaba a cargo de un director y un Consejo de Redacción conformado por Francisco G. Hermosillo, Dolores Pla, Salvador Rueda y Antonio Saborit. Asimismo, la estructura de la publicación manifestaba un armazón muy consolidado que mostraba con claridad la naturaleza y las intenciones del proyecto. La organiza-

ción de la revista estaba ahora novedosamente dividida en secciones: al cuerpo original y central integrado por las colaboraciones, las más de ellas de carácter monográfico, se añadieron a su alrededor (por decirlo de alguna forma) las nuevas secciones, que claramente tenían como fin complementar los “géneros” que ofrecía la revista en aras de ofrecer una oferta más atractiva y rica para el lector.

En la proa de la publicación, abriendo camino, se estableció una nueva sección: “Entrada Libre”, que tenía como fin publicar textos de naturaleza muy diversa que basculaban hacia planteamientos y discusiones que caían fuera de las colaboraciones, que en sentido estricto constituían el núcleo central de la revista —monografías ceñidas a nuestro ámbito geográfico—. Se trataba de escritos en donde se privilegiaba el ensayo, en los cuales se exponían planteamientos y debates sobre el quehacer de la historia en general y que apuntaban hacia temas de reflexión innovadora sobre la disciplina. Sin embargo, se pretendía que la sección fuera lo suficientemente flexible para admitir otro tipo de géneros; las más de las ocasiones se trataba de textos breves —muchas veces fragmentos— y de traducciones. El marcado carácter plural, ágil y desenfadado de la sección deslindaba a la revista en su conjunto, situándola en terrenos singulares dentro del espectro de publicaciones académicas cercanas dedicadas a la historia, e indicaba a los editores la orientación de su quehacer.

Para entonces, la revista también se enriqueció con una obligada sección dedicada a las reseñas, reparando una manifiesta carencia. Junto a ellas y al final de la publicación se crearon dos nuevos apartados proclives a los recuentos bibliográficos: “Andamio”, que recogía inventarios sobre un solo tema, y “Crestomanía”, que sin mayores pretensiones recopilaba fichas e índices que daban cuenta de las novedades librespas. A las intenciones que las secciones pretendían se les dieron formatos igualmente diferenciados: a “Entrada Libre” le correspondía una columna ancha que se encontraba con su opuesta en el centro. El cuerpo central de la publicación se desplegaba en dos columnas

y las últimas secciones en tres; diferenciando a las reseñas por una tipografía ligeramente de mayor tamaño que en los otros dos apartados.

La ilustración de la revista se fue definiendo gradualmente, hasta que al final se optó por seleccionar los dibujos, grabados o fotografías de un solo autor para ilustrar todo un número completo, sin importar la materia de la colaboración que se ilustraba. El propósito de esta estrategia fue la de divulgar el muy rico y amplio acervo plástico con que se cuenta en México, de tal manera que de alguna forma los dibujos hicieran las veces de una colaboración más de la publicación. Esta opción sirvió también para resolver la portada, donde invariablemente aparecía una imagen de la obra del autor seleccionado. Para hacerla más atractiva gráficamente se añadió al dibujo, en blanco y negro, un detalle de color para contrastar. No está de más referir que esa decisión fue inspirada por la película *Rumble Fish* de Francis Ford Coppola, cinta en blanco y negro, en la cual en cierta escena aparecía esporádicamente una pecera ocupada por sorprendentes peces de colores fulgurantes.

El título *historias*, con minúscula y en plural, nos remite —siguiendo la proposición del filósofo Isaiah Berlin para clasificar a escritores y pensadores en su ensayo *El erizo y el zorro*— a un proyecto intelectual que se definió por la búsqueda que, como el zorro, husmea por diversos terrenos, olfatea variados rincones, recorre inquieto múltiples planos, y, a diferencia del erizo, se aleja de las definiciones únicas y globales a las cuales remite todos sus descubrimientos. La revista apostó, de acuerdo con las ideas historiográficas más novedosas de entonces, por la pluralidad temática; al mismo tiempo, tomaba distancia respecto de teorías globales de interpretación (de manera preponderante el marxismo) que, si bien todavía gozaban de una considerable aceptación, empezaban a vislumbrar un gradual e inexorable desplazamiento; en este sentido, la publicación, frente a la pretensión que podría implicar la mayúscula del nombre propio de la disciplina, optó —en estos términos— por un perfil mesurado señalado por la minúscula de su nombre.

La revista *historias* de la Dirección de Estudios Históricos del INAH (1982-2018)

Rodrigo Martínez Baracs*

Resumen: Este artículo presenta un recuento amplio de los 37 años de la historia de la revista *historias* de la Dirección de Estudios Históricos del INAH desde su primer número en 1982 hasta su número cien en este año de 2019. Busca dar algunos elementos del ambiente historiográfico, cultural y político presentes en el momento de su creación, para comprender su voluntad de pluralidad y apertura, que se ha mantenido a lo largo del tiempo. Busca igualmente dar breve cuenta del trabajo de sus sucesivos directores y editores y del carácter de sus diferentes secciones, temas y autores.

Palabras clave: historia de México, historiografía, revistas históricas, siglo XX.

Abstract: This article presents a panorama of the 37-year history of the journal *Historias* published by the Dirección de Estudios Históricos of the Instituto Nacional de Antropología e Historia of Mexico, beginning with its first issue in 1982 to its 100th in 2019. It provides some elements on the historiographic, cultural and political context prevailing at the time of its inception to understand its commitment to plurality and openness, which has continued through the years. It also surveys the work of its successive directors and editors and the character of its different sections, topics, and authors.

Keywords: Mexican history, historiography, historical journals, 20th century.

Fecha de recepción: 1 de abril de 2018

Fecha de aceptación: 4 de abril de 2018

La revista *historias* de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DEH-INAH) publicó su primer número en julio-septiembre de 1982, cumple 37 años y llega ya a sus primeros cien números. Es claro el sentido del nombre que los directores fundadores Carlos Aguirre Anaya, Marco Bellingeri y Enrique Montalvo le quisieron dar a la revista: *historias*, término escrito en minúsculas y plural, contrapuesto a la Historia, con mayúscula inicial y en singular

—la historia oficial, la historiografía establecida, la Historia de Bronce que caracterizó Luis González y González (1925-2003)—. Estaban también presentes, en ese momento, filiaciones historiográficas como la que en Francia describió Pierre Nora como “*l'éclatement de l'histoire*” (“el estallido de la historia”), al presentar en 1971 la *Bibliothèque des Histoires* que Nora fundó en la prestigiosa editorial Gallimard. Y al reivindicar las *historias* en plural y minúscula también nos estábamos rebelando contra una parte de nuestro marxismo universitario, dominado por la noción hegeliana de totalidad. Gilles Deleuze (1925-1995) y Michel Foucault (1926-1984) estaban en el ambiente.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Nos posicionamos en el ámbito de la izquierda libertaria.

La revista *historias* nació en la DEH que dirigía el historiador Enrique Florescano (nacido en 1937), en el fino anexo al Castillo de Chapultepec, que él mismo decoró con sobria belleza. El también historiador Gastón García Cantú (1917-2004) era director del INAH. Apenas dos años antes, en 1980, Enrique Florescano había impulsado la publicación de un libro colectivo titulado *Historia ¿para qué?*, y respondía: para el presente. El historiador y ensayista Enrique Krauze (nacido en 1947), excluido por rencillas políticas de *Historia ¿para qué?*, escribió un fuerte texto contra la politización de la historia en los ensayos de Florescano, Héctor Aguilar Camín, Arnaldo Córdova (1937-2014) y Adolfo Gilly, y defendió el carácter plural, anarquista, de la investigación histórica, concebida como búsqueda irrenunciable de la verdad, que no tiene que justificarse ante nadie, salvo ante sus lectores. Recordemos que Enrique Krauze había participado en la revista llamada precisamente *Plural* de Octavio Paz (1914-1998), de 1971 a 1976, cuando salieron expulsados del periódico *Excélsior*, y fundaron ese mismo año la revista *Vuelta* (“¡Estamos de vuelta!”), a la que se opuso la revista *Nexos*, fundada en 1978 por Enrique Florescano y Pablo González Casanova. No sé si estuvimos muy conscientes de esas filiaciones al fundar la revista *historias*, pero un hecho particular es que, por alguna razón, se produjo un distanciamiento, no sé si muy sano, con Enrique Florescano, que nunca fue invitado a colaborar en las páginas de la publicación en los 37 años que lleva de vida. Tal vez hubo allí algo del freudiano asesinato del padre. Como discípulo que soy de Florescano, siempre resentí ese injusto distanciamiento, si se considera que la mayor parte de los trabajos más valiosos publicados en la revista es resultado de la pluralidad de investigaciones pluridisciplinarias impulsadas en los seminarios de investigación que creó Enrique Florescano en la Dirección: Historia Urbana, Historia de los Empresarios, Historia de las Mujeres, Historia de la Cultura, Historia de la Agricultura,

Historia del Arte, Historia Contemporánea, Historia Oral (Testimonios Zapatistas), Historia del Movimiento Obrero, Historia de los Migrantes, entre otros.

Carlos Aguirre Anaya, Marco Bellingeri y Enrique Montalvo escribieron en el primer número de 1982:

Muchas intenciones animan la publicación de *historias*. La primera es crear un espacio para presentar y discutir —abierta, diversa, pluralmente— algunas aportaciones a la producción histórica. Queremos salir del territorio impuesto por los grupos cerrados e inscribirnos en la dimensión contemporánea de la historiografía, es decir, de una disciplina que pretende ser científica, pero sin agotar con ello las posibilidades de comprender la realidad y sin pretender una verdad definitiva.

Desde el primer número hasta el cien, *historias* se ha mantenido fiel a esa vocación plural: pluralidad de temas y de enfoques; apertura hacia temáticas filosóficas, políticas y actuales; inclusión del arte, la fotografía, la caricatura y el cine como objeto de la interrogación histórica; pluralidad de géneros: historia, historiografía, bibliografía, edición de documentos, reseñas críticas, polémicas, periodismo, entrevistas, testimonios personales, narraciones; acercamiento a otras disciplinas: filosofía, antropología, arqueología, literatura, lingüística; temáticas mexicanas, pero también americanas e internacionales. Pluralidad de autores también, pues si bien *historias* refleja, en primer lugar, las investigaciones realizadas en la DEH del INAH, también ha recibido importantes contribuciones de historiadores de otras instituciones mexicanas y del extranjero. Pluralidad también de los públicos buscados, no sólo investigadores especializados.

Aunque debemos reconocer que problemas de distribución han impedido que la revista llegue al amplio público al que está dirigida (su siempre atrasada periodicidad impedía venderla en locales comerciales como los Sanborns). Pero

ahora, la amistosa y funcional plataforma digital del INAH, en la que se encuentra completa la revista *historias*, es una excelente oportunidad para que este gran esfuerzo colectivo sea plenamente aprovechado.

Yo tengo una colección completa de los 99 números hasta ahora publicados de la revista, con su amplio y aireado formato, con el color blanco en la cubierta, y al repasarla me admiro por la gran cantidad de buenos trabajos, profesionales pero legibles, rigurosos e interesantes, novedosos y clásicos, que el llamado a escribir *historias* logró convocar. Sin duda, la revista fue posible en primer lugar gracias al empuje historiográfico de los investigadores de la DEH del Instituto, con el impulso de sus padres fundadores: Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), primero, y Enrique Florescano, después, y de manera decisiva, con la mencionada fundación de los seminarios de investigación. Los directores de la Dirección que siguieron (Francisco Pérez Arce, María Teresa Franco, Antonio Saborit, Salvador Rueda Smithers, Ruth Arboleyda, Arturo Soberón, Inés Herrera Canales, Luis Barjau, María Eugenia del Valle Prieto) mantuvieron el espíritu de pluralidad de nuestro centro de trabajo. Pero para que la revista pudiera existir fue necesario el esfuerzo, la determinación y la inspiración de sus sucesivos directores, en primer lugar, y de sus consejos de Redacción, sus equipos técnicos, y el personal de los departamentos de difusión y publicaciones del INAH, en segundo. A todos ellos debemos estar muy particularmente agradecidos, porque hicieron un trabajo bueno, benéfico para la sociedad, y que, debemos decirlo, representa el espíritu de la DEH, su apertura y libertad de pensamiento.

Desde el primer número, de julio-septiembre de 1982, hasta el número 7, de octubre-diciembre de 1984, la Dirección de la revista estuvo compuesta por los fundadores: Carlos Aguirre Anaya, Marco Bellingeri y Enrique Montalvo, mientras que en el Consejo de Redacción estuvimos Ingrid Ebergényi, Carlos San Juan, Ilán Semo, Antonio Saborit y yo. Definidas sus características plurales e inventivas, es de adver-

tirse que la revista tuvo en estos primeros números un claro toque izquierdista radical contestatario, al publicar textos sobre el estado oligárquico latinoamericano, Lenin y la vía *Junker* en el porfiriato, la insurgencia de 1970 y 1971, la historia del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), el eurocomunismo, el nacimiento del Estado, el marxismo latinoamericano, la historia obrera, la relación Hegel-Marx, la oposición y subversión, la guerrilla en Guatemala, adiós al proletariado, adiós al marxismo, los capitalismo del sur, el anarcosindicalismo, la acción directa, el control obrero de la producción, la identidad comunitaria, etcétera.

Pero no todo fue izquierdismo en los primeros números de la revista *historias*, pues varios importantes estudios se publicaron en aquella época, como el de Esteban Sánchez de Tagle sobre el “Regimiento de Dragones de la Reina de San Miguel el Grande a fines del siglo XVIII”, el cual definió una manera de entender las contradicciones inherentes de las reformas borbónicas, que condujeron a la revolución de Independencia y al caudillismo del siglo XIX; el lúcido artículo de Héctor Aguilar Camín, “Constantes históricas del Estado mexicano” (originalmente publicado en el periódico *unomásuno*); el estudio de Clara García Ayluardo sobre los negocios económicos, políticos y religiosos de la Cofradía de Nuestra Señora de Aranzazú en el siglo XVIII; el de Guadalupe Zarate sobre la comunidad judía en México, y tantos más, que mostraron la vitalidad y riqueza de las investigaciones realizadas en los seminarios de la Dirección de Estudios Históricos.

En 1984, Enrique Montalvo regresó a Mérida y Marco Bellingeri a Turín, y la revista quedó a cargo de Carlos Aguirre Anaya, que la llevó desde el número doble 8-9, de enero-junio de 1985, hasta el número 54, de enero-marzo de 2003. ¡Casi veinte años! Carlos realizó este aporte gracias a su determinación y su claridad historiográfica, y, por supuesto, siempre contó con el apoyo de los sucesivos consejos de Redacción. Al comienzo estuvieron Francisco González Hermosillo, Dolores Pla (1954-2014), Salvador Rueda Smithers y Antonio Saborit, y pronto se sumó Esteban Sánchez de Tagle, todos los cuales han

sido entusiastas participantes en la vida de la revista hasta hoy. El sesgo radical de la primera época se suavizó durante la dirección de Aguirre Anaya (muy diferente en esto al historiador cuasi homónimo Carlos Aguirre Rojas, proclive a los radicalismos verbales), y se afinó su vocación historiográfica amplia, plural y seria.

Durante la dirección de Aguirre Anaya se crearon las secciones de la revista que hasta la fecha existen; primero las tres finales: “Reseñas”, “Crestomanía” (*historias*, 10), y “Andamio” (*historias*, 11). Esta última incluye predominantemente guías bibliográficas y documentales. La sección “Reseñas” se afianzó y continuó con la calidad de los primeros números, permitiendo cierta extensión en algunas, aproximándose al género de la reseña-ensayo que promovió en Estados Unidos la *New York Book Review* y que buscó retomar en México la revista *Nexos*. Y “Crestomanía” es la reproducción de los índices de libros y revistas recientes. Más adelante, en el número 15 apareció la sección inicial, aperitiva, “Entrada Libre”, animada en buena medida por Antonio Saborit, traductor incansable, de curiosidad universal, desde entonces hasta la fecha, en la que se reproducen o traducen, de revistas históricas y literarias, estudios sobre una diversidad de temas y enfoques, no mexicanos en su mayor parte, pero que buscan estimular la reflexión y la escritura de la historia de nuestros temas. La primera “Entrada Libre”, publicada en el número 15, de octubre-diciembre de 1986, retrata bien la tónica de la sección, que ha mantenido hasta nuestros días: Robert Darnton, “Foucaultismo *pop*”; George Steiner, “Kraus”; Arnaldo Momigliano (1908-1987), “De las biografías”; Stefan Zweig (1881-1942), “El coronel Redl”. La presencia de estos materiales en una revista histórica la ha mantenido fuera de los criterios de lo que, según el Sistema Nacional de Investigadores, debe ser una revista académica. Y más adelante, en el número 34, de abril-septiembre de 1995, apareció, antes de “Andamio”, la nueva sección “Cartones y cosas vistas”, para ediciones comentadas de documentos breves. El título proviene de dos libros de cuentos costumbristas de Ángel

de Campo, Micrós (1868-1908), *Cosas vistas*, de 1897, y *Cartones*, de 1894.

El único reparo a una norma que se impuso en 1985, y que sólo recientemente fue rectificado, fue que las secciones “Andamio”, “Cartones y cosas vistas”, “Reseñas” y “Crestomanía” aparecen en el índice sin detallar su contenido, lo cual alejó al lector de los valiosos documentos e índices de los “Andamios” y de las “Reseñas”. Uno de mis orgullos es que soy, creo, el colaborador que más reseñas de libros ha publicado en *historias*, y debo decir que no me desagradaba la semiclandestinidad de que no aparezcán en el índice, con la ilusión de que sean como pequeños tesoros escondidos, o sorpresas.

Aunque Aguirre Anaya no se desligó de la revista, a partir del número 55 de mayo-agosto de 2003 retomó la dirección Esteban Sánchez de Tagle, quien había venido asumiendo funciones de director informal desde tiempo antes. Esteban llevó con buena mano y criterio hasta el número 87 de enero-abril de 2014, once años. Yo, de manera particular, siempre estaré muy agradecido con mi amigo y colega Esteban por su amabilidad y el buen trato que siempre le dio a mis trabajos en la revista. Y en dos ocasiones publicó como artículos textos que presenté como reseñas..., extensas.

En el número 88, de mayo-agosto de 2014, asumió la dirección nuestra querida Lola Pla, que había participado desde el comienzo de Carlos Aguirre en el Consejo de Redacción, pero Lola, tristemente, falleció en un viaje a Barcelona. Ocupó la dirección nuestra igualmente querida Rebeca Monroy Nasr, desde el número 89, de septiembre-diciembre de 2014, hasta el presente número 100. Ahora tengo el honor de formar nuevamente parte del Consejo de Redacción de la revista, junto con Rebeca, Anna Ribera Carbó, Rosa Casanova, Edgar Omar Gutiérrez L. y Diego Pulido. Y pude apreciar la importancia de los asistentes de la revista, que todo lo hacen, Ramón Velázquez y Omar Issac Dávila.

Ahora, felizmente, en el índice de cada número de *historias* se detalla el contenido de los “Cartones”, “Andamios” y de las “Reseñas”,

y se suprimió la sección “Crestomanía”, que otros sistemas de información por internet hicieron obsoleta. Y nuestra revista se ha hecho más bella con portadas con mejor calidad de colores. Quisiera mencionar algunos trabajos de particular importancia que se han publicado en *historias*, consciente de que cualquier selección es arbitraria e injusta, por los trabajos que no menciono.

Una manera de marcar el carácter, la tónica de la revista *historias*, es mencionar a algunos de sus autores más presentes. Entre los investigadores de la DEH menciono a Lief Adleson y sus estudios de historia obrera; Carlos Aguirre Anaya y sus estudios de historia urbana colonial y del siglo XIX; Marco Bellingeri y sus estudios de historia económica y sobre la Academia de los Linceos; José Joaquín Blanco y la historia literaria del siglo XIX; Mario Camarena y sus estudios de historia obrera; Beatriz Lucía Cano, su Hilarión y sus reseñas; María Estela Eguiarte en sus estudios urbanos y artísticos del siglo XIX; Eduardo Flores Clair y sus estudios de minería del siglo XVIII; Jorge René González Marmolejo, precursor en el estudio de los curas “solicitantes”; Francisco González Hermosillo y sus estudios sobre Cholula colonial; Isabel González Sánchez (1936-2017); Inés Herrera Canales y sus estudios de historia empresarial del siglo XIX; María Concepción Lugo, sobre la muerte en la Nueva España; Margarita Loera, sobre pueblos novohispanos; Sonia Lombardo (1936-2014) y las pinturas de Cacaxtla; Rodrigo Martínez sobre las apariciones de Cihuacóatl, los presagios de la Conquista y otros temas; Rebeca Monroy Nasr sobre fotografía; Gerardo Necochea sobre historia obrera; Alma Parra sobre historia económica del XIX; Dolores Pla sobre refugiados españoles; Emma Rivas Mata y Edgar Omar Gutiérrez L. sobre historia bibliográfica; María Amparo Ros sobre la fábrica de tabaco; Salvador Rueda Smithers sobre sus obsesiones que sabe transmitirnos; Antonio Saborit, *idem*; Delia Salazar sobre migrantes; Es-

teban Sánchez de Tagle sobre historia urbana y política de los siglos XVIII y XIX; Elisa Servín sobre conflictos políticos del siglo XX; Marta Terán sobre Michoacán y la Virgen de Guadalupe en el siglo XVIII y la Independencia; Julia Tuñón y el cine; Cuauhtémoc Velasco y sus indios del extremo norte; Emma Yanes y sus entrevistas y crónicas, así como Guadalupe Zárata y sus juicios mexicanos.

Varios historiadores mexicanos (o extranjeros mexicanizados) de instituciones diversas publicaron en *historias*, como Olivier Debrouse (1952-2008); Óscar Mazín, sobre el imperio español; Jean Meyer sobre los cristeros y la religión en México; Patricia Nettel sobre temas coloniales; Guilhem Olivier sobre los misioneros frente al “pecado nefando” (que yo traduje); Juan Ortiz Escamilla y su general Calleja; Susana Quintanilla sobre historia literaria; Antonio Rubial García, el gran historiador de la religiosidad novohispana; Carlos Viesca sobre la epidemia de 1576, y Pablo Yankelevich y sus historias. Entre los historiadores extranjeros cuya obra ha sido publicada en nuestra revista menciono a David A. Brading, Thomas Calvo, Pedro Carrasco (1921-2012), Marcello Carmagnani, Michel de Certeau, Robert Darnton, François Ewald, Serge Gruzinski, Eric Hobsbawm (1917-2012), Emmanuel Le Roy Ladurie y James Lockhart (1933-2014) sobre historia regional, historia social y los nahuas novohispanos; mientras que William B. Taylor escribió sobre guadalupanismo y pueblos novohispanos, así como John Tutino y Eric Van Young sobre la historia rural novohispana y la Independencia, entre otros.

Estos autores, y muchos más, escribieron las numerosas historias que aparecieron en nuestra querida revista, que mucho los invito a navegar. Son un antídoto contra las visiones politizadas, estatales, totales y totalitarias, y fundamentalistas, de la historia, que se han venido afirmando en todo el mundo. La historia nos ayuda a pensar los múltiples e imprevisibles caminos de nuestras vidas, nuestras historias.

“El pasado siempre pesa sobre la actualidad”. Textos en la revista *historias* sobre los siglos XVIII y XIX

Edgar O. Gutiérrez López*

Resumen: La propuesta de este artículo es hacer un recorrido por aquellos ensayos publicados en nuestra revista relativos a los siglos XVIII y XIX, y con ello hacer un boceto de las líneas temáticas abordadas a lo largo de 37 años de producción editorial. Con ello, invitar a los lectores a emprender la recaptura de ese ayer que se encuentra en *historias*, y realizarlo desde una perspectiva personal. Ese ayer que, de una u otra manera, se mezcla con el transcurrir de los trabajos y quehaceres de investigación dentro de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. *Palabras clave:* siglo XVIII, siglo XIX, autores, vida intelectual, seminarios, publicaciones.

Abstract: The purpose of this article is to provide an overview of the essays on the eighteenth and nineteenth centuries published in our magazine and to outline the thematic approaches during its thirty-seven years of editorial production. We invite our readers to undertake a personal journey revisiting the past through *Historias*. It is a past that in one way or another blends research subjects and academic work within the Dirección de Estudios Históricos of the Instituto Nacional de Antropología e Historia. *Keywords:* 18th century, 19th century, authors, intellectual life, seminars, publications.

Fecha de recepción: 17 de abril de 2018

Fecha de aceptación: 20 de abril de 2018

Los hombres no pueden, por los bloqueos tanto espirituales como materiales, tomar conciencia de los mecanismos de larga duración, de tal manera que su acción, en la escala en la que se sitúan, no podría influir sobre las causas profundas y los sistemas lógicos que rigen a su sociedad.

Lucette Valensi y Nathan Wachtel¹

El ayer capturado²

Para iniciar este recorrido por nuestra revista sobre lo publicado en temas relativos a los siglos XVIII y XIX, en principio he de decir,

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Agradezco a Ramón Velázquez y a Omar Issac Dávila González, asistentes de la revista *historias*, por la ayuda que me brindaron para la elaboración de este texto. De igual manera agradezco a Juana Inés Fernández su colaboración. También a Emma Rivas Mata y Rodrigo Martínez por las acu-

como cualquiera puede imaginarlo, que se trata de una tarea un tanto complicada y difícil. Escribir sobre los artículos que ya aparecieron en nuestra revista implica un buen esfuerzo de

culosas lecturas e indicaciones que me sugirieron para mejorar el texto.

¹ Lucette Valensi y Nathan Wachtel, “Le Roy Ladurie. El historiador errante”, *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 135-140. Traducción de Rodrigo Martínez, tomado de *L’Are*.

² Subtítulo tomado de un ensayo de Paul Theroux, publicado en *historias*, núm. 14, julio-septiembre, 1986, pp. 95-98.

síntesis por la riqueza que ahí se encuentra. Todavía más porque se trata de artículos de gran interés historiográfico sobre las últimas décadas del siglo XX, lo que llevamos transcurrido de la presente centuria, aunque todo indica que el siglo que atrae el mayor interés de los investigadores de nuestra historia, en realidad, es precisamente el siglo XX, o lo que se conoce como historia contemporánea.³

Ante la tarea que me encomendaron, me propongo presentar un boceto de los trazos generales de las líneas temáticas abordadas en la revista y así invitar a los lectores a emprender su manera personal de recapturar ese ayer que se encuentra en *historias*. Ese ayer que, de una u otra manera, se mezcla con el transcurrir de los trabajos y quehaceres de investigación dentro de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DEH-INAH), como se verá más adelante. Entonces, en última instancia, mi pretensión queda en poder cursar esa invitación a todos los interesados en la historia, a recorrer las páginas de nuestra revista y a visitar su página digital. A final de cuentas, el objetivo principal de la publicación es que sea de utilidad para los lectores.

En un rápido recuento realizado a “vuelo de pájaro” en el índice general de la revista publicado en el número 50, se puede observar que, de los 368 artículos o ensayos que aparecieron (hasta el número 49), alrededor de cien son estudios que abordan temáticas relativas al siglo XX; por otra parte, los que se refieren al siglo XIX son cerca de setenta; al siglo XVIII, un poco más de treinta; unos treinta y ocho ensayos abordan temas anteriores a la Conquista y a los siglos XVI y XVII, y una treintena aborda cuestiones historiográficas en entrevistas a historiadores, comentarios o recuentos bibliográficos que buscan exponer el “estado de la cuestión” de algún tema en particular o sobre la historia de una re-

³ Hira de Gortari Rabiela, “La historiografía mexicana y lo contemporáneo”, *historias*, núm. 24, abril-septiembre, 1990, pp. 45-53.

gión.⁴ Otra buena cantidad de artículos, que no preciso aquí, son aquellos que estudian varios siglos (como el periodo colonial en su conjunto, por ejemplo) o el paso de un siglo a otro (como el porfiriato, que comprende parte de los siglos XIX y XX), y que no incluí por considerar que daría motivo a discusiones innecesarias por ahora.⁵

“El siglo XVIII es el punto medio, el más conveniente; en realidad es un eje en la historia de México...”⁶

Subtítulo tomado del título de la amplia entrevista que sobre diversos temas del campo histórico concedió, en 1987, a Carlos Aguirre y Antonio Saborit, el reconocido historiador inglés David A. Brading. Entrevista que bien puede ser considerada como una manera de mostrar el aprecio a la fuerte presencia del entrevistado en los ambientes académicos e historiográficos mexicanos⁷ que, ahora, nos sirve para entender algo del por qué el mundo sub-

⁴ En relación con este último dato, no se contaron los artículos que aparecieron en la sección “Entrada libre”, donde se publicó una gran variedad de temas, muchos de ellos relacionados con las maneras y las concepciones en las que se escribe la historia en nuestros días. Por cierto, sección de invaluable valor para la elaboración del trabajo.

⁵ Véase “Índice general de la revista *historias*”, *historias*, núm. 50, septiembre-diciembre, 2001, pp. 117-130. No conté aquellos artículos que no reflejan evidencia clara de la temporalidad del estudio en su título. Por otra parte, si se suman los ensayos que calificué como de “cuestiones historiográficas” a los ensayos propiamente del siglo XX, queda claro que es la última centuria la que mayor atención capta entre los historiadores que colaboran con nuestra revista. Es muy probable que esto mismo suceda con los siguientes cincuenta números publicados.

⁶ Carlos Aguirre y Antonio Saborit, “El pasado siempre pesa sobre la actualidad. Entrevista con David A. Brading”, *historias*, núm. 18, julio-septiembre, 1987, pp. 35-42. Entrevista reproducida en este número de *historias*.

⁷ Como dice Felipe Castro Gutiérrez, “[...] antes del libro de David Brading poco era lo que se sabía sobre las élites nobiliarias o burguesas —comerciantes, hacendados o financieros—, de su entorno social, familiar, formas de reclutamiento, promoción o decadencia”, en “La historia social”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 55, julio-diciembre, 2016, pp. 8-29, p. 10.

desarrollado se convirtió en importante objeto de estudio en los ambientes universitarios europeos y norteamericanos.

El historiador inglés expresa que la década de los sesenta fue una época de expansión y confianza, si la comparamos con el estancamiento casi total que caracterizó a los círculos universitarios durante la mayor parte de aquellos quince años posteriores a la última guerra mundial. Señala el entrevistado que, durante los años sesenta, el gobierno de su país creó nuevas universidades, y refiere que lo mismo sucedió en Estados Unidos. Situación que imprimía al ambiente general de aquellos años un mayor optimismo respecto del futuro inmediato, y por ello se miraba hacia a lo que sucedía en el exterior, y así se multiplicaban las becas de estudio. Brading considera ese suceso como clave para su generación, ya que permitió que hubiera más oportunidades para viajar y estudiar en el extranjero. De hecho, él pudo estudiar en la Universidad de Yale, en Estados Unidos, gracias precisamente a una beca.

La situación bonancible, de confianza y sobre todo del interés por el mundo subdesarrollado a la que se refiere el historiador inglés, bien puede ser vista en uno de los primeros trabajos de la revista *historias* de autoría de nuestro compañero Rodrigo Martínez Baracs, “El desarrollo económico novohispano (siglos XVII y XVIII). Tendencias historiográficas contemporáneas”, donde el autor, nos hace ver que:

En los últimos años [es decir, en los años setenta] se ha dado un verdadero auge de la historiografía mexicanista colonial (predominantemente extranjera) que considera a la sociedad novohispana, o a partes de ella, desde el punto de vista de su sistema o estructura. Estudios que se concentran, la mayor parte de las veces, en análisis regionales, urbanos o “de caso” (haciendas, centros mineros, ciudades) y logran presentar de manera casi siempre empírica, una visión de los diferentes elementos que componen el todo social; tales como producción, relaciones de producción, formas

de propiedad, comercialización, circuitos comerciales, mercados, capital comercial, abasto, poder político, cultura, urbanización y organización del espacio.⁸

Conceptos antes reservados a los análisis de los economistas y que, por esos años, ganaban cada vez más espacio en el quehacer de los historiadores, preocupados, no sólo por los acontecimientos recientes, sino también por aquellos que se dedicaban a reconstruir el pasado remoto.

Era la época en la que la revista francesa *Annales*, y con ella Fernand Braudel,⁹ reinaban en el mundo intelectual, en el mundo de las ideas y de la historiografía. En aquellos años, diría Immanuel Wallerstein, en un artículo publicado en nuestra revista, predominaban en el quehacer de las ciencias sociales la trinidad de los tiempos sociales propuesta por Braudel: estructura, coyuntura y acontecimientos. En la siguiente cita, Wallerstein nos explica de manera muy sucinta los orígenes de la famosa revista y sus principales protagonistas:

Por la razón que fuera, el pensamiento histórico alemán tuvo mucha influencia sobre Braudel y los *Annales* a través de la Alemania de Schmoller, sin duda, y no la de Ranke [...] de la Alemania de la oposición más que la que estaba en el gobierno [...]. Lucien Febvre y Marc Bloch escogieron el nombre de su nueva revista de la traducción casi literal del título de la importante revista alemana de tradición schmolleriana, la *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte* (Trimestre para la historia social y económica). Es cierto,

⁸ Véase *historias*, núm. 2, octubre-diciembre, 1982, p. 57.

⁹ Según Pierre Goubert, “junto con Marc Bloch y Lucien Febvre, fue uno de los fundadores de la historia nueva e impulsó, durante más de treinta años, la Escuela de los *Annales*; véase “Un déspota sonriente (El Mediterráneo en los tiempos de Braudel)”, *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 15-19, traducción de Gabriela Colín, tomado de *Le Monde*.

por otro lado, que la tradición de los *Annales* es anterior a la fundación de la revista en 1929 y hace referencia por convención a Henri Berr y a la *Revue de Synthèse historique*. La escuela de los *Annales* sostuvo las explicaciones globales en oposición al “pensamiento fragmentado”; las raíces económicas y sociales en contra de la fachada política; la *longue durée* en contra de *lo événementielle*, “el hombre global” en contra de “el hombre fragmentario”.¹⁰

Además, en ese interesante artículo, Wallerstein señala que la coyuntura de 1945 a 1967 fue muy favorable para la revista francesa *Annales* por el particular sentido que Fernand Braudel le daba a su visión de la historia, es decir: “más historia económica que social”. Una historia permeada por un análisis de las múltiples temporalidades sociales, una historiografía que finalmente “no mantuvo a distancia al marxismo”. Esa coyuntura favorable para una manera de ver y escribir la historia, acompañada por la expansión y la mayor confianza económica en Europa y Estados Unidos, colocó al mundo subdesarrollado como un importante objeto de estudio en los ambientes universitarios, como refiere David A. Brading en la entrevista que concedió a Carlos Aguirre y Antonio Saborit, en 1987.

Lo que sucedía en Europa y Estados Unidos, descrito por Brading, tuvo su contraparte en América Latina y en México, con las particularidades correspondientes. Según narra la historiadora Eugenia Meyer en una entrevista realizada por Graciela Garay:

En ese contexto, los historiadores mexicanos intentaron superar las visiones nacionalistas y centralistas que predominaban en su disciplina al leer las revistas académicas internacionales, probar lo aprendido en los programas de posgrado cursados en Francia, Inglaterra y Estados Unidos y asumir las perspectivas regionales imprescindibles para cuestionar la historia oficial, así como los enfoques que confundían a la ciudad de México con la República Mexicana.¹¹

Era la época en la que la teoría de la dependencia abrió muchos debates académicos, sólo comparados con las discusiones relativas a los modos de producción. De la llegada a México de importantes intelectuales latinoamericanos que huían de los golpes militares en Brasil, Argentina, Chile, de la necesidad de repensar el desarrollo económico y político de la región al sur de Estados Unidos, de la fuerte influencia política que había logrado la Revolución cubana. Es la época del antes y el después de 1968, año que modificó para siempre la manera de hacer política en México. El problema político que introducen las movilizaciones del 68 —nos dice Christopher Domínguez— es el de la democracia, y más aún, el de las formas políticas de relación entre el Estado y sus fracciones con la sociedad civil y sus componentes. De aquellos años posteriores al movimiento estudiantil, que ya cumplió medio siglo de haber sucedido, dicho autor nos dejó una descripción muy puntual que vale la pena reproducir aquí:

Los estudiantes que recorrían el Paseo de la Reforma [...] abrieron la puerta de una guerra de posiciones. Ellos se convirtieron, por su peso histórico, en los portadores de

Los estudiantes que recorrían el Paseo de la Reforma [...] abrieron la puerta de una guerra de posiciones. Ellos se convirtieron, por su peso histórico, en los portadores de

¹⁰ Immanuel Wallerstein, “Braudel, los ‘Annales’ y la historiografía contemporánea”, *historias*, núm. 3, enero-marzo, 1983. Este ensayo fue parte del volumen *Historians of Modern Europe*, editado por Ch. Freedeman y W.W. Wagar. El texto de Wallerstein había sido publicado con anterioridad en *Studi Storici*, enero-marzo de 1980 (año XXII). Traducción de Marco Bellingeri y Rodrigo Martínez Baracs.

¹¹ Graciela Garay, “Nueva fuente para la nueva historia. Eugenia Meyer recuerda los inicios de la revista *Señal*”, publicada en la revista del mismo nombre en el núm. 78, septiembre-diciembre, 2010, pp. 179-198; 180. Me parece que es necesario señalar que podría ser que se confundiera a la Ciudad de México con la República Mexicana, pero en realidad la historia de la primera era desconocida. El interés generado por la historia regional en los años sesenta y setenta llegó acompañado con la inquietud por conocer más el devenir de la capital del país, inquietud que se manifestó con la organización del Seminario de Historia Urbana de la DEH-INAH.

las llaves de plata de la cultura democrática y socialista. A principios de los setentas, los entonces jóvenes recién licenciados se presentaban a los concursos de oposición y ganaban las plazas de profesores, enfrentados a una generación que pasaba serias dificultades en la comprensión y en el manejo de un código ético y existencial que se extendía [...] Las clases sociales, el materialismo dialéctico, las fuerzas productivas y las relaciones de producción eran los significantes de una nueva lectura de lo cotidiano realizada por jóvenes intelectuales, cuyos alumnos preparatorianos y universitarios iban reciclando la vivencia [...] Se expandía, ambiental, editorial y políticamente, un marxismo invasor de espacios, heredero de muchos dogmas y portador de revelaciones importantes y ocurrencias nacionales. Creció en la Academia, pero de inmediato fue al campo a buscar la Realidad en la teoría o a encontrarse con las guerrillas campesinas y a morir con ellas. Hizo esfuerzos por llegar a las fábricas, repartió libros y propaganda en las madrugadas, asaltó bancos y penó prisiones. Permeó a las viejas organizaciones políticas e hizo nacer centenares, interesó a los gobernantes y creó —especie poco conocida en México— escritores marxistas. Con la rapidez del trueno, el espíritu del 68 trastornó el rostro cultural de una nación.¹²

El movimiento estudiantil —y todo lo que él conlleva— no sólo cambió la forma de hacer política, también cambió las maneras de escribir la historia. El reconocido historiador italiano, Marcello Carmagnani, en un interesante artículo titulado “Los olvidos de Clío”, publicado en el número 6 de *historias*,¹³ señala que los años se-

venta son el momento de partida obligado para quienes deseen conocer los progresos realizados por la que él llama historia social, la que define como aquella producción historiográfica construida a partir de los efectos provocados por el desarrollo de la demografía histórica, la historia económica y la etnohistoria.¹⁴

Señalamiento al que llega a partir del análisis que hace de la bibliografía aparecida entre los

le en 2010, nació en Verona, Italia, el 20 de agosto de 1940. En su ficha de “presentación para otorgarle el *honoris causa*”, se dice que llegó al país andino con su familia en 1950, ingresó a la Universidad en 1958 y su tesis fue publicada en 1963 en dicha casa de estudios con el título *El salariado en Chile colonial: su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico, 1690-1800*. Según la misma referencia, aún es un libro de consulta obligada para los estudiosos de la historia de Chile por el significativo aporte al conocimiento de las formas de trabajo en el siglo XVIII. En el momento que se redactó la mencionada ficha para entregarle ese reconocimiento, era catedrático de Historia de América Latina en la Universidad de Turín (cátedra que ejercía desde 1976). Además, era profesor-investigador tanto del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México desde 1991, como de la Fondazione Luigi Einaudi, de Turín, desde 2005. El profesor Carmagnani ha sido, entre otros, profesor visitante en distintas universidades y centros de Investigación tanto en Europa como en América; por ejemplo, la Universidad de Columbia; el Wilson Center, de Washington D.C.; el Centro de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California; la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) de Ciudad de México, y la DEH del INAH, por citar algunas instituciones. “Los olvidos de Clío” fue una de varias colaboraciones publicadas en la revista *historias*. Información recuperada el 13 de agosto de 2018 en <www.artes.uchile.cl/documentos/biografia-del-galarardonado_61733_0_3917.pdf> y <<http://colmex.academia.edu/MarcelloCarmagnani/CurriculumVitae>>, consultadas el 27 de noviembre de 2018.

¹⁴ Felipe Castro Gutiérrez tiene otra definición; según su punto de vista: “La historia social moderna ha tenido varias definiciones: originalmente fue considerada como la historia en sí misma, que reunía los aportes de las historiografías particulares (política, económica, demográfica), como si fuesen sus auxiliares. Este ambicioso programa inicial (más bien una declaración de principios), característico de los artículos publicados en la revista *Annales*, pronto cedió su lugar a dos vertientes específicas: la que se ocupa de ciertos ámbitos particulares, como los grupos sociales (que prosperó particularmente [...] en la Gran Bretaña), y otra que ve la historia social ante todo como una perspectiva, una manera de ver y buscar lo social, subyacente con distinta relevancia en diferentes instituciones, procesos, actividades, creencias e ideas”, “La historia social”, *op. cit.*, p. 9.

¹² Christopher Domínguez Michael, “Los marxismos mexicanos”, *Nexos*, 1 de octubre, sin número de página, 1983, recuperado de: <<https://www.nexos.com.mx/?p=4243>>, consultada el 9 de agosto de 2018.

¹³ Marcello Carmagnani, “Los olvidos de Clío”, *historias*, núm. 6, abril-julio, 1984, pp. 85-98. Este autor fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad de Chi-

años de 1970 a 1981. Sobre todo de aquellos textos que favorecían una nueva manera de comprender el pasado colonial. De aquella bibliografía que rompió con la historiografía tradicional, la que él reconoce también como la interpretación institucional por tener como fundamento básico el concebir que el sostén de la sociedad colonial era principalmente de naturaleza jurídica.

Las críticas a la historiografía institucional o tradicional abrieron los caminos a nuevos análisis capaces de explicar el funcionamiento y los mecanismos de reproducción de la sociedad novohispana a partir de la naturaleza económica y social. Esto puso el acento en una nueva manera de observar los contextos históricos de la sociedad novohispana al correlacionar población, recursos agrícolas, maneras de producir, lugares en donde se producía, organización interna de la vida productiva, racionalidad en el uso de los diferentes tipos de mano de obra, comportamiento económico de los hacendados y vínculos estrechos entre la actividad agrícola y actividad mercantil. Aportaciones que han permitido elaborar nuevos esquemas interpretativos de las funciones de la hacienda, de las ciudades, de los mercados; en fin, de la vida económica en la sociedad novohispana.

Para Carmagnani, los estudios históricos producidos en los años setenta y parte de los ochenta ofrecen algunos elementos con los cuales se puede caracterizar de un modo radicalmente distinto el pasado de la sociedad colonial. Una lectura atenta de esa historiografía nos muestra que esa nueva perspectiva se fundamenta en la interacción población-recursos-producción y en el escaso o relativo condicionamiento ejercido por el mercado sobre dicha sociedad. Además, de manera muy precisa, este autor italiano recomienda a todos los preocupados por el conocimiento histórico del México colonial que procuraran emprender una mayor profundización de los estudios relativos a la etnicidad,¹⁵ como una manera de responder a la necesidad historiográfica de determinar el

grado de tensión y de cooperación que se establece entre los diferentes grupos étnicos y comprender, de esta forma, los puntos que pueden ser comparables a lo que se conoce de otras sociedades preindustriales.

Por otra parte, Carmagnani hace notar la importancia de los avances logrados por los estudios relativos a los desarrollos urbanos en la medida en que la tensión entre los factores de la naturaleza urbana —como el crecimiento de la comercialización y la expansión de la burocracia colonial— y los factores de naturaleza rural —como el crecimiento del poder informal criollo—, nos muestran cómo se fue transformando en el tiempo la sociedad novohispana.¹⁶

En relación con este punto en particular, es de mencionar la labor de investigación del Seminario Historia Urbana de la DEH. Grupo académico que ha mantenido una constante participación al publicar ensayos, reseñas, “andamios” y demás textos en *historias*. En el primer número de la revista apareció un trabajo de autoría de Carlos Aguirre Anaya —miembro del mencionado seminario— titulado “La constitución de lo urbano: ciudad y campo en la Nueva España”. En ese artículo su autor nos describe cómo la influencia de los comerciantes sobre la sociedad y la economía novohispanas nos remite inmediatamente al problema de la hegemonía de la ciudad sobre el campo, pues desde su punto de vista, el fortalecimiento de los comerciantes sobre los demás grupos de la sociedad es, asimismo, el fortalecimiento de la ciudad sobre el campo.¹⁷

En el número 5 de la revista, Virginia García Acosta reseña el libro de nuestro compañero recientemente fallecido, Jorge González Angulo, titulado *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*. En esa reseña, la autora nos deja un apunte de lo que venía desarrollándose en ese momento en las investigaciones históricas sobre la capital del país, apunte que vale mucho la pena reproducir aquí:

¹⁵ Marcello Carmagnani, *op. cit.*, p. 88.

¹⁶ *Ibidem*, p. 89.

¹⁷ Véase *historias*, núm. 1, julio-septiembre, 1982.

Durante mucho tiempo, se estudió a la ciudad de México en la época colonial desde la perspectiva de las crónicas, leyendas y anécdotas. Si bien todas éstas han sido útiles, en los últimos años se han realizado diversas investigaciones que tienen como fin un análisis científico y sistemático del fenómeno urbano. En un principio se cayó en vicios como identificar a la ciudad novohispana con las ciudades feudales o preindustriales, trasladando de manera mecánica enfoques y conceptos europeos al caso mexicano. Ello provocó enormes confusiones que se intentan esclarecer con nuevas investigaciones, profundas reflexiones y discusiones, las cuales se han emprendido en base a la reinterpretación de los datos.¹⁸

Los avances en las investigaciones relativos a los desarrollos urbanos en la época colonial le permiten a Marcello Carmagnani observar de manera muy puntual que ya no es posible hablar, como se hacía en el pasado, de la misma forma que la sociedad colonial novohispana. Por consecuencia, ahora, debemos hablar en plural de las sociedades coloniales, incluidas

¹⁸ Jorge González Angulo, *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*, México, FCE-SEP (Colección, Sep/80, núm. 49), 1983, 248 pp.; Virginia García Acosta, "Artesanía, comercio y ciudad", *historias*, núm. 5, enero-marzo de 1984, pp. 143-144. Aunque en su mayor parte se refiere al siglo XIX, un reconocimiento a la labor de investigación sobre la historia de la ciudad de México es el libro que recopila la obra publicada por María Dolores Morales Martínez, *Ensayos urbanos. La Ciudad de México en el siglo XIX*, México, UAM, 2011, tercero de la colección "Antologías". Morales Martínez fue miembro del Seminario Historia Urbana desde sus inicios en los años setenta; hoy participa en el colectivo "Censos Históricos 1753-1882" de la DEH. En la contraportada del libro mencionado se señala que "sus investigaciones se han caracterizado por el riguroso manejo y análisis de las fuentes documentales y por su vinculación con la cartografía urbana; así como por sus relevantes aportaciones para la historia de la ciudad de México, en especial, para los temas de la propiedad urbana, la desamortización de los bienes del clero, las transformaciones espaciales, el crecimiento urbano, los empresarios fraccionadores, los grandes establecimientos comerciales, los censos de población, los usos del suelo y la vivienda. En 1981, Dolores Morales obtuvo el Premio 'Historia de la Ciudad de México' otorgado por el Archivo Histórico de la Ciudad de México".

en todo el espacio geográfico novohispano. Esto le da un sólido sustento en pensar a México como a muchas otras sociedades, como una sociedad caracterizada por una marcada regionalización de su vida social y económica.¹⁹

A los estudios relativos al desarrollo urbano colonial, Carmagnani suma la amplia gama de investigaciones sobre la actividad minera, la industria, el comercio y aquellas otras actividades económicas en general que nos muestran, con claridad, la fuerte interpenetración que existe no sólo entre la actividad agrícola y la actividad no agrícola, sino, además, entre la actividad económica y la burocracia. Todo este cúmulo de nuevos conocimientos nos permite observar a la territorialidad como uno de los elementos caracterizantes de la sociedad novohispana.²⁰

En relación con el tema de la regionalización, en el número 12 de *historias* encontramos el artículo de José Luis Mirafuentes, "Élite y defensa en Sonora, siglo XVIII".²¹ El autor intenta, con una rica utilización de fuentes primarias, mostrarnos el vínculo entre los grupos sociales dominantes y la milicia en un contexto territorial muy alejado de la Ciudad de México. El tema central del trabajo es el acercamiento a las formas políticas y económicas de la naciente élite sonorense, de modo particular aquellas formas con las que dicho grupo utiliza al ejército

¹⁹ Marcello Carmagnani, *op. cit.*, p. 90.

²⁰ *Ibidem*, pp. 90-91. Un ejemplo que ilustra muy bien que la territorialidad es uno de los elementos caracterizantes de la sociedad novohispana, es la elaborada por Alberto Carabarán en el artículo "Región y mercado colonial: las coyunturas de los obrajes poblanos entre los siglos XVI y XVIII", *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 41-49, donde plantea que: "Los cronistas poblanos de los siglos XVI a XVIII y los informes regionales de los intendentes, confirman el carácter multiespacial de todo proceso de crecimiento económico colonial. Incluso analizando un movimiento coyuntural tan particular como lo fue el auge-declinación de los obrajes de la ciudad de Puebla, vuelve a ratificarse lo observado durante los siglos XVI y XVII en la villa de Potosí y el virreinato peruano: que el fenómeno de crecimiento mercantil sólo pudo verificarse apoyándose en una red de circuitos que remontaron el espacio local" (p. 41).

²¹ José Luis Mirafuentes, "Elite y defensa en Sonora, siglo XVIII", *historias*, núm. 12, enero-marzo, 1986, pp. 67-79.

presidial (fuerza de resguardo fronteriza) para con ello hacer efectivos sus propósitos de consolidación de su dominio. Proceso que el autor analiza al mismo tiempo que valora los efectos resultantes de tales propósitos en la capacidad defensiva del territorio sonoreense.

Marcello Carmagnani reconoce en “Los olvidos de Clío”, los avances realizados por la historia social hasta entonces, circunstancia que no lo inhibe para elaborar una crítica a esa manera de escribir la historia, referida a la nula innovación del esquema diacrónico preexistente; es decir, por continuar recurriendo a la misma periodización utilizada en el pasado por la historiografía institucional, aunque la crítica no es del todo válida o precisa. De hecho, el establecimiento de una nueva periodicidad que uniera la segunda mitad del siglo XVIII con la primera del XIX, era una idea que exploraban varios investigadores de la DEH a principios de los ochenta del siglo pasado.

Un ejemplo de ese intento de proponer una nueva periodicidad apareció en el número 5 de *historias*, en el artículo de Eduardo Flores Clair y Cuauhtémoc Velasco Ávila, “Minería y poder político en México, 1770-1856”,²² el cual tiene como objeto de estudio “el papel que jugaron las instancias políticas en el fomento minero, entre los llamados periodos de las ‘reformas borbónicas’ (1767-1810) y de la ‘anarquía’ (1821-1853)”. Los autores observan que hubo cierto tipo de continuidad en la política estatal de fomento económico, particularmente en lo relativo a las actividades mineras, entre la época colonial y los esfuerzos llevados a cabo durante la formación del Estado independiente. De este modo reconocen que el factor político cumplió un papel sustancial para fincar la racionalidad económica de las empresas mineras y, por lo tanto, en el establecimiento de la dinámica general de la actividad económica.

Es un artículo interesante, ya que propone una periodización diferente a la tradicional al

²² Eduardo Flores Clair y Cuauhtémoc Velasco Ávila, “Minería y poder político en México, 1770-1856”, *historias*, núm. 5, enero-marzo, 1984, pp. 33-51.

vincular o relacionar las actividades mineras con la política; al “indagar acerca de los mecanismos y espacios políticos que ocuparon los representantes de los intereses de los propietarios mineros”, dentro del debate llevado a cabo en la construcción del nuevo proyecto de nación posterior a 1821.

Aquí vale la pena introducir un pequeño paréntesis: los temas sobre la minería mexicana ocupan un lugar especial no sólo en la revista *historias*, ya que la DEH es una entusiasta protagonista de este tipo de investigaciones, además de que Inés Herrera, investigadora de la Dirección, es la cabeza de un amplio grupo latinoamericano que con regularidad organiza un foro de discusión de historiadores de la minería latinoamericana.²³ En relación con la revista, se puede señalar que, aunque predominan las investigaciones de este tema enfocadas al siglo XIX, el artículo antes mencionado de Flores Clair y Velasco Ávila nos muestra la importancia política y económica de las llamadas reformas borbónicas y, no sólo eso, ya que su análisis va más allá al observar que la postura reformista y de fomento a las actividades mineras descansó en la burocracia y las élites empresariales después de la guerra de independencia. Por otra parte, este mismo artículo sirvió para la preparación del libro: *Estado y minería en México (1767-1910)*, producto de una amplia búsqueda de fuentes históricas novedosas sobre la relación entre las actividades mineras, la política y el Estado.²⁴

En los años ochenta del siglo XX, esta manera de concebir ciertos elementos de continuidad en

²³ De 1990 a 2014, este foro académico de los historiadores de la minería latinoamericana se había reunido doce ocasiones, y el resultado de la reunión de 2014 apareció como libro, coordinado por José Alfredo Uribe Salas, Inés Herrera Canales, Alma Parra Campos, Francisco Omar Escamilla González y Lucero Morelos Rodríguez, *Economía, sociedad y cultura en la historia de la minería latinoamericana*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / INAH / Fundación Vueltaabajo A.C. / Editorial Morevalladolid, 2016.

²⁴ Cuauhtémoc Velasco Ávila, Eduardo Flores Clair, Alma Parra Campos y Edgar Omar Gutiérrez López, *Estado y minería en México (1767-1910)*, México, Semip / INAH / Comisión de Fomento Minero / FCE, 1988.

la política económica de finales del periodo colonial y el periodo de construcción del Estado independiente tuvo varios seguidores. Uno de los más importantes fue el ambicioso proyecto sobre historia regional iniciado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, el cual consistió en la elaboración de una antología de textos de cada uno de los estados de la República mexicana, acompañado con su respectivo estudio interpretativo de la historia de cada uno de ellos. La particularidad del proyecto de difusión era que la periodización seleccionada sólo comprendía la segunda mitad del siglo XVIII hasta la Revolución de 1910. Ambicioso —así es calificado por las autoras de la obra relativa al estado de Chihuahua—, en el proyecto se tenía la intención de cubrir el “inusitado interés por los estudios regionales” ante la fuerte demanda de “ampliar nuestra visión acerca de una historia patria múltiple”.²⁵

El siglo XIX

Al historiador se le pide hoy —y acepto esta exigencia— que no ignore, en bien de su oficio, los logros de las otras ‘ciencias humanas’

Pierre Vilar²⁶

Hacia mediados de los años ochenta del siglo pasado, no sólo los estudios sobre temas regionales alcanzaron “un inusitado interés”; en realidad, tales estudios estuvieron acompañados, en muchos casos, de investigaciones relativas al siglo XIX. Era tal la convocatoria a adentrarse en ese siglo que el prestigiado investigador

²⁵ Graziella Altamirano y Guadalupe Villa (comps.), *Chihuahua. Textos de su historia, 1824-1921*, Gobierno del Estado de Chihuahua / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, t. I, p. 15. Aunque en el título no aparece consignado lo relativo a la parte colonial, el segundo capítulo lleva por título “Del tutelaje a la libertad (1771-1821)”.

²⁶ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 7. En 1999 este libro llevaba ya seis ediciones... Norma de los Ríos, “Pierre Vilar: historiador y maestro”, *historias*, núm. 57, enero-abril, 2004, pp. 3-8.

de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), el historiador Mario Cerutti, lo califica como un fenómeno académico, no sólo mexicano, sino iberoamericano.

El mismo Mario Cerutti señala que, durante los años setenta, las investigaciones sobre el siglo XIX comenzaron a incrementarse de manera evidente y describe con precisión algunos de los rasgos generales más sobresalientes con los que comenzaron a contar este tipo de trabajos:

- a) el uso creciente y generalizado de fuentes primarias;
- b) la implementación de técnicas y recursos metodológicos renovados;
- c) el auge de los estudios sobre historia económica e historia social;
- d) la influyente presencia y el reconocimiento de la labor de investigadores europeos y estadounidenses;
- e) la acentuada desconfianza que provocaban las versiones “nacionales” de la historia, muchas de ellas enarboladas —desde las distintas corrientes y con dudosa capacidad crítica— por académicos residentes en las ciudades capitales, y
- f) una fuerte propensión —en parte como respuesta al punto anterior— a encauzar la investigación hacia espacios o ámbitos regionales (a lo cual habían contribuido, en escenarios como el mexicano, la fundación de centros de estudios en el interior).

Todo ello, parecía notorio, estaba conduciendo a un conocimiento más profundo de esta crucial etapa de la historia continental.²⁷ Este mayor interés por los estudios regionales impulsó varios proyectos editoriales de envergadura como el de las historias generales de Jalisco, Sonora o Chihuahua, por mencionar algunos; la Colección Regiones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), que llegó a publicar cerca de 80 títulos; o las breves historias de los

²⁷ Mario Cerutti, “Siglo XIX. Revista de Historia”, *Historia Mexicana*, vol. 50, núm. 4 (200), abril-junio, 2001, pp. 899-900.

estados, bajo el sello de El Colegio de México (El Colmex) y el Fondo de Cultura Económica (FCE) que buscó cubrir las 32 entidades federativas que componen la República. Todo ello sin contar con lo que se producía en distintas universidades o los proyectos editoriales de las entidades federativas en todo el país. Además, impulsó la fundación de revistas especializadas; por ejemplo: *Noroeste de México*, del entonces Centro Regional del Noroeste del INAH, de 1976; *Siglo XIX. Revista de Historia*, de la UANL, de 1986; *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales*, de 1991, que tiene el apoyo fundamental de la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A.C.

La Dirección de Estudios Históricos no sólo participó del interés por los trabajos relativos al siglo XIX; en realidad, a partir de los años setenta se convirtió en una protagonista importante en esta clase de investigaciones. De manera muy particular, entre 1978 y 1980, el grupo de investigadores que integraban los seminarios Formación de Grupos y Clases Sociales en México en el Siglo XIX y el de Historia Económica y Social (siglo XIX), publicaron dos libros que dejaron honda huella en el ambiente académico de esos años.²⁸

En ambos libros aparece Ciro Cardoso como su coordinador.²⁹ El primero de ellos, *Formación y*

desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX, fue el resultado de un simposio del primero de los seminarios mencionados, con la presencia de algunos invitados.³⁰ Bien se puede decir, de manera general, que con la aparición de este libro inician los estudios sobre los empresarios mexicanos decimonónicos y coloniales. Investigaciones que utilizan (como fuente fundamental) los documentos notariales (en este caso en particular, los del Archivo de Notarías de la Ciudad de México) en la reconstrucción de biografías y trayectorias de los hombres de negocios. Tema y tratamiento muy novedoso en la historiografía mexicana de aquel momento y que ha mantenido su presencia en la revista *historias* desde sus inicios.

El segundo libro, también coordinado por Ciro Cardoso, igualmente fue producto de un

maneó en ese país centroamericano durante los cuales desplegó una intensísima actividad. En septiembre de 1974, en el Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en México, participó en una concurridísima mesa redonda sobre “Modos de producción en América Latina”, la cual fue presidida por Pierre Vilar y contó también con la participación, entre otros, de Roger Bartra, Carlos Sempat Assadourian, André Gunder Frank y Agustín Cueva. En 1976, luego de pasar tres meses como *visiting fellow* en el St. Antony’s College de la Oxford University, se trasladó a México como investigador del entonces Departamento de Estudios Históricos del INAH, institución dirigida en ese momento por Enrique Florescano. En esta institución tuvo a su cargo la coordinación del Seminario de Historia Económica y Social. A pesar de su corta estancia dejó dos importantes resultados, dos libros colectivos (de 1978 y 1980 respectivamente) que muy pronto se convirtieron en valiosos referentes sobre el quehacer historiográfico de aquel momento relativo al siglo XIX: Ciro F.S. Cardoso (coord.), *Formación y desarrollo de la burguesía en México, siglo XIX*, México, Siglo XXI Editores, 1978; y Ciro F.S. Cardoso (coord.), *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, México, Editorial Nueva Imagen, 1980; además de Héctor Pérez Brignoli, “Ciro Flamarion Cardoso”, *Revista de Historia*, núm. 68, julio-diciembre, 2013, pp. 11-20.

³⁰ Los miembros del Seminario Formación de Grupos y Clases Sociales eran Margarita Urías, Guillermo Beato, Rosa María Meyer, Shanti Oyarzábal, María Teresa Huerta, y los invitados fueron el propio coordinador del libro, Ciro F.S. Cardoso, María Dolores Morales (integrante del Seminario de Historia Urbana de la DEH-INAH), Mario Cerutti y Roberto C. Hernández, investigadores de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

²⁸ Es de reconocerse el papel protagónico del director de la DEH, Enrique Florescano, en la formación de los seminarios, en la definición de los temas a investigar y en la elección de los coordinadores de dichos seminarios.

²⁹ Ciro Flamarion S. Cardoso (Brasil, 1942-2013) es uno de los muchos ejemplos de los académicos latinoamericanos que pasaron por México a raíz de los golpes militares ocurridos en sus países, en este caso Brasil. En 1967 viajó a Francia para realizar estudios de posgrado en la prestigiada École des Hautes Études y del Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, fundado por Fernand Braudel. Como estudiante fue testigo de la rebelión estudiantil de aquel “mayo del 68”. En 1971, presentó su tesis de doctorado, donde se pueden constatar las influencias del ambiente académico de esos años “[...] el estructuralismo, la relectura de Marx realizada por Althusser y las polémicas derivadas, las discusiones en el seminario de Pierre Vilar, el redescubrimiento de Gramsci y el surgimiento de la sociología latinoamericana de la dependencia [...]”. Ante la imposibilidad de regresar a su país, consiguió trabajo en Costa Rica en el Programa de Ciencias Sociales de la Confederación Universitaria Centroamericana, dirigido por el sociólogo guatemalteco Edelberto Torres. Cinco años per-

simposio, organizado por el segundo seminario mencionado, y del cual resultó la publicación: *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, como parte de la serie denominada “Historia” de la Editorial Nueva Imagen, serie que estaba a cargo del entonces director de Estudios Históricos del INAH, Enrique Florescano. Se trata de una publicación integrada por diecisiete artículos de una docena de autores. Para 1992, este texto contaba ya con diez ediciones; sin duda, se puede afirmar que se trata de un verdadero éxito editorial.³¹

Otro importante acontecimiento en la DEH, que más tarde repercutió en la concepción y desarrollo del proyecto de la revista *historias*, fue la integración de un entusiasta grupo de investigadores, en su mayoría mujeres, preocupadas por la historia del arte mexicano, especialmente la relativa al siglo XIX. Dicho grupo le dio forma y organización al Seminario de Estudios de Historia del Arte, cuyo objetivo central fue una novedad historiográfica en aquel momento al intentar reconstruir una historia social del arte en México, privilegiando a la historia económica y social a partir de una amplia concepción del quehacer en el arte, que iba más allá del “ámbito cerrado de lo artístico”.³²

Uno de los resultados del grupo especializado en el arte del siglo XIX se publicó en el número 6 de *historias*,³³ donde se abordaba de manera

³¹ Agradezco el dato a Ixchel Cervantes, bibliotecaria referencista de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la DEH-INAH. Rodolfo Pastor publicó una reseña muy crítica de este libro y a pesar de sus comentarios reconoció que: “Quizá desde la *Historia moderna de México* no se escribía una obra de este alcance, fruto del énfasis reciente sobre la historia socioeconómica del siglo pasado, en la que se buscan los ‘antecedentes de la revolución’”, en “Sobre México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social”, *Historia Mexicana*, vol. 30, núm. 2 (118), octubre-diciembre, 1980, pp. 299-306, recuperado de: <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2654/2165>>, consultada el 12 de septiembre de 2018.

³² Detalles sobre este seminario y la participación de la “historia del arte” en *historias* pueden verse en Esther Acevedo y Rosa Casanova, “Tiempos y memorias”, en este número 100 de la revista.

³³ Esther Acevedo, Rosa Casanova, María Estela Eguiarte y Eloisa Uribe, “Modos de decir: la pintura y los conservadores”, *historias*, núm. 6, abril-julio, 1984, pp. 71-84.

muy novedosa las repercusiones sociales y políticas de la producción plástica de la Academia de San Carlos. En el ensayo se deja muy claro cómo el patrocinio del grupo dominante propició un lenguaje pictórico determinado.

A propósito del campo editorial, en el número 16 de *historias*, en la sección “Andamio”, se encuentra el interesante texto “Veinte años de historia del siglo XIX en revistas especializadas”, de Leticia Reina y María del Carmen Salinas, donde las autoras califican como novedad la realización de una bibliografía relativa a artículos en revistas especializadas y describen el objetivo de su análisis como la realización de un esfuerzo por conocer los avances de investigación, las nuevas ideas y aquellos planteamientos que no lograron desarrollarse en un libro.³⁴

Una de los primeros aspectos que hacen notar las autoras es la aparición, en los años ochenta, de varias revistas académicas relativas a la historia de México o que dedican buena parte de sus espacios a temas históricos mexicanos, entre ellas, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, de El Colegio de Michoacán (1980); *historias*, de la DEH del INAH (1982); *Secuencia*, del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (1985), y *Siglo XIX. Revista de Historia*, de la UANL (1986). Suceso que las autoras consideran como una clara manifestación del incremento del interés y de la producción historiográfica sobre el México del siglo XIX.³⁵

³⁴ Véase *historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987, pp. 131-142, p. 131.

³⁵ Según el historiador Javier Garcíadiego, estas revistas aparecieron en un momento historiográfico que él califica como la etapa “revisionista”, caracterizada por la irrupción de la historia económica y social, así como por la aparición del interés por lo regional: “[...] con un enfoque riguroso sin caer en parroquialismos y con pretensiones comparativas, en los años ochenta es cuando crece el interés por la historia moderna y por los tiempos presentes, entonces se busca de manera significativa la vinculación entre historia y antropología [...] Fueron años inicialmente dominados por el marxismo y la teoría de la dependencia —[para ello] reléase *Cuicuilco* [revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, surgida en 1980]—, aunque luego aparecieron posiciones escépticas y críticas del marxismo —notablemente *historias*— y abiertos desmentidos a la teoría de la dependencia —sobre todo en la revista *Siglo XIX* [...]”. Estas pala-

Esfuerzo académico que tuvo que sobreponerse —según las autoras— a lo que consideraron la complejidad que encuentran las investigaciones que abordan dicho siglo: “la falta de información seriada y catalogada”. Particularidad por la que ellas le otorgan al siglo decimonónico la característica de ser un siglo “difícil [para] su reconstrucción”, y, por lo cual, lo definen como el “siglo de la anarquía en la documentación”. Además, consideran a esta condición como el elemento a tener en cuenta en el tardío desarrollo de las indagaciones sobre la historia de México en esa centuria.

El segundo aspecto que llama la atención en el análisis de Leticia Reina y María del Carmen Salinas es la observación de que “la división de la historia en política, económica y social empieza a ser obsoleta”. Para ellas, las investigaciones de los años en estudio tienen la característica de que sus autores cada vez más tienden a buscar “resolver problemas específicos desde diferentes puntos de vista”. Con este señalamiento proponen la manera en la que ellas concibieron las temáticas más relevantes, acordes con las maneras de escribir la historia del siglo XIX mexicano, desde el siglo XX, según los artículos encontrados en las publicaciones especializadas que estudiaron:

- a) *el poder y lo político*, que corresponde a una nueva forma de estudiar la historia política y que tiende más a comprender la formación del Estado;
- b) la *cuestión agraria*, debido al todavía predominante carácter de la agricultura y la vida en el campo;³⁶

bras fueron parte del discurso leído por Garciadiego en la presentación del número 200 de *Historia Mexicana*, en El Colegio de México, el 20 de septiembre de 2001, y publicadas con el título “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”, *Historia Mexicana*, vol. 51, núm. 2 (202), octubre-diciembre, 2001, pp. 221-231.

³⁶ El caso que mejor ilustra el señalamiento de las autoras es el de Eric Van Young, “La historia rural de México desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial”, *historias*, núm. 12, enero-marzo, 1986, pp. 23-65, cuyos objetivos fueron: examinar el desarrollo de la historiografía de la vida rural durante la Colonia y los primeros años

- c) el *desarrollo económico y las inversiones extranjeras*, que tienden a comprender las causas de la desarticulación de la economía y las formas de crecimiento económico posteriores a la guerra de independencia;
- d) *el origen industrial y la formación de las clases trabajadoras*, donde se estudian las actividades económicas más importantes como la industria textil, la minería y los ferrocarriles, y, por último,
- e) *educación y cultura*, comprende los problemas relacionados con la política educativa y las diferentes manifestaciones culturales de la época.³⁷

Lo que se podría calificar como el tercer resultado de la revisión que realizaron Leticia Reina y María del Carmen Salinas es una pequeña sorpresa, que la expresan de la siguiente manera: “es interesante hacer notar, que a pesar de la importancia que cobró la historia económica en los últimos veinte años y la social en los últimos diez años, ensayos considerados como relativos [a] la historia política cuenta[n] con un mayor número de trabajos [publicados en las revistas analizadas]”. Aunque su observación la acompañan con el señalamiento de que se trata de una manera diferente de ver la política y las instituciones de poder como la Iglesia y el ejército.

Por este camino encontramos el artículo de Luis Alberto de la Garza, “Hombres de bien, demagogos y revolución social en la primera República”.³⁸ Este autor no tiene duda de que la preocupación central de la investigación histórica en los últimos años ha sido el problema de la modernización de las sociedades y, dentro de ese proceso, la obser-

del México independiente publicados en los últimos treinta años, poniendo particular atención en el estudio de la hacienda; evaluar algunos de sus hallazgos, problemas y dificultades de crecimiento, y ofrecer algunas sugerencias respecto a dónde podrían invertir sus energías futuras los que trabajan en este campo” (p. 23).

³⁷ Véase *historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987, pp. 131-132.

³⁸ Véase *historias*, núm. 15, octubre-diciembre, 1986, pp. 43-53.

vación y análisis de lo que él llama “las formas de acción prepolíticas de organización”. Para ello plantea que sólo el estudio de “las relaciones entre los diversos sectores de la sociedad nos puede dar la pauta de las movilizaciones colectivas, es decir, se trata de relacionar las conductas colectivas-conflictivas con la estructura social que las produce, al mismo tiempo que explicar cómo se forman y cómo se manifiestan las nuevas creencias e identidades de la multitud”.³⁹

Una observación puntual del ambiente político después de lograda la Independencia es la realizada por Angels Solá en el interesante ensayo “Escoceses, yorkinos y carbonarios. La obra de O. de Attellis, marqués de Santangelo, Claudio Linatti y Florencio Galli en México en 1826”.⁴⁰ En este artículo, la autora aborda un conflicto político en el escenario de la Ciudad de México, en el año de 1826, desencadenado por la publicación de un librito, traducido por Lorenzo de Zavala, que causó la expulsión de un refugiado italiano llamado Orazio de Attellis, ordenada por el Poder Ejecutivo de ese entonces. Hecho que motivó la intervención del embajador inglés, Henry Ward, al calificar de arbitraria dicha decisión al considerar la libertad de prensa y la libre expresión de opiniones políticas como esenciales a las libertades que buscaba instaurar el gobierno mexicano. El incidente no fue un suceso secundario en la lucha entre yorkinos y escoceses ya que desencadenó una violenta polémica entre los sectores contrarios o favorables a la actuación del gobierno. A pesar de la importancia del episodio, la autora del artículo señala que no había sido estudiado —ni tan sólo mencionado— por la historiografía política de aquel momento.

En un recuento bibliográfico realizado por Eduardo Flores Clair podemos percibir el manifiesto entusiasmo de los años ochenta por aquello que ocurría respecto de los estudios relacionados con la historia del siglo XIX mexicano. En esta contribución, Flores Clair decreta la pronta defunción de uno de los temas historiográficos que

más tinta y papel ha consumido. Con el título: “La anarquía se derrumba. Bibliografía del siglo XIX (1821-1910), a partir de 1980”,⁴¹ nos cuenta que, en las dos últimas décadas, diversas investigaciones abordaron la historia del siglo XIX mexicano, en las que se puede observar un fuerte impulso hacia la renovación de sus líneas temáticas y metodológicas, mostrando así la gran complejidad de la sociedad mexicana de aquella época, dándole elementos firmes para competir en novedad y solidez con los otros periodos históricos. Afirmación a lo que este autor añade que dicha producción tiene como respaldo un número creciente de centros de investigación que han orientado sus temas y periodos hacia el desatendido siglo XIX.

historias, con “h” minúscula

Discutir sobre lo que tendría que ser la historia es legítimo, pero pocas veces este tipo de debate ha abierto nuevas vías a la investigación. La experiencia nos enseña que las grandes mutaciones en nuestra disciplina no surgen ordinariamente de discusiones a priori, sino de una o varias grandes obras históricas que abren nuevos campos de investigación al mostrar prácticamente cómo esa nueva manera de hacer historia enriquece nuestro conocimiento de la realidad.

François-Xavier Guerra⁴²

Entre las muchas cosas que observan Leticia Reina y María del Carmen Salinas, me llama mucho la atención la frase siguiente: “a pesar de la importancia que cobró la historia económica en los últimos veinte años y la social en los últimos diez años”; y me parece que con esas

⁴¹ Véase *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 129-133.

⁴² François-Xavier Guerra (1942-2002), “El renacer de la historia política: razones y propuestas”, *historias*, núm. 54, enero-abril, 2003, pp. 3-24, p. 4. En la presentación de este ensayo se dice que “*historias* no encuentra [...] mejor manera de recordar al amistoso, entrañable historiador —al hispanista, al mexicanista— que publicando el escrito que sigue [...] cuya memoria hoy deseamos encomiar”. Texto tomado de *New history, nouvelle histoire: hacia una nueva historia*, Madrid, Actas, 1993.

³⁹ *Ibidem*, p. 44.

⁴⁰ Véase *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 69-93.

palabras nos están advirtiendo de la gestación del cambio de intereses de los historiadores (o el de los diferentes autores de las revistas especializadas que analizaron) de mediados de los años ochenta del siglo pasado. Este señalamiento puede verse muy bien acompañado con lo que expresó el prestigiado historiador norteamericano Robert Darnton (reconocido como uno de los mayores expertos del mundo en el siglo XVIII francés) en un pequeño fragmento de la reseña que escribió sobre el libro de Pierre Darmon, *Damning the Innocent: A History of the Persecution of the Impotent in Pre-Revolutionary France*, reproducido en el número 15 de la revista *historias* con el título, “Foucaultismo *pop*”. En palabras de este autor:

En los últimos años la historia ha tomado un rumbo extraño. Los profesionales hicieron a un lado a los reyes y a las reinas para poder estudiar el juego de estructuras y coyunturas. Pero las publicaciones más recientes sugieren todo un nuevo rango de temas, cada nuevo tema más extraño que el anterior. Salió un libro sobre una monja lesbiana, sobre un santo anoréxico, sobre el niño salvaje [...] Contamos con perros santos y con gatos masacrados. ¿Por qué esta atracción por lo extraño y lo marginal?⁴³

Para Robert Darnton, la marginalidad emergió como tema y como punto de vista con la figura de Michel Foucault (Poitiers, Francia, 15 de octubre de 1926-París, 25 de junio de 1984) para proclamar la importancia de comprender el aspecto cognitivo del poder. Es decir, se concebía al “poder como una manera de ordenar la realidad o de acomodar las cosas para que las fronteras mentales operen como limitantes sociales y le den forma a las instituciones”.⁴⁴ Al final de esa reseña, su autor manifiesta una

⁴³ Véase *historias*, núm. 15, octubre-diciembre, 1986, pp. 3-5. Este fragmento de la reseña de Robert Darnton fue tomado de *The New York Review of Books*, vol. XXXIII, núm. 15, del 9 de octubre de 1986.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 4.

postura muy crítica con quienes, desde su punto de vista, sólo buscan vulgarizar o trivializar la historia a partir de los planteamientos del reconocido filósofo francés. Como colofón sentencia: “Foucault está muerto. Ahora tenemos el foucaultismo *pop*.”

En esos años ochenta, *historias* contaba todavía con una corta existencia, pero en el ambiente académico comenzaban a sentirse nuevos aires: para algunos historiadores esa época se trataba de la historia “revisionista”.⁴⁵ En este contexto encontramos reflexiones como las hechas por el historiador francés, Georges Duby, quien señaló que lo que sucedía era que “desde hace décadas,

⁴⁵ Para Carlos Martínez Assad, lo que se ha definido como revisionismo histórico puso el dedo en la llaga porque demostró que la historia de México no fue un proceso monolítico ni homogéneo. Al contrario, enfatizó más las diferencias que las coincidencias, “Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales”, *Historia Mexicana*, vol. 50, núm. 4 (200), abril-junio, 2001, p. 921. Para Romana Falcón, “Después del movimiento de 1968, que sacudiera las paredes del edificio estatal y las conciencias de los mexicanos, se iniciaron varias corrientes ‘revisionistas’ que pusieron en tela de juicio las interpretaciones clásicas sobre diferentes temas [...]. Los cambios fueron de todos los órdenes. Para empezar, se intentó descubrir al México pequeño y olvidado. Con ello se trastocó el enfoque tradicional que insistía en dar prioridad a los líderes y a los acontecimientos que tenían importancia nacional, en menosprecio de los sucesos acaecidos en los diversos rincones del país y de trascendencia meramente local [...]. México se puso entonces bajo el microscopio y la microhistoria inició su revancha [...]”, “El revisionismo revisado”, *Estudios Sociológicos*, vol. V, núm. 14, mayo-agosto, 1987, p. 343. Para Antonio Annino, el término revisionismo le parece algo inadecuado. Y nos dice: “[...] como pasa siempre con las palabras exitosas, ya es tarde para modificaciones. El término no me gusta porque sugiere que hay algo como un conflicto con la historiografía de antes. Si mal no recuerdo, el término nació en Francia con las obras de François Furet, que atacó duramente a la historiografía marxista sobre la Revolución francesa, que había monopolizado el tema. En aquel caso, el término revisionismo fue correcto, porque conscientemente Furet buscó una alternativa a la historiografía de antes. En nuestro caso, ninguno de nosotros piensa atacar a nadie. Nadie piensa que esta nueva historiografía sea alternativa a la vieja. Se propone sencillamente el desarrollo de nuevos campos de investigación, que pueden confirmar, más o menos, tesis del pasado, pero esto es normal en nuestro trabajo de historiadores [...]”, Elías Palti, “La historia política latinoamericana hoy. Entrevista con Antonio Annino”, *historias*, núm. 64, mayo-agosto, 2006, pp. 33-38, p. 35.

las ciencias económicas han venido remolcando tras ellas a la menuda, debilucha y sometida historia social”. Por ello, él comenzó a cuestionarse a sí mismo y, entonces, llegó a creer que muy probablemente recurría a las determinaciones económicas como una forma de esquivar un poco “las desilusiones a las que uno se expone cuando se aventura en el análisis de las expresiones simbólicas de una configuración social”. Esta misma reflexión lo llevó, a su vez, a trazar un planteamiento que dio sustento a un gran proyecto de varias investigaciones, fundamentadas en “la necesidad de observar al observador mismo, de saber lo que cree, lo que teme; de hacer la historia de los historiadores [...] de medir la aportación de lo mental al funcionamiento, no ya de las sociedades sino al de las ciencias humanas”.⁴⁶

Otra señal que nos muestra que las cosas estaban cambiando en los años ochenta apareció en el número 14 de la revista *historias*.⁴⁷ Ricardo Pozas Horcasitas tradujo un artículo de François Ewald titulado: “Una nueva etapa de la nueva historia: entre lo privado y lo público”. En pocas palabras, se trata del anuncio de la organización de un gran proyecto de investigación colectiva. Dentro del marco de lo que llamaron “la crisis de las ideologías”, el grupo formado identificó “un hecho histórico ejemplar, se apoderan de él y lo formulan como problema muy viejo y muy cambiante: el de la vida privada”. Entendida ésta como la que “trata del problema del sujeto”, una historia que deja de lado los problemas en términos de infra y superestructura, que abrazó el método de la llamada “historia de las mentalidades”. Es así que este tipo de historia se comprometía a “dar cuenta del

sentimiento de banalidad y cotidianidad”, ya que consideraron que las diferentes sociedades tienen el discurso de estos conceptos como algo obvio, entonces, “se convierte en tarea del historiador restituir esa impresión, que vuelve la vida cotidiana secretamente aplastante en todas las épocas: esta banalidad o lo que es lo mismo, esa extrañeza que se ignora”.⁴⁸

Muy pronto, en 1978, en la DEH inició el Seminario Historia de las Mentalidades, marcando así un caminar novedoso en el ámbito académico del quehacer historiográfico de entonces.⁴⁹ En los números 6 y 11 de nuestra revista⁵⁰ aparecieron los primeros pasos de esa manera de

⁴⁸ El profesor Andrés G. Freijomil, en su columna “Teoría de la historia” nos dice que, *Historia de la vida privada* apareció entre 1985 y 1987, en cinco volúmenes, 3 214 páginas, 2 102 ilustraciones en blanco y negro y 80 en color, 38 autores de diversa procedencia ideológica (desde un católico conservador como Philippe Ariès, hasta uno de origen marxista como Georges Duby) y una edición plurinacional (Seuil, Laterza, Harvard University Press y Taurus Ediciones). Estos sucintos datos son suficientes para revelar el calado de este ambicioso proyecto. La editorial francesa Seuil, en la colección dirigida por Michel Winock, lo comenzó en 1985. Un año antes, su promotor Philippe Ariès había muerto, recayendo la coordinación final en Georges Duby, quien respetó los esquemas de trabajo acordados con su antecesor. Recuperado de: <<https://introduccionalahistoriajvg.wordpress.com/2013/04/23/2489/>>, consultada el 19 de septiembre de 2018.

⁴⁹ El nombre oficial de este seminario fue Historia de las Mentalidades y Religión. Inicialmente estuvo integrado por Serge Gruzinski y Solange Alberro. Sergio Ortega Noriega fue su coordinador por casi diez años. Poco después de su fundación se sumarían José Abel Soriano y Jorge René González Marmolejo, más adelante se incorporaron otros investigadores. El objetivo del seminario fue “averiguar la manera en la que los hombres del pasado percibieron los hechos que vivieron y, del mismo modo, enfocar su interés en el saber algo más acerca de los actores de esos hechos [...]”. Este grupo de académicos ha publicado varias e interesantes obras colectivas, Patricia Osante y Edgar O. Gutiérrez, “Sergio Ortega: un ciudadano del noroeste en la UNAM”, en Jorge René González M., *Mentalidades, economía y región en la historia de México, siglos XVI al XIX. Homenaje a Sergio Ortega Noriega*, México, INAH, 2012, p. 24.

⁵⁰ José Abel Ramos Soriano, “Los orígenes de la literatura prohibida en la Nueva España en el siglo XVIII”, *historias*, núm. 6, abril-julio, 1984, pp. 25-47; y Jorge René González, “Pecados virtuosos. El delito de sollicitación en la Nueva España (siglo XVIII)”, *historias*, núm. 11, octubre-diciembre, 1985, pp. 73-84.

⁴⁶ Georges Duby, “Lo mental y el funcionamiento de las ciencias humanas”, *historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987, pp. 12-14. Este artículo fue tomado de la revista *L'Arc*, París, núm. 72, 1978, y fue traducido por Guadalupe Pacheco Méndez.

⁴⁷ François Ewald, “Una nueva etapa de la nueva historia: entre lo privado y lo público”, *historias*, núm. 14, julio-septiembre, 1986, traducción de Ricardo Pozas Horcasitas, tomado de *Magazine Littéraire*. Como asistente de Michel Foucault, en la década de 1970, François Ewald ha supervisado la publicación de gran parte del patrimonio literario de Foucault.

trabajar cierto tipo de temas, como el de la historia de la literatura prohibida, abordado por José Abel Ramos, quien indaga en los expedientes del ramo Inquisición del Archivo General de la Nación (AGN), donde pudo encontrar una buena cantidad de documentos concernientes a la censura de libros en el siglo XVIII.

Otro de los temas sería el de “Pecados virtuosos. El delito de solicitación en la Nueva España (siglo XVIII)”, de Jorge René González, quien toca un tópico que tiene siglos de historia y de historias. En su ensayo saca a la luz la práctica de ciertos clérigos que, valiéndose del sacramento de la confesión y de su investidura religiosa, mantenían una sexualidad prohibida por la Iglesia. Además, da a conocer las actitudes adoptadas por algunas penitentes afectadas y la respuesta dada por el Tribunal del Santo Oficio para perseguir y castigar a los presuntos delincuentes.

En el número 12 de *historias* se publicó una reseña de Thomas Calvo: “Cada santidad tiene la perversión que se merece”. En ella nos presenta su punto de vista sobre la publicación de un libro del mencionado Seminario de Historia de las Mentalidades (coordinado por quien fuera uno de sus principales promotores, el doctor Sergio Ortega), titulado: *De la santidad a la perversión. O de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*. Calvo nos habla de un libro “lleno de humanidad” y reconoce que, si el mérito de la obra radicara solamente en su carga emotiva, con la cual nos entrega cierto espejo para mirarnos, entonces su interés sería bastante limitado. Pero, considera que éste va más lejos, su título no es inocente y nos invita a profundizar en las nociones de santidad y perversión dentro de un contexto dado.⁵¹

Otro hecho que anunciaba cambios por venir, si bien de otro tenor, llegó en el año de 1985, desde Saboya, Francia: tras una intervención

⁵¹ Thomas Calvo, “Cada santidad tiene la perversión que se merece”, *historias*, núm. 12, enero-marzo, 1986, pp. 115-117; Sergio Ortega (ed.), *De la santidad a la perversión. O de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Editorial Grijalbo (Enlace Historia), 1986, 290 pp.

quirúrgica moría Fernand Braudel la noche del 27 al 28 de noviembre. Entonces contaba con ochenta y tres años. El enamorado del Mediterráneo —nos diría Pierre Goubert— había revelado a lo largo de su vida aptitudes tan formidables, como sutiles, de empresario, de gerente y de descubridor de hombres. En una antigua prisión (Cherche-Midi) supo edificar un palacio de cristal donde estableció, con una alegría desmesurada, la Casa de las Ciencias del Hombre y de Altos Estudios: rebautizados, renovados, agrandados, creó nuevos seminarios, invitó a extranjeros prestigiados o prometedores, lanzó varias series de publicaciones, amplió y diversificó la tan apreciada revista *Annales*. Para entonces, una veintena de universidades le habían otorgado el título doctor *honoris causa*, una decena de academias lo habían nombrado su correspondiente. El historiador Pierre Vilar lo reconoció como uno de los personajes clave de la *intelligentsia* parisina; *historias* registró puntualmente este lamentable acontecimiento en su décimo tercer número, de abril-junio de 1986.⁵²

La percepción de que algo estaba cambiando, pero sobre todo su buen olfato libresco, llevó a Antonio Saborit a traducir un comentario del prestigiado historiador británico, Eric Hobsbawm, en relación a una serie de planteamientos elaborados por el también historiador inglés Lawrence Stone. El motivo de esa traducción fue la aparición en México del libro *El pasado y el presente*,⁵³ de Stone. Esta publicación es una recopilación de diversos ensayos que aparecieron

⁵² Pierre Goubert, “Un déspota sonriente (...)”, *op. cit.*; y Pierre Vilar, “Algunos recuerdos”, en *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 17-21, tomado del periódico *El País*.

⁵³ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, trad. de Lorenzo Aldrete Bernal, México, FCE, 1986. De la siguiente manera la casa editorial presenta el texto en su página web: “En los últimos veinticinco años de nuestro siglo han surgido, según el autor, los desarrollos más estimulantes en el terreno de los métodos, los planteamientos y las perspectivas de la historiografía. Lawrence Stone analiza algunas ideas aportadas por los más sobresalientes historiadores que explican el paso del mundo tradicional a la era moderna. Recuperado de: <<https://www.fondodeculturaeconomica.com/DetalleEd.aspx?ctit=003166R>>, consultada el 17 de octubre de 2018.

en diferentes revistas, en particular uno de ellos de notable interés: “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”.⁵⁴ Texto que alentó a Hobsbawm a escribir el comentario que se reseña.⁵⁵

Según Stone, los historiadores de los años setenta estaban pasando por una desilusión en relación con los modelos de explicación histórica esencialmente económico-deterministas, marxistas o todo aquello que pudiera tener algún parecido con esa manera de concebir la escritura de la historia. Formas o maneras de ver la historia que en cierto modo dominaron aquellos años de la posguerra. Así, Stone consideró que esa desilusión se debía “al descenso del compromiso ideológico de los intelectuales de occidente; a la experiencia contemporánea que nos ha hecho recordar que la acción política [...] puede moldear a la historia; y al fracaso de la historia cuantitativa [...] otro aspirante a status científico”.⁵⁶

En su comentario, Hobsbawm aceptaba que los veinte años posteriores a la Segunda Guerra Mundial había descendido la historia política y religiosa, en tanto que se registró un giro sorprendente hacia la historia socioeconómica y hacia la explicación histórica en términos de “fuerzas sociales”. Además, aceptaba el señalamiento de que cuando escribe su comentario ya se notaba un marcado renacimiento del interés por temas bastante marginales para las preocupaciones centrales de los “heterodoxos históricos”, aunque menciona que a esos temas nunca se les había relegado del todo.

La crítica fundamental que Hobsbawm hace a Stone es porque éste se aparta conscientemente de una revisión cuantitativa de sus dichos y porque sólo concentra sus observaciones en el

quehacer de “una diminuta” sección o grupo de historiadores, a la cual ve “como un todo”. Y, por ello mismo, resulta verdaderamente muy difícil determinar si eso significa realmente el renacimiento de la “historia narrativa” tal y cómo la define el señor Stone. Sin embargo, Hobsbawm logra detectar algunas evidencias de ciertos cambios y señala que se ha dejado de rechazar, despreciar y combatir la anticuada “historia de acontecimientos” y hasta a la historia biográfica, como sucedía antes. La crítica a su paisano no le impide reconocer la probabilidad de que haya “ganado terreno la historia neoconservadora”, la de los “jóvenes empiristas anticuarios”, como él los califica. O aquella manera de escribir historia que la identifica como “la historia de izquierda antiintelectual”, pero que Stone sólo toca de manera tangencial.

Ante esta situación, Hobsbawm piensa que en el fondo de estos desplazamientos pudiera estar la sorprendente ampliación del campo de la historia, ocurrida en los pasados veinte años a la elaboración de sus comentarios. Ampliación que él define como ese ascenso de la “historia social”, de “ese recipiente amorfo para todo, desde los cambios en el físico humano hasta el símbolo y el ritual y, sobre todo, para las vidas de todas las personas, desde los limosneros hasta los emperadores”. Tendencia, nos dice este historiador inglés, que ya había identificado el mismo Fernand Braudel al señalar que es “la historia hacia la cual, por distintos caminos, tiende toda la historiografía en el presente”.⁵⁷

Queda claro en sus comentarios que Hobsbawm no se opone a la diversificación de las formas y maneras de abordar los distintos y variados temas y la multiplicación de las exposiciones de los mismos, pero lo que advierte de este fenómeno es que:

El problema de reunir las distintas manifestaciones del pensamiento y la acción

⁵⁴ Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, *Past and Present*, vol. 85, núm. 1, noviembre, 1979. Este ensayo aparece en el tercer capítulo del libro, *El pasado y el presente*, *op. cit.* pp. 95-120.

⁵⁵ Eric J. Hobsbawm, “El renacimiento de la historia narrativa. Algunos comentarios”, *historias*, núm. 14, julio-septiembre, 1986, pp. 9-13, trad. de Antonio Saborit, tomada de *Past and Present*, *op. cit.*

⁵⁶ *Ibidem*, p. 9.

⁵⁷ Fernand Braudel, “Une parfaite réussite” (reseña de Claude Manceron, *La Révolution qui lève, 1785-1787*, París, 1979), *L'histoire*, núm. 21, 1980, pp. 108-109. Cita número 11 de la traducción de Antonio Saborit.

del hombre en un periodo específico, no es nuevo ni desconocido [...] Sin embargo, mientras más amplio sea el margen de actividades humanas que se acepte como de la incumbencia legítima del historiador, mientras se entienda con [...] claridad [que] de establecer [mayores] relaciones sistemáticas entre ellas, más difícil será lograr una síntesis [...].⁵⁸

Para el historiador Guillermo Zermeño Padilla, a finales de los ochenta, la disciplina de la historia había entrado en una etapa de mayor complejidad a la vez que de enriquecimiento, conclusión a la que llega después de analizar la obra de Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, publicada por la Universidad Iberoamericana en 1985,⁵⁹ aparecida poco antes del fallecimiento de este connotado intelectual francés: jesuita, historiador, lingüista, psicoanalista y etnólogo.

Los estudios de Michel de Certeau (1925-1986), según Zermeño Padilla, se orientaron hacia la clarificación de las relaciones que se presentan entre las estrategias de dominación de unos y las tácticas de defensa y resistencia de los otros, en la imposición de modas y artículos de consumo cultural, entre la fuerza aculturante del discurso oficial autoritario y las fugas posibles de rebeliones cotidianas. Certeau, personaje importante, gustaba de trabajar en las zonas de frontera, áreas donde las disciplinas dejan de ser especialidades, lugares marginales de las sociedades, de las culturas y de los saberes.⁶⁰

Para Zermeño Padilla, Michel de Certeau hace una invitación a llevar a cabo una práctica historiográfica que incluya no sólo la escritura, sino que, además, esté preocupada por la misma hechura de la historia. Proceso que debe tener como principio la transformación simultánea

de presente y pasado, de manera que pueda establecerse una fuerte alianza entre escritura e historia. La principal aportación de Michel de Certeau, según Zermeño Padilla, contiene un valor inestimable para esta época: la autocrítica sistemática.

El libro *La escritura de la historia* llegó para actualizar a los hablantes en español de la existencia de una corriente de pensamiento que encontró su asiento en la llamada “nouvelle critique” de los años sesenta. El libro recoge distintos artículos cuyo tema central es el seguimiento del modo “moderno” de entender la historiografía, en un momento en el que se ha perdido la univocidad del proceso histórico (si es que alguna vez la tuvo). “No es que el rey desaparezca —nos dice Zermeño Padilla—, simplemente ha dejado de ser la única y máxima autoridad.” Frente a este planteamiento, la pregunta obvia es por el sentido de la historia; relativizada la búsqueda de una verdad unívoca en el pasado, entonces, la cuestión se concentra en las mediaciones no sólo subjetivas, sino además en las socio-institucionales [...]:

Queremos encontrar una respuesta expresada por el mismo Michel de Certeau es en vano: su deseo no es moralizar, ni establecer un discurso didáctico. No le interesa colonizar. Le interesa mostrar cómo se pueden descolonizar los distintos niveles de la historia ayudado de los instrumentos mismos proporcionados por la modernidad: marxismo, psicoanálisis, estructuralismo, historia, etnología, semiótica, etcétera... Lo cual implica una revolución en el pensamiento mismo sobre la revolución.⁶¹

En este sentido, nos encontramos con uno de los puntos centrales del pensamiento de Michel de Certeau, el cual, quizá, pudo inspirar el título de la revista *historias*. Guillermo Zermeño lo expresa, al describir los planteamientos del intelectual francés sobre la manera de analizar

⁵⁸ Eric. J. Hobsbawm, *op. cit.*, 1986, p. 11.

⁵⁹ Guillermo Zermeño Padilla, “Historia y poder: una relación problemática (Michel de Certeau, subversión de la historia)”, *historias*, núm. 17, abril-junio, 1987, pp. 27-37. El libro de Certeau fue publicado originalmente diez años antes de la edición de la Universidad Iberoamericana.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 31.

⁶¹ *Ibidem*, p. 37.

la historiografía contemporánea, de la manera siguiente: “si no hay Verdad exclusiva, única, entonces hay verdades, o como se ha formulado desde la escuela de los *Annales*, no hay más Historia, sino historias [...]”. Conceptos que formaban parte del contexto general o de lo que llamó él mismo Michel de Certeau como “la cultura ambiente” de un momento o una época.

Es importante señalar que el ensayo de Guillermo Zermeño, publicado en *historias*, debe ser visto como parte de la tarea de difusión de la obra del historiador jesuita emprendida por la Universidad Iberoamericana (UIA) a partir de 1986. Y, aquí se abre un pequeño paréntesis para relatar la relación entre el libro de François Dosse, *Michel de Certeau, el caminante herido*,⁶² y la DEH. Dicho título es presentado como una de las primeras biografías de *Michel de Certeau*, realizada a partir de una buena cantidad de entrevistas. Una de ellas a la historiadora mexicana Teresa Franco, quien aparece relacionada con el jesuita e historiador francés por haberlo invitado para que impartiera un seminario, a principios de 1980, sobre la historiografía contemporánea en la Universidad Iberoamericana.

Para la primavera de 1981, Michel de Certeau regresó a México y, otra vez, se hospeda en la casa de su amiga Teresa Franco, quien llegaría a encabezar la DEH de 1985 a 1989. Según François Dosse, los efectos de estas dos breves estancias en México son espectaculares por “las buenas relaciones que se tejieron con Enrique Florescano [exalumno de Fernand Braudel y director de Estudios Históricos de 1970 a 1982], fundador de *Nexos*”, revista que publicó un artículo del historiador jesuita en 1981.⁶³ Pero, donde la influencia del historiador francés puede constatarse hasta el día de hoy es, sobre todo, en la UIA. Recinto que se convierte en “crisol del certalismo al editar casi toda su obra en español para América Latina”. Además de ser la sede académica de la revista *Historia y Grafía*,

“cuya orientación se debe por mucho” al pensamiento de dicho intelectual francés.⁶⁴

Para Javier Garciadiego Dantan, esta revista de la UIA apareció en el momento que él denomina “del posmodernismo” de finales del siglo pasado y principios del actual. Además, nos dice que no emergió sola, sino que se vio acompañada por otras revistas especializadas que le dan consistencia a su observación. Dichas publicaciones fueron: *Eslabones*, de la Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A.C. (1991); *Perspectivas Históricas*, del Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI) (1998); *Signos Históricos*, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I) (1999), y, por último, *Istor. Revista de Historia Internacional*, del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) (2000).

Desde su punto de vista, estas revistas muestran nuevas maneras de ver y escribir la historia. Observa que con ellas se puede constatar el tránsito de un menor interés por lo regional a un mayor interés por lo internacional; intentan hacer una historia total, global, integral; publican numerosos trabajos de historia cultural y se atreven con temas teóricos. Un señalamiento importante que destaca Javier Garciadiego es que estas revistas nos muestran que, a pesar del incremento de la producción de temas históricos publicados en revistas especializadas en

⁶² François Dosse, *Michel de Certeau, el caminante herido*, trad. Claudia Mascarua, México, UIA, 2003, p. 184.

⁶³ Michael de Certeau, “Historia, ciencia y ficción”, trad. Oscar Barahona, *Nexos*, febrero, 1981.

⁶⁴ *Historia y Grafía* nace en 1993 como “[...] una revista de historia muy certaliana [...] en la Iberoamericana, cuya orientación se debe por mucho a su paso por México. El director de la revista, Guillermo Zermeño Padilla había hecho sus estudios de filosofía en Alemania, después fue a París y se alojó en casa de Alfonso Alfaro, quien hacía su doctorado con Certeau [...] Alfaro le habló mucho a Zermeño de Certeau y así fue como él vio en la obra de Certeau un recurso de definición del proyecto historiográfico de su revista. El primer número [...] publica bajo la responsabilidad de Alfonso Mendiola, algunos textos de Certeau”, François Dosse, *op. cit.*, p. 185. Michel de Certeau impartió dos cursos en la UIA: el primero del 18 al 29 de febrero de 1980 sobre “La historia, hoy”, y, el segundo, del 11 al 25 de mayo de 1981 sobre “Fotografía e historia. Lo que va del documento al método de análisis”. Guillermo Zermeño “*Historia y Grafía*, siete años después”, *Historia Mexicana*, vol. 50, núm. 4 (200), abril-junio, 2001, pp. 945-972, nota 10 en la p. 955.

México, siempre habrá nuevos nichos historiográficos por descubrirse y llenarse.⁶⁵

A manera de epílogo

La revista *historias* número 75, de enero-abril de 2010, fue dedicada a la conmemoración de los bicentenarios, de ahí que, de manera extraordinaria, le dieran el nombre de “Historias de la conmemoración”. En la sección “Entrada Libre” se incluyó un viejo texto del historiador Luis González y González (1925-2003) que lleva por título “La pesada herencia del pasado”.⁶⁶ En este artículo, el connotado historiador michoacano nos hace ver la sobrecarga de pasado que tenemos como sociedad, nos habla de los “muchos ayeres de la vida nacional [que] se acumulan [y que pueden ser vistos] por donde usted pase”. Con esa manera tan peculiar y rezongona que tenía para escribir sus ideas,⁶⁷ aclara que como cualquier sociedad, la mexicana “distribuye su pasado actual en cuatro grandes almacenes: el de las supervivencias, el de los residuos, el de los recuerdos y el de la historia”. Aunque, la verdad sea dicha, para él la mexicana “atesora más de lo acostumbrado [en comparación con] la mayoría de los países”.

Para González y González, nuestro país “ostenta montones de cosas fenecidas, le gustan los cuartos de tiliches, los cerros de pedacería, las zonas de cascajo, los basureros públicos”. Nos señala que la manera más común en la que se hace presente ese pasado es a través de ese “vasto tesoro de reliquias o antiguallas”.⁶⁸

Y, por lo que él observa, “seguiremos pletóricos de pretérito [...] a través de chorros de recuerdos y memorias”.

Para el historiador michoacano la historia escrita “es la cuarta manera como nos apropiamos del pretérito nacional en forma cada vez más vista”. Independientemente de las formas o corrientes de esa historia, para él la función social de la misma es la de ser la “liberadora del peso del pasado”. Por medio de esta herramienta, nos dice, “quizá sepamos qué es lo defendible y lo arrasable”.⁶⁹ Para él queda claro que, “necesitamos del pasado pero sólo en determinadas dosis y no a cualquier hora”. Para ello, el Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía de 1983 nos recomienda tomar “pastillas historiográficas de buena factura”, y tal vez de esa forma, “el pasado del país en vez de proyectar la densa sombra sobre el presente, proyectará [la] luz necesaria para saber caminar sin demasiados tropezones”.⁷⁰

Por mi parte, hoy por hoy, no podría afirmar las buenas intenciones de Luis González y González sobre lo que considera “el para qué” de la historia escrita. En lo que sí creo y tengo plena confianza es en la intención de quienes han participado y participan en la revista *historias* por hacer de ella una “pastilla historiográfica de buena factura” que alimente el espíritu de quienes la consumen, en pocas o grandes dosis. Sólo me resta decir que espero haber logrado una invitación lo suficientemente apetecible para todos aquellos interesados en la historia, para que se animen a recorrer las páginas de nuestra revista o visiten su página digital.⁷¹

⁶⁵ Javier Garcíadiego, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”, *op. cit.*, pp. 221-231.

⁶⁶ Luis González y González, “La pesada herencia del pasado”, *historias*, núm. 75, enero-abril, 2010, pp. 35-46, tomado de la revista *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias Humanas*, vol. 17, núm. 4 (100), julio-agosto, 1981, pp. 31-36.

⁶⁷ El discurso que presentó para su ingreso a El Colegio Nacional lleva por título: “La historia académica y el rezongo del público”.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 39.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 45.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 46.

⁷¹ Recuperado de: <<https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/>>, consultada el 17 de octubre de 2018.

Revista *historias* de la Dirección de Estudios Históricos, siglo XX

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Resumen: Este artículo presenta un recuento del quehacer de la revista *historias* y de los trabajos publicados en ella, que abordan temáticas de sucesos que acontecieron durante el siglo XX en México, como la organización obrera, el papel de la mujer, la migración, los movimientos sociales y la Ciudad de México. La revista se caracteriza por deconstruir los paradigmas y plantear nuevos ejercicios de reflexión y de pensamiento, con nuevos conceptos de análisis y metodologías.

Palabras clave: historia contemporánea, siglo XX, nuevas visiones, deconstrucción de paradigmas, análisis y metodologías.

Abstract: This article presents a review of the work of the journal *Historias* and the articles published in it that address events that took place in the twentieth century, such as labor unions, the role of women, migration, social movements, and Mexico City. The journal has been known for deconstructing paradigms and proposing new forms of reflection and thought processes, with new analytical concepts and methodologies.

Keywords: contemporary history, 20th century, new visions, deconstruction of paradigms, analysis and methodologies.

Fecha de recepción: 23 de abril de 2018
Fecha de aceptación: 30 de abril de 2018

La Historia como disciplina trata de explicar, desde distintas perspectivas, las múltiples causas de los acontecimientos sociales, culturales, políticos y económicos de un país, y del mundo en general. Para cumplir con este objetivo se han desarrollado métodos con los cuales se puedan analizar o interpretar tanto los hechos y sus circunstancias como los principales actores de cada uno de ellos. Los discursos que reproducen el devenir histórico son elaborados desde diferentes vertientes. En el caso particular de México, dichas representaciones del pensamiento

histórico comenzaron a desarrollarse en la década de 1940, en el momento que se configuró la “profesionalización” de la historia a través de los institutos y centros de estudio e investigación. Entre aquellos que comenzaron su actividad a inicios de la segunda mitad del siglo XX podemos mencionar la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), El Colegio de México (El Colmex) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), tres de las más importantes entidades en materia de historiografía actualmente. Cada una de ellas desempeña su labor a partir de objetivos específicos, así como de su función social.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

A pesar de los esfuerzos por instaurar un pensamiento histórico, los diferentes puntos de vista, la pugna ideológica y los cambios en la metodología que se experimentaron entre las décadas de 1940 hasta antes de 1980 fueron un rasgo característico de aquel periodo. En un intento por crear un espacio donde convergieran el diálogo, la discusión y todas las reflexiones en torno a la producción histórica, el INAH a través de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), en el segundo semestre de 1982 emprendió la tarea de sacar a la luz una publicación que enfrentara el reto de pensar la pluralidad. De esta manera nace la revista *historias*, con el propósito de traspasar las fronteras de la disciplina misma; dejar de lado los registros y catálogos, así como la sobrecarga de descripciones y fechas.

A lo largo de más de treinta años, la revista *historias* ha dado cabida a un sinnúmero de investigadores no sólo pertenecientes al INAH, también los hay de la UNAM, de la Universidad Iberoamericana (UIA), de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), del Colmex y de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), cuyos trabajos van desde la época prehispánica a la Colonia, pasando por los conflictos armados que configuraron la vida política y económica de nuestra nación. Además de los tópicos socioculturales y las nuevas propuestas interpretativas del pensamiento histórico-filosófico. El presente texto pretende ser un recuento de los trabajos que abordan temáticas de sucesos que acontecieron durante el siglo XX en México.

A principios de la centuria pasada, en el país se vivían dos realidades distantes: por un lado, la parafernalia del progreso de tono francés y, por otro, una desigualdad lacerante entre los diferentes sectores de la sociedad, caso particular lo que acontecía en las haciendas, donde se producían los mayores actos de explotación, situación que no era privativa sólo en el ámbito rural sino también en las fábricas. Esto generó el descontento tanto de los campesinos como de los obreros, quienes buscaron organizarse, antes, durante y después del proceso revolucionario, mediante agrupaciones para exigir mejores condiciones de trabajo.

Entre los artículos que estudian este contexto contrastante se encuentran: “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato”; “Dos aspectos de la clase obrera textil de Atlixco a fines del porfiriato”; “La adolescencia del poder: la lucha de los obreros de Tampico para definir los derechos del trabajo. 1910-1920”; “El pueblo en orden. El uso de las procesiones cívicas y su organización por contingentes en las fiestas porfirianas. México, 1900-1910”; “Pueblos, élites y dinámica política local en el proceso revolucionario. El caso de Abalá, Yucatán, 1915-1924”, e “Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)”.¹

¹ Paolo Riguzzi, “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato”, *historias*, núm. 20, abril-septiembre, 1988, pp. 137-157; Leticia Gamboa Ojeda, “Dos aspectos de la clase obrera textil de Atlixco a fines del porfiriato”, *historias*, núm. 23, octubre de 1989-marzo de 1990, pp. 67-83; Lief Adleson, “La adolescencia del poder: la lucha de los obreros de Tampico para definir los derechos del trabajo. 1910-1920”, *historias*, núm. 2, octubre-diciembre, 1982, pp. 85-101; Loïc Abrassart, “El pueblo en orden. El uso de las procesiones cívicas y su organización por contingentes en las fiestas porfirianas. México, 1900-1910”, *historias*, núm. 43, mayo-agosto, 1999, pp. 51-64; Franco Savarino, “Pueblos, élites y dinámica política local en el proceso revolucionario. El caso de Abalá, Yucatán, 1915-1924”, *historias*, núm. 30, abril-septiembre, 1993, pp. 61-77; Lief Adleson, “Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)”, *historias*, núm. 7, octubre-diciembre, 1984, pp. 29-44; Víctor de la Cruz, “La rebelión de los juchitecos y uno de sus líderes: Che Gómez”, *historias*, núm. 17, abril-junio, 1987, pp. 57-71; Bernardo García Díaz, “Orizaba 1915: textiles, constitucionalistas y ‘mundialistas’”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 91-109; Salvador Rueda, “Administración política y utopía hacendada: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)”, *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 95-115; Lief Adleson, Mario Camarena y Gerardo Necoechea, “Comunidad, identidad y organización de la clase obrera mexicana. 1880-1920”, *historias*, núm. 23, octubre de 1989-marzo de 1990, pp. 55-65; Juan Luis Sariego, “Anarquismo e historia social minera en el norte de México, 1906-1918”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 111-123; Enrique Semo, “La cuestión agraria y la Revolución mexicana: nuevos enfoques”, *historias*, núm. 21, octubre de 1988-marzo de 1989, pp. 123-133; Luis González, “La Revolución mexicana desde el punto de vista de los revolucionarios”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 5-13; Jean Meyer, “Una idea de México: los católicos en revolución”, *historias*, núm. 54, enero-abril, 2003,

Al término de la Revolución mexicana, la situación era inestable, pues, por un lado, se intensificaron las pugnas entre los diferentes caudillos del movimiento armado; además se multiplicaron los reclamos por parte de los obreros y campesinos, quienes exigían el cumplimiento de los principios revolucionarios: igualdad, justicia, equidad y libertad. Cada sector desde su posición luchó para instaurar las bases de su ideario. La organización y las maniobras que se llevaron a cabo en los años posrevolucionarios quedan de manifiesto en los siguientes artículos: “Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte”; “Historia social de los obreros industriales mexicanos, 1918-1929”; “El surgimiento del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros en México”; “Cambio tecnológico y respuesta obrera: los tranviarios del puerto de Veracruz, 1920-1928”; “Huelgas tranviarias y el orden urbano en la Ciudad de México, 1911 a 1925”; “Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922), y “Petróleo, propietarios y especuladores en las regiones del golfo de México (1900-1926)”.²

pp. 69-81; Salvador Rueda y Jane Dale Lloyd, “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario. El caso zapatista”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 51-57, y Luz María Uthoff, “¿Cómo resolver el problema económico de la Revolución? La política hacendaria del constitucionalismo”, *historias*, núm. 34, abril-septiembre, 1995, pp. 89-107.

² Mario Camarena, “Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte”, *historias*, núm. 7, octubre-diciembre, 1984, pp. 3-13; Mario Camarena y Lief Adleson, “Historia social de los obreros industriales mexicanos, 1918-1929”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 69-89; Ingrid Ebergenyi, “El surgimiento del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros en México”, *historias*, núm. 7, octubre-diciembre, 1984, pp. 73-83; María Rosa Landa Ortega, “Cambio tecnológico y respuesta obrera: los tranviarios del puerto de Veracruz, 1920-1928”, *historias*, núm. 17, abril-junio, 1987, pp. 73-83; Georg Leidenberger, “Huelgas tranviarias y el orden urbano en la Ciudad de México, 1911 a 1925”, *historias*, núm. 56, septiembre-diciembre, 2003, pp. 41-54; Bernardo García Díaz, “Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922)”, *historias*, núm. 7, octubre-diciembre, 1984, pp. 15-27; Roberto César Hernández, “Petróleo, propietarios y especuladores en las regiones del golfo de México (1900-1926)”, *historias*, núm. 45, enero-abril, 2000, pp. 85-100, y José María Calderón, “His-

Durante la presidencia de Lázaro Cárdenas se llevaron a cabo disposiciones para buscar la estabilidad política y económica del país, para lo cual, Cárdenas nacionalizó el ferrocarril y el petróleo, también impulsó la reforma agraria; sin embargo, a pesar de su política nacionalista se produjeron revueltas en la administración. Los textos que a continuación se mencionan hacen un análisis del periodo cardenista: “Los campesinos de Morelos y el proyecto cardenista: alianza, subordinación y ruptura (1935-1943)”; “Lázaro Cárdenas y la fuerza de trabajo: tres huelgas en 1936”, y “Acción obrera y nacionalización del petróleo: Poza Rica (1938-1939)”.³

La reflexión sobre la última etapa del porfiriato, los pronunciamientos en contra de las condiciones que prevalecían en las primeras décadas del siglo XX, los movimientos sociales que surgieron en torno a la Revolución mexicana, así como las políticas aplicadas en aquellos años, no han sido el único motivo de estudio. En cada uno de los artículos antes mencionados podemos encontrar discursos orientados a una historia política, social y económica, cuyo objetivo consiste en brindar explicaciones menos convencionales, desmarcándose de las corrientes imperantes de la historiografía. En este sentido, encontramos textos que cumplen dicho propósito, los cuales cuestionan la producción previa y contemporánea en materia de la disertación histórica; tal es el caso de “Del Leviatán al viejo topo: historiografía obrera en México, 1920-1930”; “La revolución mexicana en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1910-1930)”; “Historiografía minera mexicana del siglo XX: los primeros pasos”; “La historiografía mexicana y lo contemporáneo”, e

toría social y fuerza de trabajo durante la Revolución”, *historias*, núms. 8-9, enero-junio, 1985, pp. 125-137.

³ Marco Bellingeri, “Los campesinos de Morelos y el proyecto cardenista: alianza, subordinación y ruptura (1935-1943)”, *historias*, núm. 11, octubre-diciembre, 1985, pp. 85-93; Jane Walter, “Lázaro Cárdenas y la fuerza de trabajo: tres huelgas en 1936”, *historias*, núm. 5, enero-marzo, 1984, pp. 67-107, y Alberto J. Olvera, “Acción obrera y nacionalización del petróleo: Poza Rica (1938-1939)”, *historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987, pp. 117-129.

Historias. Una tipología y las consecuencias para sus interpretaciones”.⁴

Otro tema de resonancia en las páginas de *historias* es el papel de la mujer en el desarrollo de México, el cual ha sido fundamental desde el momento en que dejó el ámbito familiar, ingresó al sector laboral y se convirtió en una fuerza de trabajo importante, además de participar activamente en los diferentes movimientos sociales que acontecieron a lo largo del siglo pasado. A partir de ese momento se produjo un gran cambio en su rol social. Así lo demuestra su participación en la Revolución mexicana, su presencia en las huelgas, así como su lucha por tener una mayor intervención en cuestiones políticas, hasta llegar a ser tema dentro de la historiografía. Estas cuestiones son abordadas en los artículos: “Nuestras propias voces. Las mujeres en la Revolución mexicana”; “Cinco autorretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Río Blanco (1890-1950)”; “Invisibilidad y presencia de la mujer en la historia”; “¿Es posible hacer una historia de las mujeres?”, y “Política y escándalo. Tina Modotti y el crimen de la calle Abraham González”.⁵

⁴ Seminario del Movimiento Obrero y la Revolución Mexicana, DEH, “Del Leviatán al viejo topo: historiografía obrera en México, 1920-1930”, *historias*, núm. 1, julio-septiembre, 1982, pp. 41-54; Giovanni Casetta, “La revolución mexicana en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1910-1930)”, *historias*, núm. 2, octubre-diciembre, 1982, pp. 23-41; Inés Herrera, “Historiografía minera mexicana del siglo XX: los primeros pasos”, *historias*, núm. 39, octubre de 1997-marzo de 1998, pp. 95-102; Hira de Gortari Rabiela, “La historiografía mexicana y lo contemporáneo”, *historias*, núm. 24, abril-septiembre, 1990, pp. 45-53; Hanns J. Prem, “Historias. Una tipología y las consecuencias para sus interpretaciones”, *historias*, núm. 32, abril-septiembre, 1994, pp. 21-43.

⁵ Martha Eva Rocha Islas, “Nuestras propias voces. Las mujeres en la Revolución mexicana”, *historias*, núm. 25, octubre de 1990-marzo de 1991, pp. 111-123; Gerardo Necochea, “Cinco autorretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Río Blanco (1890-1950)”, *historias*, núm. 7, octubre-diciembre, 1984, pp. 85-99; Mary Nash, “Invisibilidad y presencia de la mujer en la historia”, *historias*, núm. 10, julio-septiembre, 1985, pp. 101-119; Fernanda Núñez, “¿Es posible hacer una historia de las mujeres?”, *historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987, pp. 35-43, y Antonio Saborit, “Política y escándalo. Tina Modotti y el crimen

A partir de la década de los ochenta del siglo pasado nuestro país registra un alto porcentaje de emigración hacia Estados Unidos, situación que entre sus principales causas tiene las pocas posibilidades y oportunidades de desarrollo. De igual forma, México ha experimentado el fenómeno de la migración en ambos sentidos, llegando a ser un lugar donde se ha dado cabida a los extranjeros, ya fuese por cuestiones políticas o económicas. Basta recordar el asilo brindado por el gobierno mexicano a los españoles que salieron huyendo de la Guerra civil que se vivía en su patria, o a los judíos que escapaban de las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. Las anteriores cuestiones son planteadas desde distintas perspectivas de análisis en los artículos: “El exilio español en México. Una mirada sobre el común de los refugiados”; “El exilio español en México: una inmigración selecta”; “La comunidad judía en México”; “De la simpatía a la antipatía. La actitud oficial ante la inmigración, 1908-1990”, y “Patria de destino *versus* patria de origen: la visión de América de los exiliados españoles”.⁶

de la calle Abraham González”, *historias*, núm. 30, abril-septiembre, 1993, pp. 79-95.

⁶ Dolores Pla, “El exilio español en México. Una mirada sobre el común de los refugiados”, *historias*, núm. 53, septiembre-diciembre, 2002, pp. 49-63; Dolores Pla, “El exilio español en México: una inmigración selecta”, *historias*, núm. 33, octubre de 1994-marzo de 1995, pp. 69-79; Guadalupe Zárate, “La comunidad judía en México”, *historias*, núm. 4, abril-diciembre, 1983, pp. 49-60; Mónica Palma Mora, “De la simpatía a la antipatía. La actitud oficial ante la inmigración, 1908-1990”, *historias*, núm. 56, septiembre-diciembre, 2003, pp. 63-76; Alejandra Barriales, “Patria de destino *versus* patria de origen: la visión de América de los exiliados españoles” (tomado de *Cuadernos Americanos*), *historias*, núm. 48, enero-abril, 2001, pp. 55-66; Delia Salazar, “Una instantánea de los extranjeros en 1930”, *historias*, núm. 33, octubre de 1994-marzo de 1995, pp. 39-47; Pablo Yankelevich, “Gachupines rigurosamente vigilados. La excepcionalidad del gobierno de Lázaro Cárdenas en la política de expulsión de españoles indeseables”, *historias*, núm. 59, septiembre-diciembre, 2004, pp. 45-61; Rebeca Inclán, “Inmigración libanesa en México. Un caso de diversidad cultural”, *historias*, núm. 33, octubre de 1994-marzo de 1995, pp. 61-68, y Rodolfo Casillas, “Centroamericanos y caribeños en México, 1900-1970”, *historias*, núm. 33, octubre de 1994-marzo de 1995, pp. 119-129.

Durante la segunda mitad del siglo XX, surgieron varios movimientos sociales que implicaron a distintos sectores de la sociedad, entre los cuales encontramos el de los ferrocarrileros, los electricistas, los campesinos y los indígenas (EZLN), o los encabezados por los estudiantes en 1968, 1971, 1986, o en el movimiento “Yo soy 132” en 2012, así como el surgimiento de los diferentes grupos populares como consecuencia de la resistencia social. En torno a esas manifestaciones de inconformidad podemos observar discursos filosóficos e idearios que enmarcan dichas luchas. Algunos de estos temas fueron abordados en textos como: “Historias del 68. La cobertura fotoperiodística del *Excélsior*, ‘El periódico de la vida nacional’”; “Los primeros años de la insurgencia, 1970-1971”; “Los 120 días. El conflicto Estado-empresarios de agosto a noviembre de 1982”; “Las dirigencias sindicales en la historia del SNTE”, y “El dilema de la historia obrera reciente: revolución pasiva y acumulación de fuerzas en 1970-1982”.⁷

La Ciudad de México, como ente social, ha experimentado transformaciones a lo largo de los años, desde su traza urbana hasta las manifestaciones culturales, las circunstancias de vida y las costumbres de la sociedad, además de los conflictos que llegaron a suscitar una crisis o una transición. A través de la escritura, la pintura, la fotografía y el cine, tanto los intelectuales como cada representante de las expresiones artísticas han ensayado la imagen y las diferentes reproducciones de la urbe, así como de los facto-

res que sustentan o transfiguran a la sociedad y constituyen la identidad nacional. El contenido antes mencionado es objeto de estudio en los artículos que a continuación se mencionan: “Vida social y tiempo libre de la clase alta capitalina en los tempranos años veinte”; “Diversiones públicas en la Ciudad de México, 1920-1940”; “La fotografía como documento histórico: la familia proletaria y la vida doméstica en la Ciudad de México, 1900-1950”; “La ciudad actriz: la imagen urbana en el cine mexicano (1940-1955)”, y “Diego Rivera: creador de públicos; Los cuarenta: seductora ciudad”.⁸

Los temas expuestos en las páginas de *historias* son muy diversos y reflejan el interés por parte de una comunidad que procura el diálogo y el análisis sobre contenidos que conciernen a su oficio. Dicho objetivo queda de manifiesto en el conjunto de “Ensayos”, que exponen reflexiones sobre el pasado desde distintos ángulos historiográficos. Además, cuenta con otras secciones donde aparece una miscelánea de materias; por ejemplo, “Entrada Libre” ofrece traducciones de artículos (en su mayoría relacionados al quehacer historiográfico) publicados en medios extranjeros. Entre los trabajos llevados al cas-

⁷ Alberto del Castillo, “Historias del 68. La cobertura fotoperiodística del *Excélsior*, ‘El periódico de la vida nacional’”, *historias*, núm. 59, septiembre-diciembre, 2004, pp. 63-87; Francisco Pérez Arce, “Los primeros años de la insurgencia, 1970-1971”, *historias*, núm. 1, julio-septiembre, 1982, pp. 55-66; Saúl Escobar, “Los 120 días. El conflicto Estado-empresarios de agosto a noviembre de 1982”, *historias*, núm. 11, octubre-diciembre, 1985, pp. 95-111; José Antonio Espinosa, “Las dirigencias sindicales en la historia del SNTE”, *historias* núm. 1, julio-septiembre, 1982, pp. 3-10; Carlos San Juan, “El dilema de la historia obrera reciente: revolución pasiva y acumulación de fuerzas en 1970-1982”, *historias*, núm. 5, enero-marzo, 1984, pp. 109-127, y Aurora Loyo, “Balances optimistas sobre la cultura en México. La visión de los intelectuales ‘consagrados’, 1946-1962”, *historias*, núm. 21, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 105-112.

⁸ María del Carmen Collado, “Vida social y tiempo libre de la clase alta capitalina en los tempranos años veinte”, *historias*, núm. 28, abril-septiembre, 1982, pp. 101-126; Eduardo Flores Clair, “Diversiones públicas en la ciudad de México, 1920-1940”, *historias*, núm. 27, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 163-169; Lanny Thompson, “La fotografía como documento histórico: la familia proletaria y la vida doméstica en la Ciudad de México, 1900-1950”, *historias*, núm. 29, octubre de 1992-marzo de 1993, pp. 107-120; Julia Tuñón, “La ciudad actriz: la imagen urbana en el cine mexicano (1940-1955)”, *historias*, núm. 27, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 189-197; Carlos Monsiváis, “Diego Rivera: creador de públicos”, *historias*, núm. 13, abril-junio, 1986, pp. 117-127; Emma Yanes, “Los cuarenta: seductora ciudad”, *historias*, núm. 27, octubre de 1991-marzo de 1992, pp. 171-177; Manuel Perló Cohen, “Historias de la Roma. Microhistoria de la Ciudad de México”, *historias*, núm. 19, octubre de 1987-marzo de 1988, pp. 159-170; Martha Eva Rocha, “Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular”, *historias*, núm. 35, octubre de 1995-marzo de 1996, pp. 119-139, y Patricia Massé, “La construcción de un autor. Fotografías de la vida privada y la propiedad”, *historias*, núm. 49, mayo-agosto, 2001, pp. 83-100.

tellano se pueden citar los de Robert Darnton, Nicholson Baker, Stanley Hoffman y Roger Chartier, tan sólo por mencionar algunos. Por su parte, “Andamio” brinda textos que glosan la bibliografía sobre un tema en particular, en su mayor parte historia urbana.

Por otro lado, el apartado “Reseñas” anuncia las novedades bibliográficas acompañadas por las observaciones de algunos especialistas;⁹ mientras “Crestomanía” proporciona una relación del contenido de los artículos o publicaciones editados más recientes. Otra de las secciones es “Cartones y cosas vistas”, donde se presentan las transcripciones o las anotaciones puntuales sobre algún documento. Si bien es cierto que por el título podría uno confundirse y pensar que se hallarán ilustraciones de cualquier tipo, no es así. Las imágenes, caricaturas o fotografías aparecen en diferentes partes de la revista sin que tengan una

relación con el contenido de los artículos inmediatos, pretendiendo que constituyan una expresión singular con un valor propio, siendo la tercera de forros donde se explicaba el origen y uso social de dichas imágenes. Sin embargo, a partir de la dirección actual, iniciada en 2014, se han incrementado las investigaciones sobre la imagen, en general, y la fotografía en particular, con la intención de incluirlas en los estudios históricos.

La revista *historias* tiene como objetivo fomentar el estudio y análisis del pasado a partir de las preocupaciones y el quehacer del historiador, incitando a dejar de lado los discursos caducos como el positivismo o el historicismo, por mencionar algunos, considerando las nuevas corrientes historiográficas de Europa, por ejemplo, Francia, Alemania e Inglaterra y las desarrolladas en Estados Unidos. Todo ello para deconstruir los paradigmas y plantear un nuevo ejercicio de reflexión.

⁹ Entre los investigadores que figuran en la elaboración de las reseñas debemos citar a: Andrea Revueltas, Rosa María Meyer, Guadalupe Nava, Esteban Sánchez de Tagle, Verónica Zárate, Edgar Omar Gutiérrez, Ingrid Ebergényi, Cuauhtémoc Velasco, Salvador Rueda Smithers, María Dolores Morales, Alma Parra, Rodrigo Martínez Baracs, Mario Camarena, Alicia Olivera de Bonfil, Francisco Pérez Arce, Rina Ortiz, Esther Acevedo, Gerardo Necochea, Beatriz Lucía Cano Sánchez y Rebeca Monroy Nasr, entre otros.

Tiempos y memorias

Esther Acevedo* / Rosa Casanova*

Resumen: El texto analiza cómo la historia social del arte se insertó en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, donde se proponía la construcción de nuevas historias. Presenta un panorama de los objetivos y metodología seguida por el Seminario de la Producción Plástica que trabajaba el siglo XIX, con una preocupación también por las prácticas artísticas del momento. También se abordan las maneras en que la revista *historias* insertó desde sus inicios temas relacionados con la cultura y el arte.

Palabras clave: Historia del arte, México, historiografía, instituciones, Seminario de la Producción Plástica.

Abstract: This article analyzes how social art history was inserted in the Dirección de Estudios Históricos of the Instituto Nacional de Antropología e Historia, where new approaches to history were being proposed. It presents a panorama of the objectives and methodology carried out by the Visual Production Seminar, which studied the 19th century, with an interest in the artistic practices of the time. It also addresses how the journal *Historias* has included themes related to culture and art since its inception.

Keywords: art history, Mexico, historiography, institutions, Visual Production Seminar.

Fecha de recepción: 26 de marzo de 2018
Fecha de aceptación: 28 de marzo de 2018

En 1971, en el Departamento de Investigaciones Históricas, bajo la dirección de Enrique Florescano, varios grupos de investigadores se dieron a la tarea colectiva de estudiar problemas poco socorridos de la historia nacional a través de seminarios, influidos por los eventos del 68 y la Escuela de los *Annales*. De 1971 a 1976, en el Departamento había seis seminarios que sentaron las bases para el estudio de aspectos novedosos de la disciplina, como el de-

sarrollo de la historia urbana, la formación de grupos sociales, las condiciones de trabajo.¹

A partir de este panorama, muchas debieron ser las pláticas de Sonia Lombardo y el doctor Florescano para que se aprobara el Seminario de Estudios de Arte. En primera instancia se admitió éste dentro de la Coordinación de Estudios Históricos como programa de Historia del

¹ El Departamento existía desde el 2 de febrero de 1959 con un esquema tradicional de investigación individual. Los seis seminarios fueron: Condiciones de Trabajo y Situación de las Clases Trabajadoras, Formación de Grupos Sociales, Agricultura, Historia de la Cultura Nacional, Historia Económica y Social, y de Historia Urbana.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Arte, que comenzó en abril de 1976.² El informe de 1977, cuando el Departamento se convirtió en Dirección, testimonia que este comienzo se llevó a cabo con la “[...] participación en horas fuera de trabajo de algunos trabajadores del INAH que se interesaban en la creación de un proyecto de investigación sobre Historia del Arte. Los miembros eran Sonia Lombardo de Ruiz, María Esther Ciancas, Mariano Monterrosa, Leticia Talavera, Beatriz Iturribarría y Esther Acevedo; ese mismo abril obtuvieron la plaza Eloísa Uribe y Yolanda Montiel”.³

Nos instalamos en la casona de la calle de Alfonso Reyes 218, ya como Seminario de Estudios de Historia del Arte (SEHA). Lo formábamos dos grupos divididos por un corte cronológico: las dedicadas al siglo XIX y los estudiosos del periodo colonial. Muy pronto, el primer grupo creció con la integración de Rosa Casanova e investigadores visitantes como Luz Ma. Colombres y Ruth Solís y, en diciembre de 1979, de María Estela Eguiarte.⁴

Proyecto y estrategias

¿Qué teníamos claro al empezar? Trabajar en conjunto, a la manera de los seminarios instituidos en la Dirección de Estudios Históricos (DEH), fue nuestro punto de partida con el objetivo de construir una historia social del arte en México. ¡Éramos un colectivo!

Es decir, el objetivo fue mirar en el presente al objeto de estudio, y analizar el ayer con las categorías empleadas en el pasado, interpretando con las herramientas y perspectiva que nos brindaba la historiografía. Así buscamos

² Se aprobó junto con el programa de Historia Oral y el proyecto de publicación del Diario histórico de Carlos María Bustamante.

³ *Informe General de Actividades de la Dirección de Estudios Históricos*, INAH, enero-julio de 1977, p. 26.

⁴ Los integrantes del Seminario de Estudios de Historia del Arte (SEHA) proveníamos de la Universidad Iberoamericana (UIA), la Dirección de Monumentos Históricos, el Museo Nacional de Historia y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

las fuentes de la época para acceder a las tecnologías de factura, estética, y así comprender los significados simbólicos e ideológicos de las obras. La duda se instaló en torno a los sistemas de valores que en un momento dado contiene la palabra “arte”. No creíamos en el progreso del arte. Pertenecíamos a una Dirección donde la historia se veía a través de los filtros del marxismo y de la Escuela de los *Annales*, privilegiando la historia económica y social. Partíamos de esta visión que anudaba lo económico, lo social y el arte, pero no queríamos reducir la imagen a un simple documento de la historia, ni a un simple soporte de la iconografía, sino entender sus complejos procesos. La búsqueda se enfocó en modelos que contemplaran el proceso de producción, patrocinio y consumo a lo largo del tiempo.

Para iniciar, era necesario conocer lo que se había escrito sobre el siglo XIX, lo cual significaba hacer un análisis de la historiografía y hemerografía del siglo citado, un periodo desdeñado por la escuela mexicana y las vanguardias del siglo XX. En 1978 se publicó el volumen de revisión bibliográfica integrado por los contenidos de algunas bibliotecas afines a la historia del arte.⁵ Se incluyeron libros del siglo XIX y XX, así como catálogos, folletos, memorias, tesis y recopilación de leyes [...] los cuales nos proporcionaron un punto de partida sobre los posicionamientos vigentes hasta entonces sobre el arte decimonónico. Los ordenamos en cinco apartados (obras generales, arquitectura, artes gráficas, escultura y pintura). Visto en perspectiva, hoy contaríamos con el doble o triple de materiales que desmenuzan las artes decimonónicas.

Al tiempo de realizar este trabajo, se leyeron, anotaron y analizaron las fuentes primarias existentes para el arte del siglo XIX, como *La crítica del arte del siglo XIX* de Ida Rodríguez Prampolini. La ficha base contenía once apartados, de los que debíamos tomar nota para realizar el análisis de los enfoques predomi-

⁵ Las bibliotecas del INAH, del Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE) y de la Facultad de Arquitectura, ambas de la UNAM, así como la de la Universidad Iberoamericana.

nantes en la selección realizada, centrada en la obra de arte y los artistas, reivindicando una suerte de genealogía autoral.⁶ Debemos recordar que, cuando la doctora Rodríguez Prampolini finalizó el trabajo hemerográfico, no había fotocopiadoras siquiera y su obra sigue siendo un instrumento de consulta esencial.⁷

Otra fuente fundamental fue *Catálogos de las exposiciones de la antigua Academia de San Carlos (1850-1898)*, de Manuel Romero de Terreros. Don Manuel, como coleccionista y escudriñador de archivos, compiló los programas de las exposiciones anuales y bianuales de la Academia y formó este libro invaluable para los estudiosos del siglo XIX. También elaboramos una ficha para cada obra; las organizamos conforme a los ramos tradicionales de la Academia (pintura, escultura, artes gráficas, dibujo y arquitectura). Cada artículo o trabajo que emprendíamos individual o colectivamente comenzaba con ese libro al que le llamábamos “la biblia”.⁸

La tercera fuente fueron las guías del archivo de la Academia, trabajadas arduamente por Eduardo Báez, si bien empezamos con la obra de Justino Fernández, de 1968, *Guía del archivo de la antigua Academia de San Carlos 1781-1800*, pero a la guía de 1801-1843 de Báez le dábamos el nombre de *La flaca* y a la publicación siguiente que abarcaba de 1858 a 1898 la llamábamos *La gorda*.⁹ Sí, era un seminario divertido y entrañable. La producción de estos valiosos instrumentos de consulta de Eduardo Báez continuó en el transcurso de estos años, y

a ellos se han sumado materiales resguardados en otras instituciones, como el Archivo General de la Nación (AGN), trabajados por diversos investigadores.

Decidimos estructurar un proyecto en torno a la revisión de la prensa: ¿para qué diseñar un proyecto de hemerografía si ya existían los libros de la doctora Rodríguez Prampolini? Queríamos ampliar el concepto de historia del arte, sacarlo de la denominación académica que sólo incluía pintura, escultura, arquitectura y grabado, y de la óptica de la crítica de arte. Nos interesaba abrir la visión, vincularla a fenómenos más amplios de la sociedad e incluir referencias a exposiciones internacionales, urbanismo, diseño industrial, medios masivos que, para entonces, comprendía litografía y fotografía, artes y oficios, folklore, biografías, patrocinio y apoyos culturales que se entendían como los estatutos de la institución encargada de la enseñanza de las artes; así como la legislación sobre temas vinculados a la educación y la cultura.¹⁰ Además pusimos énfasis en la llamada prensa obrera como vehículo para acercarnos a la cultura y preferencia de los trabajadores organizados, principalmente artesanos. Una de las novedades fue contemplar la sección de avisos, lo cual abrió un caudal de datos sobre una amplia gama de creadores—incluyendo fotógrafos—, la circulación de libros, diversiones... Por otra parte, los tiempos habían cambiado, existían las máquinas fotocopiadoras y tuvimos acceso a los acervos de la Hemeroteca Nacional de México, entonces situada en la antigua iglesia que sirvió al colegio jesuita de San Pedro y San Pablo, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. El interés por vincular pasado y presente nos llevó a elaborar un proyecto paralelo: la revisión diaria del *unomásuno*, periódico creado en noviembre de 1977, que atendía a un público crítico e interesado en la cultura.

⁶ Ida Rodríguez Prampolini, *La crítica de arte en México en el siglo XIX*, México, IIE-UNAM-Impronta Universitaria (3 vols.), 1964.

⁷ Véase también a Esther Acevedo, *Las bellas artes y la historia. Bases de un proyecto imperial (1864-1867)*, recuperado de: <medioteca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/pubdigital%3A26>, consultada en Colecciones, Publicaciones Digitales.

⁸ Manuel Romero de Terreros, *Catálogos de las exposiciones de la antigua Academia de San Carlos (1850-1898)*, IIE-UNAM-Impronta Universitaria, 1963.

⁹ Eduardo Báez, *Guía del Archivo de la antigua Academia de San Carlos, 1801-1843*, México, IIE-UNAM, 1972; y *Guía del Archivo de la antigua Academia de San Carlos, 1844-1867*, México, IIE-UNAM, 1976.

¹⁰ La consulta del *Diario Oficial*—en sus diferentes etapas y denominaciones— nos permitió observar el patrocinio de Estado y nos abrió nuevos horizontes para la investigación.

No obstante que el análisis de estas fuentes exigían mucho tiempo, en paralelo se llevaban a cabo las lecturas teóricas que nos ayudarían a fundamentar la construcción de esa historia social del arte que queríamos desarrollar, y gracias a las cuales fuimos aprendiendo que en la forma artística es donde se manifiesta el contenido ideológico subyacente en el arte: Michel Foucault, Arnold Hauser, Adolfo Sánchez Vázquez, Pierre Francastel, Michael Baxandall, Walter Benjamin, Theodor W. Adorno, Nicos Hadjinicolaou, Karl Marx, Louis Althusser, Ernst Cassirer, Sigmund Freud, Henri Focillon, Marc Bloch, Fernand Braudel, Carlo Ginzburg, Jacob Burckhardt. Con ellos fuimos aprendiendo. Con todos los riesgos que implica sintetizar las complejidades de nuestro proceso —especialmente cuando hoy son parte del bagaje de los historiadores del arte—, el SEHA rescataba tres momentos: la producción, la difusión y el consumo en diferentes niveles de relación con las prácticas sociales. Ello significó identificar los vínculos institucionales y personales que sitúan las obras en la compleja dinámica de la sociedad decimonónica. Implicaba entender la acción de las instituciones establecidas por los primeros gobiernos del México independiente, en especial a la Academia de San Carlos, a la par que era necesario rescatar otras manifestaciones que en parte daban sentido a lo que podríamos llamar “la sensibilidad plástica de los diferentes momentos que conforman el inagotable siglo XIX”.

Nos quedaba claro que era fundamental comprender cómo se fue definiendo una identidad nacional que diera espacio a las experiencias locales, por lo cual fuimos cuidadosos de especificar que nuestros estudios se centraban en la Ciudad de México; y también que era necesario englobar los cambios tecnológicos y los ritmos de vida trastocados por éstos. Comprendíamos que todo ello tuvo repercusiones en las áreas más recónditas de la sociedad y en el ámbito privado de los individuos. Experiencia que México compartió con el mundo occidental, y que sin embargo a veces se mostraban como peculiaridades de nuestro país. Es decir, dejar de lado —o más bien situar en su dimensión justa— el

concepto de originalidad. Subyacía el cuestionamiento de los paradigmas generados en la pos-revolución, inspirados en una interpretación del muralismo que revalorizó las raíces del arte nacional en el llamado arte popular del siglo XIX, en especial la obra de José Guadalupe Posada. Hoy sabemos algo de la educación artística que recibieron y los espacios privilegiados que gozaron algunos de los autores identificados como populares o *naif*, en especial en las ciudades de la “provincia mexicana”.

Todo ello ocurría a principios de los ochenta. El tiempo siguió su curso, nuestras fuentes y lecturas crecieron, y fuimos cambiando o matizando algunos conceptos.

Periodización

La revisión historiográfica y el proyecto hemerográfico nos llevaron a observar que las cronologías usadas en los textos canónicos corrían en parejo a las cronologías de la historia política, lo cual no explicaba ni contenía los quiebres que íbamos encontrando en las obras y los documentos. Así, elaboramos una nueva cronología que, conforme se ha avanzado la investigación, ha tenido ajustes especialmente al analizar temas específicos.

¿Qué tan largo debíamos concebir el siglo XIX para entender el desarrollo artístico? Empecemos por esta pregunta; en los años treinta del siglo XX, el inicio del arte del siglo XIX se establecía después de la Independencia y terminaba con el inicio del siglo XX.¹¹ Sin embargo, al modificar la perspectiva de análisis histórico, las etapas cambiaron según el acontecer de las propuestas sociales y culturales, pues percibíamos cambios de forma y contenido que marcaban una diferencia, tanto en la producción del

¹¹ Justino Fernández, *El arte moderno en México, Breve historia siglos XIX y XX*, México, Antigua Librería Robredo, José Porrúa e Hijos, 1937. Fernández en el texto *El arte del siglo XIX en México*, publicada en 1967, amplía el periodo en cuestión, para establecerlo desde los inicios de la Independencia, 1810, hasta el principio de la Revolución en 1910.

arte como en su difusión y consumo. Discutimos en las juntas semanales qué permitía entender los procesos del arte de acuerdo con la lógica de su proceso. Sosteníamos que la historia social del arte necesita relacionar el significado social de las formas simbólicas con estructuras históricas y culturales más amplias. Así puede verse en tabla de la página siguiente:¹²

En 1981 se presentaron en la DEH los resultados del Proyecto *Notas sobre la problemática de la producción plástica en la Ciudad de México, 1781-1910*. Los trabajos finales, reformados a partir de la discusión, se publicaron como *Historia social de la producción plástica, 1781-1910*.¹³

La escisión

El año de la fundación de *historias*, 1982, fue un año difícil para el Seminario de Estudios de Historia del Arte. La división en dos vertientes de estudio —Colonia y siglo XIX— causó problemas laborales que dificultaron la integración académica y la posibilidad de realizar trabajos conjuntos. Se intentaron solucionar por medio de lecturas conjuntas, lo que generó una etapa de discusiones fructíferas y de aprendizaje. Esta integración fue mostrando sus contradicciones entre la visión discursiva y la práctica real del Seminario. El grupo del siglo XIX manifestó su posición teórico-metodológica para la formación de una historia social del arte, así como el rechazo a ciertas formas de entender el trabajo colectivo. Ese año, gracias a una resolución de la Junta Coordinadora de Seminarios, el grupo de siglo XIX adquirió su autonomía académica, ahora con el nombre de Seminario de la Producción Plástica (SPP).

¹² Eloísa Uribe (coord.), *Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la Ciudad de México 1781-1910*, México, primera edición en la UAM, 1984; segunda edición en el INAH, 1987, pp. 12-13.

¹³ Se publicó como una coedición del INAH y la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco (UAM-A) en 1984.

En el tiempo transcurrido entre la conclusión del libro discutido en 1981 y su publicación en el INAH en el año de 1984, se trabajó en el primer artículo que apareció en *historias*, que es una versión de la ponencia presentada por el SEHA en el VII Coloquio Internacional de Historia del Arte, celebrado en Guanajuato en 1981 y organizado por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIE-UNAM).¹⁴ Esa institución había detentado hasta entonces la hegemonía sobre los estudios de arte en el país.

“Modos de decir: la pintura y los conservadores” fue el título del trabajo que llevamos al coloquio dedicado a *Las Academias de arte*. Partimos de dos premisas básicas para construir una historia social de la Academia de San Carlos en los años de su reorganización. La primera: el arte siempre había sido estudiado desde el ámbito de lo estrictamente artístico, sin considerar los procesos que dan lugar a la obra de arte, y la segunda, de consecuencias más profundas, se derivaba de situar a la Academia como una institución formada por la Monarquía borbónica, dirigida y auspiciada por los conservadores a partir de la Independencia. Cuando entendimos a la Academia vinculada a los proyectos de educación, como centro donde se producían las obras ligadas a los valores y vínculos de los miembros de su cuerpo directivo y docente, así como de los patrocinadores y público, constatamos la tendencia conservadora y la proximidad con la jerarquía de la Iglesia.¹⁵ El análisis de las listas de los suscriptores y los administradores permitió comprobar su tendencia política.

En el ensayo intentamos —y logramos— dejar claro cómo el patrocinio del grupo dominante propició un lenguaje pictórico determinado. Se trabajó dentro de los límites temporales de

¹⁴ La ponencia se publicó en *Las Academias de arte* (VII Coloquio internacional en Guanajuato), México, UNAM-Dirección General de Publicaciones, 1985, pp. 123-135.

¹⁵ Esther Acevedo, Rosa Casanova, Ma. Estela Eguiarte y Eloísa Uribe, “Modos de decir: la pintura y los conservadores”, *historias*, núm. 6, abril-julio de 1984, pp. 71-84.

El siglo XIX en términos artísticos

1781-1821	La fundación de la Academia, como parte de las reformas borbónicas significó la destrucción paulatina de la forma gremial de producción y un nuevo orden en las instituciones educativas y culturales.
1821-1833	Confrontación entre dos modos de producción artística: uno derivado de la tradición colonial, apoyado por el breve imperio de Iturbide; y otro gestado, de manera paulatina, a través de las instituciones que aspiraban a ser nacionales y laicas.
1833-1835	Breve periodo en el que, si bien en la práctica concreta no se realizaron grandes reformas, se fundamentaron los cambios legales tendientes a propiciar un mayor control ideológico por medio de instituciones civiles apoyadas por los liberales.
1835-1857	Periodo de institucionalización de las prácticas culturales mediante propuestas aglutinadas en torno al grupo conservador, que favoreció la revitalización de la Academia Nacional de San Carlos.
1857-1863	Apropiación paulatina de las instituciones de control cultural por parte de los liberales que fue estructurando un orden nuevo en las instituciones.
1863-1867	El liberalismo de Maximiliano impulsó las instituciones culturales que el gobierno liberal no tuvo tiempo de consolidar, desarrollando un discurso visual y simbólico a pesar de su corta duración.
1867-1876	Puesta en práctica del proyecto cultural liberal, que al menos en el discurso incorporó a los intelectuales conservadores para alcanzar la consolidación de un arte y una cultura nacional.
1877-1910	Bajo el régimen de Porfirio Díaz se ampliaron las instituciones artísticas y culturales, se expandió el horizonte de intercambio con otros países, a la vez que se empezaron a evidenciar las constricciones de una clase dirigente anquilosada en el poder.

1843, en que se refundó la Academia, y de 1857, año en que las propuestas culturales sufrieron un vuelco debido al triunfo liberal. Las estadísticas reflejadas en cuadros y gráficas —influencia de la Escuela de los *Annales*— nos sirvieron como indicadores de objetividad a nuestra hipótesis. A partir de entonces, nadie afirma que los liberales dominaban a la Academia en esos años; su tiempo de poderío estaba fuera de los límites cronológicos del ensayo, cuando el gobierno juarista retiró a la Escuela Nacional de Bellas Artes el sustento económico que

significaba la administración de la Lotería de San Carlos.

El problema del costo de la reproducción de imágenes en los años ochenta en el INAH y en los medios impresos en general, propició que las publicaciones carecieran de ella o que fueran de pésima calidad. El libro publicado por el Instituto en 1984 no contenía ni una sola imagen —a excepción de la portada—, optándose por encontrar otras vías para publicar y difundir la investigación a la vez que se fue diluyendo el trabajo en equipo del Seminario.

historias

Cuando apareció el primer número de la revista resultaba claro que no se incluirían ilustraciones; tampoco era esa su finalidad. La revista proponía acercamientos novedosos a las narrativas posibles en el país, y se abría a posturas teóricas y metodológicas de otras latitudes que aportaran a la discusión y la reflexión contemporánea.

Las referencias a la imagen iniciaron en la sección “Reseñas”, donde se indicaron publicaciones sobre fuentes que enriquecían la propuesta del SEHA. Así, en el número 3 (enero-marzo de 1983) Sonia Lombardo presentó la serie de documentos gráficos localizados en el AGN. Seguirían muchas otras reseñas a lo largo de los años, que también incluyeron películas, como la que escribió Julia Tuñón en el número 6 (abril-junio de 1984), el mismo donde apareció el texto que menciono antes.

La puerta quedó abierta y empezaron a aparecer artículos vinculados a un concepto amplio de historia del arte e historia cultural, escritos por autores de diversa formación. Como proponíamos en el SEHA, el concepto de arte se ha expandido no sólo por la tecnología sino por la reflexión teórica que se ocupa de otras formas de prácticas culturales, lejanas al canon académico. No olvidemos que a menudo es a partir de lo visual —de la imagen— como se analizan las cuestiones cotidianas. La historia del arte interroga a los objetos artísticos desde el contexto social, político, de género, geográfico, psicoanalítico, filosófico, sin dejar de lado su especificidad técnica y simbólica.

Se trataron entonces la representación, los aspectos simbólicos, la iconografía, el urbanismo y la arquitectura urbana y rural, el cine, la pintura en el mundo anterior a la Conquista, análisis de autores como Diego Rivera o Gabriel Figueroa, la escultura y la caricatura decimonónica, las fiestas, las artes en el Segundo Imperio, la fotografía del siglo XIX y XX...

La reflexión sobre la producción artística se expandió en “Entrada Libre”, la sección a cargo de Antonio Saborit, que inició en el número

13 (abril-junio de 1986), donde se han traducido y presentado numerosos textos —generalmente fragmentos— poco conocidos de autores que abordan la cultura visual y abonan a la comprensión de las formas que su estudio ha adquirido desde el siglo XIX.

Desde el número 7 (octubre-diciembre de 1984) y hasta el 34 (abril-septiembre de 1995) se incluyeron viñetas y diverso género de ilustraciones a lo largo de la revista, especialmente en las secciones “Andamio”, “Cartones y cosas vistas”, “Crestomanía” y “Reseñas”. Los créditos de las fuentes donde se habían obtenido se colocaban en la segunda de forros, junto al Directorio y la información legal, sin proporcionar otros datos. Recordemos que la espinosa cuestión de los derechos aún no se hacía presente.

Una excepción en los primeros años fue el número doble dedicado a la Revolución (8-9, enero-junio de 1985). En tal ocasión no podían faltar las imágenes del Archivo Casasola que desde 1976 se encontraban en la Fototeca del INAH —hoy Fototeca Nacional, INAH—, y una de las alegorías revolucionarias de Tina Modotti en la portada. A partir de entonces, algunos artículos (pocos) incluyeron fotografías. Cabe preguntarse si muchos de los textos publicados entonces sin apoyo visual, hoy incluirían imágenes. Un gran número de historiadores y científicos sociales recurren a ellas en la actualidad, sobre todo como apoyo o testimonio de su narrativa, aunque hay quienes la usan como fuente primaria para desarrollar sus hipótesis.

Desde el número 35 (octubre de 1995-marzo de 1996) se encontró otra forma de abordar la imagen: a lo largo de cada número de la revista se distribuyó un conjunto, partiendo de un autor, un tema o una publicación periódica, mientras que en la tercera de forros se presentaba una nota firmada que las contextualizaba. Con un repertorio vasto, fue una forma novedosa de afirmar la autonomía de la imagen, de divulgar materiales y autores poco conocidos, pero también se ha prestado a confusiones cuando se contraponen a los artículos que forman el número y, evidentemente, a críticas. Habría que situarnos en el contexto

de la década de los noventa, cuando se sintió la necesidad de incluir materiales visuales no sólo para hacer atractiva la revista, sino para atender a un público ávido de imágenes.

En sus cien números, *historias* ha pasado por diferentes etapas que son también un indicio de

las maneras en que los editores y consejos han considerado a la imagen, que hoy resulta casi obligatoria en todas las publicaciones. La aportación de la revista ha sido presentar la validez de su autonomía y a la vez destacar sus vínculos con otras esferas del saber.

Artículos y notas sobre temas de cultura y arte publicados en las diversas secciones de *historias* entre 1983 y 2016

Nombre sección	TOTAL
Entrada Libre	43
Ensayos	94
Andamio, Cartones y Cosas Vistas	17
Reseñas	67
Tercera de forros	56
Varios (Comentarios 1; América, 4; Europa, 1)	6
“Notas” o sin referencias	14
TOTAL GLOBAL	297

La revista *historias*, nuevos tiempos en un festejo centenario

Rebeca Monroy Nasr*

Resumen: El presente texto es un recuento crítico de los primeros 99 números de la revista *historias*. La revista surgió con ideas claras y renovadoras, algunas han permanecido y otras han cambiado a lo largo de estos 37 años, acorde con los tiempos y posturas de los directores, editores y colaboradores que han sido parte sustancial de ella, siempre manteniendo una alta calidad académica que la ha llevado a obtener diversos premios en su historia. Se invita a lectores a que la acojan.

Palabras clave: revisión histórica, directores, editores, colaboradores, revista *historias*.

Abstract: This article is a critical survey of the first 99 issues of the journal *Historias*. The journal arose with clear and fresh ideas, some of which have remained in these 37 years, while others have changed in line with the times and the positions of the directors, editors, and contributors who have been part of it, always maintaining a high academic standard that has earned it several awards in its history. Readers are invited to explore it.

Keywords: historical review, directors, editors, contributors, journal *Historias*.

Fecha de recepción: 5 de abril de 2018

Fecha de aceptación: 9 de abril de 2018

Me parece que llegar a la publicación del número centenario de nuestra querida revista *historias* es un logro importante que merece ser reconocido. Suceso del que deben estar orgullosos sus directores, editores, gestores y consejos editoriales, colaboradores y la comunidad que integra la Dirección de Estudios Históricos (DEH) por estos 36 años de labor cotidiana. Suena fácil decirlo, pero, en el medio en el que se trabajan las revistas académicas, no ha sido fácil mantener su presencia y la sobrevivencia desde el año de 1982, dado que cada día hay

más exigencias en torno a los tiempos de producción, sus participantes, sus normas de publicación, la endogamia o la exogamia que deben revestir los artículos, reseñas y dictámenes. Todo ello hace cada vez más difícil su permanencia en el medio académico, sin embargo, su mantenimiento parece ser parte de su intrínseca creación.

El contexto sofocante que se ha venido desarrollando de manera externa y extrema conduce a unos parámetros de exigencia que pretenden homogeneizar la presencia de las revistas en el medio académico, y alcanzar esos parámetros para una revista que lleva casi 40 años de producirse es sumamente complicado, ya que pone en riesgo alcanzar sus metas, objetivos y, sobre

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Directora de la revista.

todo, el espíritu con el que fue creada y las tareas que se propusieron llevar a cabo en el ideal de la creación de una revista que emergía de la entraña de la DEH, entonces en el anexo del Castillo de Chapultepec.

Con el apoyo de cada uno de los directores de Estudios Históricos, nuestra revista se ha mantenido con la idea de difundir los trabajos de sus investigadores y de aquellos seminarios que fueron creados para un mejor funcionamiento de la Dirección. Tengo muy presente aquellos años: se respiraban fuertes aires de renovación y difusión de nuevos conceptos, de hacer *historias* por contraste con la “gran” Historia, pero siempre decantando calidad, profundidad y argumentos de punta en el medio académico y docente del país.

Fue una clara muestra de renovación para el medio académico la organización de los apartados de la revista, con la idea de presentar de una manera diferente el acercamiento a esas *historias*, “Entrada Libre”, “Andamio”, “Cartones y cosas vistas”; incluso, el titular las reseñas sigue siendo innovador, interesante y atractivo. Por su parte, el hecho de usar “h” minúscula daba justamente esa idea de que debía ser la señal de la diversidad de investigaciones por publicar, porque nuestros seminarios nos daban la pauta de esa nueva manera de exponer las historias: de la vida cotidiana, del urbanismo, de las artes plásticas contextualizadas, del campesinado, de los movimientos sociales, de las historias de las mentalidades, de la cultura, de la mujer, entre otros, pues la propuesta vanguardista era su expresión.

En ese entorno se desarrolla y crece la revista, sus contenidos, apartados, artículos, reseñas y portadas, a las que se suman las ilustraciones que acompañan las primeras páginas de “Entrada Libre”. El concepto de ilustrar la revista con un portafolio de imágenes, ya fuesen grabados, dibujos, litografías, fotografías, que en la tercera de forros eran contextualizadas y reveladas por el compilador, permitía tener un parafraseo con el mundo de la cultura visual, que también se desarrollaba en paralelo a nuevas formas de hacer historia. Ahí, la revista

buscaba darle mayor valor a la imagen, como un dato histórico en sí mismo, al evitar “ilustrar” cada artículo o bien hacer un *dossier* de imágenes. Sin embargo, con los años implicó un problema mayor, es decir, a veces la imagen se contravenía del todo con el artículo en el que se incrustaba; por ejemplo, un retrato de Lenin en un ensayo que se refería a García Icazbalceta, resultaba anacrónico, contradictorio y absurdo (núm. 91), entre algunos otros por el estilo, por lo que hubo que empezar a renovar y buscar opciones y cambios adecuados a una nueva era, que no época, pues el espíritu y el énfasis de la revista continúa intocable.

Me parece que la revista fue resultado del empuje académico de los años ochenta. De una comunidad joven y con muchas ganas de hacer y dejar su propia huella. Era necesario abrir espacios de expresión y la revista fue una manera de hacerlo. Hubo otras, como la participación sindical, programas de radio, entre otros esfuerzos. Todas dejaron sus marcas, pero *historias* permanece, y hoy es tan vital como en su primer número.

Los primeros directores y fundadores, entre quienes podemos citar a Carlos Aguirre Anaya, Marco Bellingeri y Enrique Montalvo, materializaron aquellos nuevos aires académicos. La revista fue recibida en el medio bajo el entendido de su calidad y sus innovadoras historias. Los años que Carlos Aguirre la dirigió dan cuenta de esa labor que realizaba, día con día, en aquella inolvidable oficina a la entrada del anexo al Castillo de Chapultepec, lugar donde se ubicaba la DEH; con aquellas hermosas puertas de cristales y los vitrales que la iluminaban en la penumbra, era común ver las revistas por doquier, en paquetes o en solitario; ahí aguardaban a que llegaran los investigadores. El interés de difusión de Carlos Aguirre se hacía patente, pues aparecía con una revista en la mano para hacerla llegar al lector ávido, su sonrisa acompañaba ese gesto de suyo generoso.

Años después, Esteban Sánchez de Tagle tendría en sus manos la edición-dirección-organización de *historias*, con algunos colegas que lo

ayudaban y colaboraban de diferentes maneras para que se pudiese editar. Y aunque su labor era compleja no cejó en el camino, se mantuvo por dos décadas haciendo esa labor editorial. Dolores Ávila por años ayudó a su revisión y cotejo, con sus cuidados la revista evitó muchos errores y quedó mucho más limpia su condición editorial.

Por el Consejo Editorial de nuestra revista han pasado muchos compañeros, su labor y entusiasmo dejan huella en diferentes números, pero algunos de ellos se convirtieron en colaboradores asiduos. Antonio Saborit puede ser contado como un integrante del grupo fundador de *historias* y uno de los más importantes impulsores y difusores de ideas y debates, que bien podrían ser catalogados como aquello que se discute y reflexiona en el ámbito historiográfico global, o por lo menos del mundo occidental. Por ello, en él ha recaído de manera natural el mantenimiento de la sección “Entrada libre”, con sus importantes traducciones de valiosos textos —muchas veces inalcanzables para una buena cantidad de historiadores—, de notas periodísticas, ensayos cortos, artículos y figuras variadas de los pensadores sobresalientes de la historia contemporánea. Toño, como le decimos de cariño, nos ha permitido leerlos y conocerlos, saber sobre sus inquietudes y planteamientos, sobre sus luchas y posturas desde hace casi cuarenta años, mucho antes de internet, la computadora, las redes y las malas traducciones cibernéticas. Así, gracias a sus afanes de literato, de traductor y de agudo investigador con la clara conciencia del historiador comprometido con las buenas lecturas, nos ha provisto de materiales impensables e inimaginables. Por suerte, Saborit no ha estado solo en esta labor, también han colaborado con él otros colegas, como Jacinto Barrera Bassols, Rodrigo Martínez Baracs, entre otros.

Regresando a la labor de dos décadas de Esteban Sánchez de Tagle, quien en su solitaria dedicación buscaba en los pasillos a los colegas para que le hicieran un ensayo, le entregaran el artículo, nos procuraba para que le integráramos un portafolio de imágenes acompañado

con su tercera de forros y sugerencias varias; es imborrable su presencia en la DEH consiguiendo los materiales que podían formar un número de la revista. Silente, recibía, organizaba, revisaba, corregía, enviaba a dictamen, corregía de nuevo, organizaba, armaba y mandaba a galeras. Revisaba, aprobaba y esperaba la edición. Fueron años de trabajo intenso entre sus letras, portadas e imágenes. Hubo apoyo, por supuesto, de colegas como Martha Terán, quien gozaba de trabajar la sección de “Cartones y cosas vistas”, también de otros colegas que nos fuimos sumando a su esfuerzo, como Anna Ribera Carbó y la que esto escribe.

Entre los diferentes apoyos que recibió Sánchez de Tagle merece una mención especial la de una dedicada investigadora, Dolores Pla, quien venía directo del exilio español y era protagonista, en carne propia, de ese viaje al país de la cortina de nopal, guardando gran cariño a esta tierra que la recibió aún joven estudiante. Colega connotada dedicada a la historia oral y especialista en el refugio español, fue convencida por el historiador Sánchez de Tagle para que lo auxiliara en algunas tareas con la revista, para empezar, en la representación y dirección, mientras se ocupaba en el manejo de enormes cifras, números de inacabables censos que estaba realizando para analizar el mestizaje y la desindianización del país, en un afán de darle una vuelta de tuerca a sus trabajos en torno a la migración, a sus niños de Morelia¹ y a las cartas que escribieron a sus padres que los buscaban, así como el aroma del recuerdo.² Entre las fotos de aquellos rostros y una magna exposición que

¹ Dolores Pla, *Los niños de Morelia, un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, INAH, 1985, y *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México, INAH, 1999. Éstas son consideradas obras fundamentales para comprender el exilio español en México.

² Dolores Pla et al., *La letra en que nació la pena: cartas a la presidenta del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, 1937-1940*, México, El Ateneo Español, 2007, y Dolores Pla, *El aroma del recuerdo: narraciones de españoles republicanos refugiados en México*, México, INAH / Plaza y Valdés Editores, 2003.

trabajó para el Museo de la Ciudad de México por el LXXV aniversario de *El exilio español en la Ciudad de México*, inaugurada el 1° de julio de 2014 y configurada con el entonces director del INAH, el doctor Sergio Raúl Arroyo, y el gobierno de la Ciudad de México. Una gran exposición que vio la luz primero en España, y después fue inaugurada con grandes personalidades del medio cultural hispano-mexicano, justo 12 días antes de su inesperada y temprana muerte. Allá en su tierra natal, en Barcelona, España, murió un 13 de julio de 2014, en un accidente absurdo.

Si bien colaboraba de diferentes maneras con la revista, Dolores Pla aceptó dirigir *historias* en el año de 2014. El hasta entonces director, editor y revisor de la publicación empezó a auxiliarse de un pequeño comité editorial para algunas tareas. Al igual lo hizo nuestra colega historiadora, la doctora Martha Terán. En ese momento nos integramos al trabajo editorial, con gran beneplácito, la investigadora Anna Ribera Carbó, por sus cualidades académicas, y la que esto escribe, para poder auxiliar sobre todo en las tareas de la parte gráfica, pues con más de veinte años de trabajo en la historia de la fotografía, pensé que podría aportar mi experiencia a la revista. Así, ese pequeño grupo de trabajo empezó a auxiliar en las múltiples tareas editoriales de nuestra querida *historias*.

Con Dolores adquirí el compromiso moral de suplirla en cualquier momento, impensable que sería tan pronto. Me sorprendió la muerte de la querida doctora Pla, ausencia que me provocó un dolor infinito, recayendo en mí la dirección de la revista, que el Consejo Editorial aprobó finalmente.

Es así que a partir de agosto de 2014 empezamos a pensar en la manera de darle un giro a *historias* en algunos elementos que se veían necesarios. Poco a poco, Esteban Sánchez de Tagle fue planteando la posibilidad de su salida y, a partir de 2015, después de 20 años de labores ininterrumpidas, se alejó total y decididamente de la misma. De tal manera que era necesario, antes que nada, fortalecer a la revista con un Consejo Editorial que tuviese mucha más injerencia, opiniones, sugerencias y capacidad de

decisión. Unos cuantos meses después la compañera Martha Terán también manifestó la posibilidad de retirarse por motivos personales que le impedían continuar sus colaboraciones. Con ello, junto a la compañía y colaboración con Anna Ribera, decidimos invitar a diversos colegas de la DEH a participar en la revista. Contábamos con Antonio Saborit, aunque, como director del Museo Nacional de Antropología, era obvio que sólo contaríamos con sus importantes colaboraciones, pero no con su presencia en la toma de decisiones, pero al recibir sus “entradas libres” sabíamos que contábamos con él.

Por otro lado, pensamos en fortalecer la participación de las áreas que componían la Dirección; así, invitamos al maestro Edgar Omar Gutiérrez, al doctor Rodrigo Martínez Baracs, como representantes del área de Estudios Históricos (que comprende historia novohispana y siglo XIX), y completamos el escenario con la maestra Rosa Casanova, especialista en estudios visuales que trabaja tanto el siglo XIX como el XX, una investigadora sobre temas bisagra entre siglos, para que nos ayudara con cuestiones de imagen. También se integró al doctor Diego Pulido por parte del área de Historia Contemporánea, lo mismo que a la doctora Anna Ribera y a quien esto escribe, para mantener un equilibrio representativo de todas las áreas que componen nuestra querida dirección.

Además, tuvimos la fortuna de que nos auxiliaran en las tareas dos asistentes, pues la periodicidad de la revista significa una labor constante y un esfuerzo colegiado, por lo que hemos estado muy bien apoyados, de manera clara, por Ramón Velázquez, entrenado por la doctora Pla, y por Omar Issac Dávila, joven entusiasta dispuesto a aprender y a leer todo lo que en sus manos cae. De esta forma, se logró integrar un grupo de trabajo como no lo hubo antes.

Una vez conformado el equipo, analizamos las posibilidades que se veían en puerta: primero, formar un archivo de la revista (curiosamente entre historiadores te veas), pues no se había guardado ni archivado ningún papel de sus orígenes, reuniones y sesiones diversas, o por lo menos, no estaba al alcance de la revista.

Con ello nos referimos a que carecíamos de los materiales que mostraran los acuerdos de las reuniones, las intenciones varias o el espíritu de la revista. Así, la primera labor fue empezar a organizar los archivos, porque además, para estar dentro de las esferas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) hay que tener organizados los dictámenes positivos y negativos, los artículos, ensayos y reseñas, más las respuestas del autor y sus “afinaciones” al trabajo aceptado. Pensamos en responder a las formas del Conacyt respetando nuestras esencias.

De todo ello comenzamos a formar un archivo que tuviese los papeles concernientes al desarrollo, organización y coordinación de la revista. Así, empezamos a organizar la llegada de los materiales con fechas, formamos un banco de dictaminadores de diversas instituciones para analizar los artículos, solicitando dictámenes doble ciego, con un autor interno y otro externo. En caso de ser aceptados, se comunica la posibilidad de que sean *retrabajados* para su publicación, si es necesario; en esos casos, se programan para los números subsiguientes y mantenemos viva la maquinaria con solicitudes, al exterior y al interior del INAH, de artículos, reseñas, documentos y bibliografía comentada, para continuar con la labor editorial con la que estamos comprometidos.

Otro de los objetivos que nos planteamos fue la elaboración del reglamento de la revista, el que consideramos como un elemento necesario para su organización y manejo, además de que la Coordinación Nacional de Difusión del Instituto nos conminó a que diéramos los primeros pasos concernientes para poder participar en el padrón de revistas del Conacyt. Aunque ya habíamos empezado a realizar algunos de ellos, seguimos con la idea y la necesidad de no perder nuestra identidad como revista de la DEH. La elaboración del mencionado reglamento interno nos llevó más tiempo del estimado, pero ya lo concluimos y entregaremos con todo gusto a las instancias correspondientes, y entonces estará ya listo para ser consultado por quien se interese en él.

Otro de los pequeños giros iniciados fue mejorar la presentación visual de la revista, es de-

cir, conservar algunos de los elementos que consideramos que sí funcionaban y mejorar otros. Para ello, conservamos la tipografía del título de la revista, pues creemos que representa bien y de manera clara la idea y los motivos fundacionales de *historias*. Por otro lado, implementamos un índice externo en la cuarta de forros, con una pleca que lo enmarca, y cumplimos la petición que nos hicieron de poner a los autores de artículos y, sobre todo, de las reseñas, para garantizar que los lectores puedan advertir los materiales que tienen entre sus manos. Además, pedimos un cambio en el diseño de las portadas al poner imágenes más amplias, sin sombras de colores, retirar los colores pastel de las mismas, e incluimos un color más sólido en algunas de ellas para darle una mayor presencia. Lo cual, creemos, le ha favorecido en su vista exterior.

En relación con sus contenidos, hemos decidido mantener los espacios y secciones como se concibieron desde un inicio, pues creemos que éstos dan idea clara de la relación entre la historia, la literatura y las nuevas vertientes de los estudios históricos. Consideramos que, aunque la revista tiene casi cuarenta años, podemos asegurar que fue tan vanguardista su conceptualización inicial que aún es vigente. Y a mí leal saber y entender, me parece que justo representa una publicación que contiene artículos provenientes de su pasado colonial, su controvertida vida decimonónica —con el desencuentro constante de liberales y conservadores—, la aparente paz porfirista, el cambio de siglo, los contrastes de la revuelta armada, el innovador siglo XX, hasta entrar en el digitalizado y globalizante siglo XXI.

Eso es nuestra revista, eso debe seguir latiendo en sus páginas, en su tinta y sus imágenes, para conformar esas diversas *historias* de nuestro pasado lejano y reciente.

El deseo es seguir recreando una publicación que sí contenga la presencia de sus investigadores, a pesar de lo que digan en el exterior, pues existe la convicción de que para ello se hacen ediciones con cierto espíritu, con la intención de divulgar los avances e investigaciones que se emprenden en el seno del centro de trabajo. Por

supuesto que estamos conscientes de mantener abiertas las puertas a otros investigadores nacionales y extranjeros, que enriquecen enormemente el conocimiento. Sin embargo, son los de casa los que tienen un espacio que esperamos puedan aprovechar con mayor fluidez e interés.

Por su parte, como Consejo Editorial, también hemos decidido no penetrar en el mundo *conacityano* del todo, para evitar perdernos en un mar de esquemas y formas acotadas de trabajo, porque consideramos también que mantener su materialidad es una ganancia importante, y reconocemos que el que esté en el espacio virtual también lo es. Pero más importante aún es el interés por mantenerse en el marco de la calidad académica que siempre ha (re)presentado. Ésa es una de las improntas a conservar: no en un afán de resolver una petición administrativa o burocrática, sino que hay que mantener la calidad académica, conceptual, metodológica e innovadora en su ámbito. Así también lo han comprendido nuestras autoridades actuales y agradecemos desde esta trinchera a Adriana Konzevik, su comprensión y apoyo fortalecido.

Es importante agradecer también a Benigno Casas, quien por años ha leído hoja por hoja y letra por letra de la revista. Incansable lector, por sus ojos pasan más de quince publicaciones del INAH, y entre ellas ésta, que ahora genera el número 100. Y en este esfuerzo colegiado Benigno Casas ha desempeñado un importante papel: gracias por aceptar los cambios y los encuentros con nuevas formas de manejar el concepto editorial. Entre los avances, podemos referir que participamos en ferias de revistas; además, el propio Instituto organizó por primera vez su propia feria con la Semana de Revistas, del 13 al 17 de marzo de 2018, donde presentamos nuestros novedosos ejemplares, orgullosos de comentar, analizar y someter a crítica el trabajo realizado.

Finalmente podemos afirmar: ¡aquí está!, ¡aquí sigue! y persiste este órgano de difusión,

que ha obtenido justos premios en el camino, con sus artículos y reseñas. Esta revista mantiene un nivel considerable de importancia académica en los medios nacional e internacional, y es reconocida por los investigadores y docentes, porque contamos con autores de gran talento y estima que, a pesar de que no pertenecen al padrón Conacyt, publican con nosotros por el alcance, tradición y calidad. A eso atiendo y a ellos les agradezco su confianza e interés.

Falta más por trabajar, pensar, avanzar, renovar y planificar; por lo pronto, gracias a todos lo que han colaborado en ella y con ella. Sus autores, sus lectores, sus editores, directores, sus creadores, todos han hecho de esta revista una insigne publicación que mantiene su rasgo característico e inimitable de contar *historias*. Sea, pues, el honor de haber atendido el llamado de Dolores Pla, me parece complacido. Este número 100, de recuentos y re-cuentos, lo estamos festejando y lo estamos haciendo de una manera que refleja más el esfuerzo y el interés por mantener nuestra revista en un lugar distintivo. Es una nueva era, pero no una nueva época, porque *historias* sigue siendo en esencia lo que ha sido.

Falta mucho por hacer, por crecer, por tejer. Llegar con una mejor distribución de manera analógica, que se consulte mucho más en el mundo virtual, sobre todo que logre su periodicidad perdida, que estábamos por alcanzar cuando el terremoto en su más absurda réplica del 19S, se dejó sentir en el 2017 y volvió a retrasar su aparición a tiempo. Esperamos ponerla al día, el esfuerzo es meritorio, pero necesitamos acelerar el paso y poder acercarla a su tiempo y forma, mientras tenga la calidad editorial, la frescura y proporción temática, la profundidad académica necesaria y que siga presente en nuestras vidas con sus *historias*.

¡De tal suerte que, enhorabuena, festejemos este número centenario y que sean muchas colaboraciones más!

Infancia minada: entrevista a Silvia Aguirre

La entrevista con Silvia Aguirre forma parte de un proyecto de investigación sobre las huelgas de los mineros en Santa Bárbara, Chihuahua, entre 1970 y 1981. En esos años, Silvia pasó de la niñez a la adolescencia; y aunque nació en Santa Bárbara, la mayor parte de esos años residió en San Francisco del Oro, y posteriormente se fue a estudiar la secundaria a Parral.

Las tres ciudades conforman el distrito minero más productivo de Chihuahua. Están al pie de la sierra Tarahumara, y de hecho Santa Bárbara fue una de las primeras villas fundadas en la región durante la avanzada de los conquistadores españoles hacia el norte de América. Esta zona creció una vez que fue descubierta la mina, primero llamada La Negrita y después La Prieta, todavía en producción en Parral durante los años que aquí recuerda Silvia. La minería estuvo dominada por dos compañías de Estados Unidos, desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la American Smelting And Refining Company (Asarco) y San Francisco Mines of Mexico. Posterior a la promulgación de ley de mexicanización, ambas empresas se asociaron con capitalistas mexicanos: la primera cambió de nombre a Compañía Minera Asarco, primero, e Industrial Minera México S.A., después; la segunda, por su parte, fue rebautizada como Compañía Minera Frisco. Extraían oro, plata, plomo, zinc, cobre, hierro y fluorita de las 22 minas localizadas en Parral, Santa Bárbara y San Francisco del Oro, que eran la

mitad de todas las existentes en el estado y convertían a ese distrito minero en el más productivo de Chihuahua.

La idea de entrevistar a Silvia surgió de un comentario que me hizo su hija, Aleida, después de escuchar una presentación que hice de mi investigación sobre Santa Bárbara. Aleida participaba entonces, y sigue haciéndolo, en el seminario de tesis que conduzco con estudiantes de posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y de algunas otras instituciones de educación superior. Yo respondí con el clásico oportunista: “¿Y la puedo entrevistar?”.

Ésa era la única información que tenía yo acerca de la vida de Silvia. Mi guion de entrevista, en consecuencia, era muy sencillo: seguía el orden cronológico de una historia de vida, con especial énfasis en todo lo que recordara de Santa Bárbara. Descubrí de inmediato que de esa localidad recordaba poco, ya que muy pequeña se fue a vivir a El Oro, y después a Parral. La mayor parte de la entrevista fue sobre sus recuerdos de esas dos ciudades durante los años de primaria y secundaria. Después de estudiar la educación media en Parral, Silvia se matriculó en la Normal Rural de Saucillo, y posteriormente trabajó de maestra.

Para el momento de la entrevista, Silvia ya residía en la ciudad de Chihuahua. La entrevista se llevó a cabo en uno de los pequeños salones del hotel donde me hospedaba: era un espacio cómodo pero frío, con varias sillas, una mesa grande y, pegados a las paredes, escritorios con computadoras para uso de los huéspedes. Por suerte sólo fuimos interrumpidos brevemente una vez por un usuario.

No obstante la frialdad del entorno físico, la destreza narrativa de Silvia transformó mesas y sillas en calles, casas, cerros, minas y escuelas. Su pasión por la lectura en voz alta y por la narración oral la convirtieron, al paso de los años, en una excelente narradora: maneja la oralidad, repitiendo para que lo importante no se desvanezca en el aire; imprime ritmo y administra el suspenso, de manera que escucharla

platicar sus recuerdos es un deleite. Los recuerdos, además, son una mina (para jugar con las palabras) para historiadores interesados en variados temas: niñez, género, trabajo, cultura popular, y por supuesto, memoria.

Deseo aquí sólo notar algunas cuestiones que a mí me interesan, precisamente porque estudio la conformación de una cultura de clase en la segunda mitad del siglo XX en México. El argumento de que la diversidad regional impidió que surgiera un sentimiento de clase es común. Indiscutiblemente, los trabajadores del norte del país expresan grandes diferencias con respecto a los trabajadores del centro y el sur, diferencias ancladas en experiencias históricas y en situaciones socioeconómicas actuales muy distintas. Pero lo que relata Silvia respecto de la lectura de historietas y la escucha de radionovelas nos da una clave para entender cómo se fueron formando ideas, valores y experiencias que acercaron a los trabajadores, ya que esas historietas y radionovelas tenían un público nacional. También, por supuesto, hijas e hijos de trabajadores estaban inscritos en un sistema educativo nacional, que ayudó a que la generación de Silvia valorara la lectura y la narración oral, que en la particular circunstancia que ella narra eran actividades colectivas. La lectura en voz alta, alternando lectores, el sentarse alrededor de quien narraba una historia para todos. Al mismo tiempo, la manera en que el trabajo condicionaba y ordenaba la vida cotidiana, tanto en forma concreta (los pitos de la mina que marcaba el tiempo) como ética (valorar el trabajo y menospreciar el ocio). Podemos apreciar, en el recuerdo de Silvia, cómo estos aspectos centrales en la constitución de la cultura de la clase obrera son experimentados e interiorizados desde la infancia.

Gerardo Necochea Graci

Dirección de Estudios Históricos, INAH

Entrevista

(La entrevista se realizó en Chihuahua, Chihuahua, el 4 de noviembre de 2016. La versión íntegra abarca 29 páginas y se respalda en un audio digital de 1:31:29. La transcripción estuvo a cargo de Georgina Escoto Molina. El extracto que aquí se reproduce corresponde, más o menos, a los primeros 40 minutos de entrevista, es decir, aproximadamente la mitad de ella).

Estamos en la ciudad de Chihuahua, es el 4 de noviembre del 2016, entrevista Gerardo Necochea [GN] a Silvia Aguirre [SA]).

GN: Silvia, me gustaría que quedara grabada tu autorización para que yo te pueda grabar la entrevista: ¿estás de acuerdo en que lo grabemos?

SA: Por supuesto, autorizo la grabación.

GN: Bien. Me gustaría que iniciáramos platicando sobre cómo era tu casa, la casa en la que creciste. Me decías que a los dos años salieron de Santa Bárbara para ir a vivir a El Oro, allá, en San Francisco del Oro. ¿Cómo era?

SA: Yo nací en el barrio del Ranchito, en Santa Bárbara, y lo digo porque cuando ya era adulta, en uno de los viajes mi madre me dijo: “aquí naciste tú, en el barrio del Ranchito”. Y luego, a los dos años, que nos fuimos a San Francisco del Oro, recuerdo que anduvimos por varias casas porque eran rentadas, ¿no? La más lejana creo era en el barrio de la Sierra Madre, en San Francisco del Oro. Ahí,

en ese barrio, había algunas cosas interesantes: el molino de nixtamal, una de las panaderías, porque había más de una panadería en El Oro, y para el 3 de mayo, enfrente de la casa que rentaba mi familia, se presentaban los matachines, los matachines y un grupo de danzantes que se llamaban los aztecas, que luego ya después no he visto en otros lugares más que los matachines, característicos, con sus carricitos, sus... sus medias rojas, etcétera. Y entonces ahí vivimos como hasta que yo tenía cuatro años, cinco años. Ahí nació mi hermano el más pequeño, yo tenía dos..., tengo dos hermanas que son más mayores, diez y quince años.

Y ahí en ese barrio vivía una enfermera, Magdalena, que era algo así como el equivalente a una doctora, porque en El Oro había doctores particulares, unos cuantos. Me acuerdo del doctor Comés, y la clínica de los mineros, la clínica de los mineros que estaba en el barrio de Zacatecas, allá donde estaba la escuela Artículo 123, donde está el complejo del cine, del salón de

asambleas de los..., el sindicato de los mineros, de la Sección 20.¹ Allí estaba la clínica, pero, pues, sólo las familias de los mineros tenían acceso a ella. Mi familia, a esas alturas mi papá ya había tenido un accidente, había perdido el oído, tenía los problemas típicos del equilibrio y todo eso, pues ya no trabajaba en eso, no. Ya cuando podía, se dedicaba a la gambusinería en los tiros de Santa Bárbara o..., sobre todo en Santa Bárbara porque ahí estaba más agujerado que en El Oro, o quizás estaba menos controlado. No sé por qué era en El Oro..., en Santa Bárbara donde le buscaba ahí.

GN: ¿Él había trabajado en qué mina?

SA: Él trabajó en Santa Bárbara, en la mina de Clarines, me dicen.

GN: ¿Y el accidente le ocurrió estando tú muy chica?

SA: Sí, yo ya recuerdo a él cuando le hacían curaciones caseras.

GN: Ajá, o sea, no lo recuerdas mientras estaba trabajando todavía como minero.

SA: No, no lo recuerdo. Recuerdo que estaba la lonchera, que se conservaba la lonchera de hojalata, de aluminio, no sé si era aluminio, pero era de hojalata; que se conservaba la lámpara de carburo. Recuerdo mucho el olor del carburo, porque él iba y

hacía leña, entonces salía en la... ¡Uff madrugadísima! Y con la lámpara de carburo prendida. Recuerdo el casco también. Ese tipo de cosas recuerdo que se conservaban en la casa.

GN: Entonces me decías cómo era el barrio donde vivían, que tenían la clínica, tenían un cine... Había ya un...

SA: El Oro es un pueblo... Bueno, de Santa Bárbara, El Oro y Parral, El Oro es el más pequeño y ha tenido caídas estrepitosas, a diferencia de Santa Bárbara, que ha tenido caídas, pero no hasta el suelo. Se ha conservado siempre con cierto nivel de explotación de la mina.

Pero El Oro ha tenido momentos en donde casi casi se vuelve un pueblo fantasma, y luego llegan inversores y vuelven otra vez a levantar la mina por un tiempo, y luego vuelve a medio caer. Y entonces en... Creo que a mí me tocó un tiempo de auge de la mina, o a mí me parecía eso. Había dos cines, en un pueblo tan pequeño, dos cines: el cine minero y el cine Alcázar, que era así pa' todo mundo. En el cine minero se entraba con una tarjeta, que perforaban por cada vez que se usaba para entrar. Mi mamá era cinera, nosotros íbamos cada semana al cine, muy grande el cine, todavía hoy...

GN: ¿Y esa tarjeta la daba el sindicato o...?

SA: Esa tarjeta la daba el sindicato. Había formas, yo no sé cómo, pero

¹ Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos, Siderúrgicos y Similares de la República Mexicana (SNTMMSSRM o Sindicato Minero, para abreviar).

aunque mi papá no era de la mina, pero había... La mayor parte del pueblo tenía un familiar minero, entonces había manera de hacerse de la tarjeta, o les prestaban la tarjeta de comprar en la cooperativa.

Yo estuve en primer año de primaria en la escuela Artículo 123, donde sólo iban las familias de los mineros. En el barrio, a diez pasos, vivía una maestra que trabajaba ahí en Artículo 123, entonces ella me pone ahí en primer año. ¡Era la más hermosa de las escuelas! Había tres escuelas primarias grandes, no había secundaria; había una secundaria como particular, algo así. Ya hasta cuando yo tuve doce años se construyó la primera secundaria.

GN: ¿En San Francisco?

SA: En San Francisco del Oro.

Entonces eso quiere decir que tenía una población muy importante, porque el cine... Yo todavía hoy voy y recorro lo mismo, y hoy me sigue pareciendo muy grande el cine. Ya no es cine. El salón de asamblea, bueno pues a mí se me hacía enorme, enorme, no sé cuántos habría, ¿no?, mineros, y ahí sesionaban. ¿Qué más?

GN: Oye y esta escuela 123 que dices era la más bonita de las tres, ¿cómo era?

SA: Era una escuela de dos patios, era una escuela de patio central, de patio central donde estaba primero, segundo, tercero, o primero, segundo, algo así; y luego otro patio central

donde ya estaban los más grandes —curiosamente también ahí tenían un salón para kínder, porque a mí me metieron a kínder, pero como yo lloré toda la primera semana, pues entonces dijeron mejor que entre hasta primero— con..., con escalones tipo gradas en el segundo piso; el primero era así más para los peques. ¡Salones altísimos! Ventanas así de...

GN: De piso al techo.

SA: Sí, casi así hasta allá. Muros muy gruesos. Todavía fuimos ahora —¿cuándo fuimos? En verano— y se ve que está todavía funcionando, está súper conservada, está muy bien la escuela. Se daban los útiles escolares, digo, aparte de los libros, porque a mí ya me tocó la época de los libros de texto gratuitos. Se daban los útiles escolares. No usábamos uniforme, pero todos los materiales que se necesitaban, escobas, todo, todo lo proporcionaba la compañía minera; era parte de las prestaciones que tenían los mineros. Y olía muy bonito, claro, como huelen los salones, ¿no?, muy bonito.

GN: ¿Ahí estuviste solamente en primero?

SA: Solamente primero, porque ya no me pudo... La maestra ya no me pudo sostener, porque no era hija de minero. Entonces pues ya me fui a la escuela estatal. Había una tercera, hay una tercera, que es federal. Entonces me fui a la escuela estatal, la Guillermo Baca. Ahí había

sólo seis grados y ahí estuve desde segundo hasta sexto. No teníamos barda, era muy diferente a la escuela Artículo: eran las aulas, la cancha, los baños y todo lo demás estaba libre. En una ladera, como están las cosas ahí, porque son cerros por todos lados. Entonces íbamos a jugar a los cerros, y allá escuchábamos el sonido de regreso del recreo y bajábamos del cerro donde estábamos. Allá arriba andábamos a la libre. Sí, eso recuerdo. Ya no, ya tiene cerco, ya tiene su alambrado.

GN: Oye, y en esa época cuando estabas en la primaria..., ¿qué otras cosas hacías además de la escuela?

SA: ¿Qué otras cosas hacía además de la escuela? Bueno, a ver... Mi mamá y mi padre se separaron cuando yo tenía como seis años, yo creo, algo así. Y entonces mi padre no está en condiciones de tener un trabajo con una buena remuneración. Allá, si se es minero, le va bien a la gente, o comerciante, y si no, pues ahí se batalla. Mi padre batallaba muchísimo. Y pues, bueno, a mi mamá le tocó sacarnos adelante con trabajos domésticos, con eso.

Y una de sus actividades era hacer donas o hacer empanadas o hacer pan. Los domingos de asamblea sindical —que yo no recuerdo cada cuándo eran—, los domingos íbamos mi hermano y yo, que es cuatro años menor que yo, íbamos a venderlos, en un baldecito, una ollita, no era balde,

era una ollita, y entrábamos. Yo me sabía muy chiquita comparada con eso. Los mineros ese día, era domingo, eso sí sé, que era los domingos, estaban limpios, bañados, porque el olor era diferente al día a día cuando yo los veía haciendo la fila para agarrar los camiones que los llevaban a la compañía, o cuando salían de la mina y llegaban a la casa. Hombres mineros había por todo el barrio, ¿no?, pero ese día el salón olía limpio. Era notorio, así yo recuerdo, que se bañaban. Y pasábamos ahí vendiendo y escuchábamos intervenciones y demás. Muchos años después yo lo relacioné con las asambleas de los bolcheviques, quién sabe por qué, pero yo los relacionaba con esos momentos.

Y le decía a Aleida, mi hija, que no sé por qué diantres en la Normal Rural terminamos una vez en Coahuila, en donde... Hacia el norte, donde están las mineras. ¿Cómo se llama? No me acuerdo cómo se llama, pero había trabajadores mineros allá, y se pusieron en huelga. Era a finales de los setenta. Y allá fuimos a dar.

GN: ¿Por la zona de Nueva Rosita?

SA: No me acuerdo si era Monclova o algo así, creo que era Monclova. Y recuerdo haber estado en reuniones de los mineros, estaban en huelga. Y los mineros me parecían hollinosos, como de hollín, me parecían... oscuros, no porque fueran oscuros de piel, me parecía oscura la reunión. ¡Ajá! En

cambio, las reuniones con los mineros pues eran limpias; olían a limpio.

Otra cosa que a mí se me quedó muy grabada era el ambiente cuando había huelga, porque algunas veces hubo huelga, no sé cuántas, pero no era raro que hubiera huelga, no. Emplazaban a huelga y luego empezaba a haber un ambiente de tensión. “No, pues que los del sindicato, y que todavía no les responden y que no sé qué tanto.” La gente no quería que se fueran a la huelga, pero al mismo tiempo, era como..., no era como algo evitable, o sea “ojalá no se vayan a la huelga, pero si se van, hay que irse”. Sí. Iban a la huelga y se iban días o se iban semanas. Empezaban a escasear los víveres, la cooperativa de los mineros aguantaba hasta cierto tiempo, los fiados en la tienda empezaban a racionarse.

Y entonces, así como yo recuerdo ese lugar luminoso de las reuniones, limpio, soleado lo recuerdo, incluso, en lugar del de Monclova, que me parecía gris, nublado, así. Entonces en las huelgas llegaba a haber un ambiente de silencio, un silencio que se sentía en las casas.

Yo era niña, entrábamos a las casas, pero [algo] se sentía entre los adultos, algo había que era claro: que la gente estaba a la expectativa, estaba en zozobra, y empezaba a tener problemas, y tenía problemas de dinero. Y luego se ayudaban: quien

sacaba la despensa de la cooperativa, y luego se la pasaba, una parte se la pasaba a la vecina, y así. Eran tiempos muy terribles. No fluía el dinero, pos era eso, ¿no? Y el silencio, yo recuerdo el silencio. No había los pitos de la mina. Los pitos de la mina regulan la vida, y dejaban de haber, dejaban de haber los pitos de la mina. Entonces eso era así como: “aquí falta algo”. ¿Qué pasa? No se lo explica, pero se tocaba el ambiente, se sentía... Así.

Y cuando la huelga la ganaban —siempre la ganaban, todos mis recuerdos es de que la huelga la ganaron—, a la mejor no con todas las demandas que solicitaban ni nada, pero yo recuerdo el júbilo. La gente estaba muy contenta: ¡ya ganamos! Se abrían las minas, se abrían las cantinas, estaban los pitos otra vez. Empezaban a surtir porque les pagaban los salarios caídos, y los salarios caídos era mucho dinero junto. Y entonces, pos se desbordaba el dinero, el alcohol y todo el pueblo, todo el pueblo, tuviera o no familiar minero, estaba de fiesta absoluta. Ésos son recuerdos de la niñez.

GN: Oye, y tú que eras niña, ¿te explicaban lo que pasaba o tú más bien ibas observando y escuchando?

SA: Escuchaba uno, ¿no?, escuchaba uno. No se usaba mucho eso de preguntar y que le contestaran a uno; uno a escuchar y veía. Recuerdo haber visto de niña a un minero

vecino, Juan, rentaban casa enfrente de con nosotros (enfrente es así como a dos metros, las callecitas son hermosas). Hubo una explosión y en un brazo, todo el brazo se le cubrió de trocitos de la piedra, de la roca. Entonces el brazo estaba negro, empedrado, empedrado; uno lo tocaba y era un brazo empedrado. Entonces él ponía el brazo pa' que los niños le tocáramos. Iba a la mina cada cierto tiempo y le quitaban cierto número de piedritas porque no podía quitárselas todas, no. Todo mundo íbamos y lo veíamos, y le pedíamos que nos dejara tocarle el brazo.

Pero era lo que oíamos nomás. Recuerdo haber visto... Se oía mucho de los silicosos, de la silicosis, y que los pulmones y que la gente no dura mucho; eso escuchábamos. La gente en la mina se jubilaba con, hoy diríamos, pocos años: los que trabajaban en la hacienda se jubilaban como de dieciséis años de servicio, estaban con el beneficio y todo eso; los de la mina de la extracción duraban un poco más. Y había mineros que duraban dos periodos de trabajo: podían jubilarse, se jubilaban, y podían recontratarse; y podían, si bien les iba con su salud ¿verdad?, aguantar.

La silicosis era así algo que en el ambiente circulaba: “no, pos que ya le dio silicosis a mengano”. Y alguna vez, entre la chavalada: “pues que ahí abajo, en la casa de Chema,

mengano tiene silicosis”. Ahí va uno a asomarse, porque en ese tiempo nos asomábamos a todos lados, entrábamos a todos lados —bueno, quizá no a todos los lados, pero yo sentía que éramos..., teníamos permiso de andar por todos lados, o posibilidades, porque sí avisábamos, no, no teníamos permiso. Y entonces ahí vamos la chavalada, y eran unas casas de adobe, pos como son allá, así medio de tapias y todo, y nos asomamos a la recámara. Y el hombre, yo recuerdo, así como recuerdo la mano empedrada del hombre, recuerdo a ese enfermo como una estampilla amarilla en el catre, así, en el catre matrimonial, pero era una estampilla amarilla, o sea, los ojos hundidos, la piel... Era una cosa pues de cuento de terror. Nunca más nos volvimos a asomar.

Yo no sé si era silicosis, si era tuberculosis, pero estaba asociado, en el hablar, en los decires, con las enfermedades de la mina. Cosas curiosas así que yo no voy a..., a olvidar, no. Tenían relación con la tragedia, por ejemplo, pero también tenían relación con la fiesta de “ya ganamos la huelga”, o la fiesta del 3 de mayo o el día de los mineros, el 11 de julio, es un pachangón muy grande. ¿Qué más recuerdos? Yo tengo muchos recuerdos de vida porque es medio rural, medio pueblo, medio rural. **GN:** ¿Había lugares donde ustedes como niños iban, así en particular,

que fuera como su lugar preferido, donde podían jugar o hacer lo que se les diera la gana?

SA: Bueno, las horas de recreo en la primaria, porque nos íbamos al cerro, no había ni un profe, no había nadie, nadie. No había casas, las casas estaban ahí retiradas, ahí veíamos la escuela, bajábamos casi rodando ahí. Allá jugábamos como queríamos, y a los tradicionales juegos de las niñas y los niños. En el barrio teníamos permiso de ir a jugar, pero no había un adulto que nos cuidara, que estuviera pendiente de nosotros, no; era autorregulable, yo creo. ¿Qué nos regulaba? El anochecer, porque la mayoría del pueblo no tenía luz mercurial, entonces, pos empezaba a oscurecer y empezaba a llegar la llorona, los fantasmas, era... Yo viví rodeada de historias de fantasmas y todo eso.

GN: ¿Y quién las contaba?

SA: Mi madre era una gran contadora, súper contadora de historias. Era ponerse en la mesa después de lavar los trastes de la cena, y mis hermanas, mi hermano y yo, y el radio en medio. Y cuando se terminaba la novela de *Chucho el Roto*, *El Ojo de Vidrio*, o el que estuviera en turno,² invariablemente

² *Chucho el Roto*, novela radiofónica que relata la vida de Jesús Arriaga, ladrón y secuestrador nacido en 1858, en Tlaxcala; apresado en 1873, se fugó de la cárcel de Belén en la Ciudad de México en 1875; se dice que murió en la prisión de San Juan de Ulúa, en 1894. En 1888 apareció la novela

—pero esto yo creo que era diario, sí era diario, no era de vez en cuando— surgía una historia del catrín que llegó a la fiesta y que era el diablo y se llevó a la muchacha más bonita porque era vanidosa; del jugador de cartas que iba de un rancho a otro y una muchacha muy bonita le pidió llevarlo en ancas y era la muerte; de los tesoros... Mi mamá fue buscadora de tesoros, porque por un lado las minas, por otro lado, Pancho Villa, y entonces pues Pancho Villa, en el decir popular, había dejado tesoros por todos lados. Entonces ciertos viernes y en Semana Santa, en ciertas épocas, le sabían, según las creencias, y se ponían a buscar tesoros. Ya no vivíamos en el rancho, a mí no me tocó la época del rancho ni nada y las prácticas eran sobre todo en el rancho, entonces ya forman, cuando yo era niña, ya formaban parte de las historias. Y eran historias..., de terror. Pero no eran cuentos, eran cosas reales, que habían pasado y eso da mucho más miedo. Mi hermano dice: “Luego cuando mi mamá terminaba de decir eso decía: ‘vayan, vayan al patio y traigan tal cosa’, dice, mangos que

Chucho el Roto; la radionovela del mismo título inició a fines de los cincuenta y estuvo al aire durante 11 años. Gamaliel Valderrama, “Chucho el roto: el bandido con clase”, *El Universal*, 18 de agosto, 2017, recuperado de: <<http://www.eluniversal.com.mx/colaboracion/mochilazo-en-el-tiempo/nacion/sociedad/chucho-el-roto-el-bandido-con-clase>>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *El Ojo de Vidrio*, radionovela.

queríamos ir, nadie queríamos ir, nadie se quería ir a acostar solo, no, hasta que nos fuéramos todos”.

Mi mamá era una gran contadora de historias e historias de terror, pues no de terror, eran leyendas pa' asustarnos. Y..., y en segundo grado, de orden religioso: que los que fueron al pueblito de Allende les dijo un peregrino: “no volteen para atrás” y no le hicieron caso, y se hicieron de sal y ahí están las piedras. Aquéllos se les apareció..., que llegó alguien a pedirles..., cómo se le llama, cómo le llaman los católicos..., este..., caridad, una limosna o algo así, y en realidad era Jesucristo disfrazado. Todo eso, por ejemplo, para Semana Santa, era una de las cosas... ¡No es cierto! Eso era en tercer lugar, en segundo lugar eran las historias de Villa.

Yo no sabía, hasta muchos años después supe que Villa no aparecía en los libros de texto, que en mi época de primaria Villa no estaba registrado por la historia. Pero pos Villa estaba, yo no... pa' mí, si estaba en los libros o no estaba, nunca caí en cuenta hasta ¡uff!, muchisísimos años después. Válgame Dios, y entonces, ¿cómo es que Villa era nuestro héroe?, pues porque cenábamos con él, comíamos con él. Cuando es el aniversario de su muerte, cuando va a ser el aniversario de su muerte, en julio, semanas antes empezaba en el radio —no sé si ahora—, pero empezaba en el radio la historia y los

corridos, y en las casas se contaban las historias de Villa, de todo lo que había hecho por la gente pobre. Eso era en segundo lugar...

GN: Oye, ¿se hacía algo público en la conmemoración de la muerte o era nada más como las historias que se contaban?

SA: En el radio sí. Pero no había ceremonias, este, que de la escuela, porque nos llevaban cuando Benito Juárez, nos llevaban cuando el 20 de noviembre; pero [en conmemoración de Villa] no, no se hacía, no me tocó nada público. Es más, la expedición punitiva, yo supe de ella también ya mucho después, y se había perdido en el... Sí, sí se sabía de los aviones y cómo lo persiguieron y demás, pero ese término, “expedición punitiva”, dije: ¿qué es eso? Y no, pues es

cuando los gringos y que Villa y que la fregada; dije: ¡ah! Así se llamaba.

GN: Sí, oye y esto que cuentas de tu casa que se sentaban ya después de la cena, lavar los platos, y tenían el radio...

SA: Y las velas o el quinqué, el aparato le decíamos, que era de petróleo.

GN: En la casa de tus amigos, tus amigas, ¿también tenían así sus radios y se sentaban a escuchar las mismas novelas?

SA: ¡También, ah sí, sí! Por supuesto. Sí, las mismas novelas del radio y los mismos comics, que no eran comics, que eran..., historietas, ¿verdad?

GN: ¿Cómo cuáles, te acuerdas?

SA: ¡Uff, sí! Mi mamá era una gran lectora también, leía mucho. Leía lo que llegaba y parte de las cosas que a los tres menores nos llegó, a los tres últimos nos llegó mucho. Las fotonovelas, la *Alarma!*, *Hermelinda Linda*, *Aniceto Verduzco*, ésas estaban prohibidas para nosotros, eran así como tres equis, pero yo las llegué... Siempre le hacíamos de alguna manera pa' verlas.³ Las que rolaban entre nosotros eran *Lágrimas y Risas*, era *Archie*, *La Pequeña Lulú*, era *Memín Pinguín* por supuesto, era *Kalimán*.⁴

³ *Alarma!*, revista mexicana especializada en crímenes y muerte, inició en 1963 y fue prohibida en 1986, para reaparecer en 1991 como *El Nueve Alarma!*, Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Alarma!>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Hermelinda Linda*, historieta satírica que inició en 1965 con el título *Brujerías*, y en el número 26 cambió a *Hermelinda Linda* (otra fuente señala el número 129, véase *infra* “Los brujos”); fue publicada semanalmente hasta fines de la década de 1980, Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Hermelinda_Linda>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Aniceto Verduzco* apareció primero en 1967 como personaje en la historieta *Burrerías*, y posteriormente tuvo su propia publicación que continuó hasta inicios de los años ochenta, “Los brujos aztecas: Hermelinda Linda y Aniceto Verduzco”, *Diario del Sureste*, 17 de septiembre de 2017, recuperado de: <http://www.diariodelsureste.com.mx/los-brujos-aztecas-hermelinda-linda-y-aniceto-verduzco/>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

⁴ *Lágrimas, Risas y Amor* inició en 1962 como fotonovela, pasó a ser historieta de dibujos en febrero de 1963 y dejó de editarse en 1995; *Archie*, historieta de Estados Unidos iniciada en 1942, y que fue distribuida en América Latina por Editorial Novaro en las décadas de 1960, 1970 y 1980; *La Pequeña Lulú* inició como historieta semanal en Estados Unidos en 1945, en Noel Ceballos, “Tres hurras por La Pequeña Lulú, primer ícono feminista de los comics”, *Revista GQ*, 3 de mayo, 2017, recuperado de: <www.revistagq.

Llegaban en el tren. No había tren de pasajeros, sólo había tren de carga que sacaba el metal; no había. El tren de pasajeros se tenía que tomar no me acuerdo si en Parral o en Santa, y que nos sacaba a Jiménez. Entonces ya entroncaba con la línea nacional, pudiéramos decirlo, de Juárez a México. Y en ese tren de carga llegaban las historietas, incluso a veces se quedaba tan interesante *Kalimán* o *Lágrimas y Risas* —con “Rarotonga”, “El pecado de Oyuki” y todo— que el lunes, el lunes llegaba, era de entregas semanales, el lunes llegaba el tren y entonces la gente no esperaba a que bajaran las cajas y las llevaran a las tiendas donde se vendían, sino ahí mismo en la estación, estaban incluso los de las tiendas, los de las tienditas que vendían eso, y ahí se compraba inmediatamente.

Y se leía mucho. No porque se comprara mucho, sino porque había una red de intercambio, o sea yo compro ésta y mañana te la presto y luego tú me prestas ésta. Entonces

com/noticias/cultura/articulos/pequena-lulu-primer-icono-feminista-de-los-comics/25996>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Memín Pinguín*, nació dentro del diario de historietas *Pepín*, en 1943, y constó de 372 capítulos; la serie fue reeditada varias veces, considerándose la de 1962 como su primera edición, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Memín_Pinguín>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Kalimán* inició como programa de radio (1963) y después se convirtió en historieta (1965) y dejó de publicarse en 1991, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Kalimán>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

la gente no acumulaba mucho porque rolaban, rolaban, rolaban, rolaban. Me acuerdo de una familia acumuladora que tenía, igual en la pobreza, así como en la jodidez que éramos, pero tenían muchas, muchas de esas historietas. Es una imagen que yo sé que no me la inventé, yo la vi; llegué a ver, en un cuartito que tenían aparte de su casa, alteros, más allá de la mitad de la pared, era la cueva de Alí Babá. Íbamos con “Tuta”, María Jesús Carmona y nos... Ahí era ¡mmmh, qué barbaridad!, como si fuera una cueva de chocolate. Leíamos mucho, mucho leíamos.

Y luego fue la época en que había mucha lectura oral: los maestros, las maestras leían mucho, entonces incentivaban mucho. También nos leían en episodios, por ejemplo, *Las minas del rey Salomón*,⁵ entonces te leían quince minutos y... “mañana continuaremos”. “¡Nooo maestra!” Y que no sé qué tanto, ¿verdad? Nos incentivaban mucho. Yo quisiera pensar que todos mis condiscípulos se enamoraron de la lectura. El maestro que yo tuve en cuarto, quinto y sexto nos organizó, hizo actividades y demás, hicimos nuestro pedido a Editorial Porrúa —esa colección económica tan bonita— y nos llegó la cajita por tren, ahí. Recuerdo cuando

⁵ Novela escrita por el escritor inglés, Henry Rider Haggard, publicada en 1885, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Las_minas_del_rey_Salomón>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

la abrimos. Los libros nuevos huelen, huelen... Todos los libros nuevos huelen muy rico. Y ahí teníamos nuestra caja, nos había llegado desde México, ¡desde México! ¡Quién sabe cuántos días estaba! Y nos había llegado hasta nuestro pueblo. Eso..., ¡uff, era como un tesoro! No era lo mismo que *Memín Pinguín*, los cuidábamos mucho y todo eso.

Entonces sí tuvimos, en el medio en donde yo me moví, teníamos mucho acceso a ese tipo de lectura. Música, mucha música, la música rolaba en el radio, la gente era musiquera o por lo menos ahí..., y cinera; mi familia iba todos los miércoles al cine, tres películas por el mismo precio.

GN: ¿Y eso era en especial los miércoles que había las tres películas o todos los...?

SA: No, los otros días había dos.

GN: Ajá, entonces el miércoles era el especial, ¡ajá! Y se echaban las tres.

SA: Permanencia voluntaria, con su rueda de lonche, su café con leche, sus gorditas —los burritos los conocí yo cuando salí de El Oro, se usaban gorditas— el dulcecito; que ahí durábamos las cuatro horas, cinco horas.

GN: Toda la tarde...

SA: Semana tras semana, era rarísima una semana que no íbamos.

GN: Oye, y la lectura oral entre ustedes, entre la chamacada, ¿si lo hacían también, así que se ponían a

leer el *Memín Pinguín* y cada quien leía un poco?

SA: ¡Uff, sí, sí, sí, sí, claro! Hacíamos los personajes, las voces, o qué sé yo. Sí, sí, sí. Y había mucha..., bueno, la oralidad ahí en la casa con las historias. En la escuela, desde primero me leyeron, nos leían al grupo, y ya después que fui maestra, yo lo practiqué intencionalmente esperando lograr esa, así esa..., ¡esa bobez! Porque yo me embobaba así con esas lecturas, ¿no? Y luego también en el radio había, los domingos había una hora de declamación, de... Sí, eran declamadores, Jorge Lavat y todos ellos.⁶ “¿Por qué me quité del vicio?”, y esas cosas.⁷ Y entonces yo digo que eran partes de esa misma tradición, ¿no?

GN: Oye, y luego ustedes, haz de cuenta, escuchaban un capítulo de *Chucho el Roto* en la noche, a la siguiente mañana, ¿lo platicaban entre ustedes?

SA: Se escuchaba a las vecinas adultas diciendo: “¡Uy! ¿Y luego qué pasará ’ora, y luego?” “No, es

que yo creo —no me acuerdo cómo se llamaba la esposa de Chucho el Roto— y que quién sabe qué”.

No, no era la esposa, era Matilde de Frizac, la eterna novia de Chucho el Roto. “Y no, yo creo... Y que don Diego de Frizac es un malvado”. Y entonces, de un día a otro la novela se comentaba, y de una semana a otra se comentaba *Lágrimas y Risas* o *Kalimán*, o esas cosas. Y *Kalimán* en el radio es culpable de que yo no llegué temprano a ningún lado, porque entrábamos... Salíamos a las doce, era de nueve a doce, comíamos, y luego entrábamos de tres a cinco, pero de dos y media a tres era *Kalimán*. Mi hermano y yo, cuando ya al final decía: “¿Podrá *Kalimán*...?”, ¡ya [chasca los dedos] corro! Salíamos... Todas las excusas del mundo me inventé: “Es que se atrasó... No, es que mi mamá me pidió... No, es que...”.

GN: ¡Ajá! Pero seguramente ya todo mundo sabía que habían estado escuchando *Kalimán*.

SA: Y luego esperábamos la hora del recreo para comentar: “¡ay! ¿Oíste? Que quién sabe qué”. “Sí”.

GN: O sea, era algo que se compartía, digamos, en todo el pueblo.

SA: Absolutamente. Los cuentos terminaban ajados, terminaban, este...

GN: En tiritas.

SA: Sí.

GN: Eso estaba bien interesante....

⁶ Jorge Lavat Bayona (1933-2011) fue un actor mexicano de cine, televisión y doblaje; también, debido a su buena voz, fue un declamador reconocido, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Jorge_Lavat>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

⁷ “¿Por qué me quité del vicio?”, de Carlos Rivas Larrauri, *Palabra Virtual*, recuperado de: <www.palabravirtual.com/index.php?ir=ver_voz.php&wid=411&t=Porque+me+quit%E9+del+vicio&p=Carlos+Rivas+Larrauri&o=Manuel+Bernal>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

Construyendo los estereotipos del indio a lo largo del tiempo

Clara García Ayluardo*

Clementina Battcock y Berenise Bravo Rubio (coords.), *Mudables representaciones: el indio en la Nueva España a través de crónicas, impresos y manuscritos*, México, INAH, 2017 (Historia. Serie Memorias), 208 pp.

Este libro interesante de ensayos editado por Clementina Battcock y Berenise Bravo, del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), consiste en una introducción acompañada por ocho ensayos escritos por especialistas pertenecientes a diversas instituciones de México y del extranjero, dos de los cuales están escritos por las edito-

ras mismas que son, además, participantes en esta gran reflexión. Resultado de un coloquio auspiciado por la Dirección de Estudios Históricos (DEH), el libro declara que su propósito es ver: “la forma en que una comunidad o un individuo, partiendo de sus ‘diferencias’ sociales o culturales, percibió y comprendió al *Otro*, en este caso particular al indio”. Por lo tanto, es un libro que tiene acercamientos a la antropología histórica, la historia del texto, la historia cultural, la historia de las mentalidades, la historia de la Nueva España y a la historia del indio novohispano en particular, aunque se enfoca especialmente al uso de los conceptos y las palabras, más que a la teoría acerca de la otredad.

La obra, como su título lo indica, propone —desde la óptica del medio escrito— señalar en monografías la conceptualización y la

representación del indio a lo largo del tiempo para identificar continuidades y rupturas. Se emplean distintas plumas para dibujar un panorama global por medio de la particularidad y de lo local, y se incluyen bibliografías al final de cada monografía. Cada uno de los ensayos es una muestra del buen uso de fuentes de archivo y de textos como materias primarias. Los escritos usados son esencialmente crónicas, cartas, catecismos, sermones, confesionarios, visitas pastorales e informes ya sea impresos o manuscritos; además, se utilizan varios archivos episcopales, parroquiales y de gobierno. Como en todo libro editado, existen algunas disonancias, pero éstas dejan al lector con preguntas saludables y abren el campo hacia futuras investigaciones.

El libro parte de la idea de que los conceptos acerca del in-

* Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

dio son contruados, y examina cómo, cuándo y la manera en la que cambiaron o permanecieron en su caso particular. Así, se enfrentó al concepto enigmático del estereotipo, por lo que se consideró las problemáticas de la imposición y adaptación como partes del proceso de colonización. En general, pienso que no se analiza tanto cómo cambió el concepto del indio sino cómo se fueron construyendo los estereotipos del indio a lo largo del tiempo dentro de contextos complejos, despectivos y paternalistas, pero ciertamente paradójicos y particulares. El libro demuestra cómo “la estereotipificación naturaliza la diferencia”. Yo me quedo con ese punto central y opino que el estereotipo, aunque perduró y se reprodujo, negoció la diferencia y así se convirtió en intermediario conceptual para lograr tanto una mejor imposición, enajenando al otro o, por el contrario, como una adecuada adaptación, integrándolo. Este libro refleja bien el juego entre esos dos opuestos, así como la complejidad de los diversos y variables procesos y contextos.

Uno de los señalamientos más valiosos que aparece en la introducción es la explicación del uso del término *indio* como concepto jurídico-político, que es su definición fundamental. A partir de esta definición plasmada en las leyes, el término empoderó las prácticas políticas de los pueblos indios. Con el fuero, las “repúblicas” contaron con el poder de negociación para resistir y adaptarse a pesar de las narrativas que las subordinaron. Esta obra demuestra lo paradójico de los conceptos y representa-

ciones del indio por parte de los españoles y de los indios, y de las relaciones entre todos.

Los ensayos examinan a los mediadores así como a las mediaciones para entender que las relaciones entre los diferentes grupos sociales no fueron duales sino dinámicas, fluidas y multifacéticas. Esta visión caleidoscópica permite percibir un panorama más complejo y contradictorio, más real por confuso, para evitar los estereotipos analíticos tradicionales institucionalizados a lo largo de la historia. Sin embargo, se debe tener en cuenta que los textos estudiados fueron escritos por aquellos que manejaron la lectoescritura, aunque se incluyó un ensayo acerca de los testamentos indios que se plasmaron a partir de testimonios orales. La noción de intermediarios intelectuales ayuda a entender la manera en que se difuminaron las antiguas jerarquías simbólicas y se transformaron en algo diferente según el contexto, proceso fundamental en la construcción de las nuevas sociedades novohispanas.

En su ensayo, Rodrigo Martínez señala lo significativo de la historiografía en la construcción de la representación del indio. Joaquín García Icazbalceta, en el siglo XIX, denotó un desprecio por lo prehispánico al creer que la consolidación de México comenzó con el proceso de mestizaje y cristianización como binomio civilizatorio. Plasma los estereotipos de la barbarie frente al cristianismo civilizatorio que provinieron de los textos fundacionales novohispanos. La historiografía colaboró para formalizar y arraigar los

estereotipos tanto positivos como negativos, ya que cumplieron una agenda según la época y la visión del historiador. El texto fabrica estereotipos, pero también construye paradojas. Zavala escribió extensivamente acerca de lo explotativo de la encomienda, pero a la vez recalcó el papel civilizatorio de la evangelización. Martínez demuestra cómo la visión del indio explotado y evangelizado perduró, pero para fines del siglo XX se comenzó a ver como actor de su propia historia, se adaptó, resistió y utilizó las instituciones, formas culturales, jurídicas y políticas extranjeras para construirse un nuevo mundo. En este sentido, los trabajos de James Lockhart y su escuela utilizaron fuentes escritas en lenguas autóctonas que cambiaron la visión negativa del indio pasivo. Para comprender la cosmogonía del indio se debía entender su lengua y su modo de hablar y de entender.

También cambiaron la visión negativa del indio Charles Gibson y Woodrow Borah, quienes demostraron “que el sistema jurídico español fue fundamental para insertar a los indios en el sistema colonial”, al reconocer como cuerpos políticos a los pueblos arraigados en sus tierras. El sistema jurídico entonces, y no sólo el cristianismo, arraigó al indio en la nueva sociedad. Su integración le otorgó la capacidad política de la negociación. Esta historiografía resaltó la importancia de los pueblos en la historia y su continuidad. Aquí surge otra paradoja: a partir de su definición jurídica, cada pueblo desarrolló su identidad colectiva propia a pesar de

vivir bajo un apelativo reduccionista. Martínez subraya la importancia de la Historia para detectar los cambios y contextos, y del uso de fuentes para entender los conceptos apropiadamente.

Sergio Botta analiza los textos de dos de los evangelizadores más fundacionales de la Nueva España. Demuestra cómo los escritos de los franciscanos Bernardino de Sahagún y Juan de Torquemada estuvieron influidos por la obra de san Agustín, quien consideró la naturaleza de los dioses falsos y, por tanto, la naturaleza de la idolatría, consideración preponderante en los albores del cristianismo novohispano. Este ensayo se enfoca en la explicación del politeísmo mesoamericano construido por estos primeros franciscanos y cómo se conjuga la evangelización con las conceptualizaciones clásicas acerca del tema. Botta demuestra cómo la *Civita Dei*, una de las obras más importantes del cristianismo, se trasladó del cristianismo primitivo del Mediterráneo a la Nueva España. Los textos franciscanos fueron intermediarios conceptuales para afianzar la nueva religión en tierras de indios y contribuyeron a la estereotipificación de la idolatría en la Nueva España. Para esto, los franciscanos utilizaron la tipificación de los dioses romanos de Agustín como arquetipos, como herramienta para explicar y naturalizar para sí mismos la idolatría extravagante de los indios, a partir del ejercicio de la comparación legitimada por la autoridad de un texto clásico.

Sahagún trasladó para la posteridad las categorías autorizadas de Agustín para denunciar la

falsedad de las deidades nativas con el fin retórico de desmitificarlos y evangelizar. Botta compara a Sahagún con Torquemada para hacer notar la diferencia entre la función retórica de Sahagún y la epistémica de la obra de Torquemada. El primero que escribe juzga las creencias antiguas y justifica la evangelización a partir de las categorías agustinianas para corregir los errores del indio, y el segundo considera todo politeísmo equiparable, por lo que aplica las categorías agustinianas de manera universal para comprender la cosmogonía india y construir un modelo conceptual para dominar la mentalidad india y asimilarla a la cultura cristiana. De cualquier manera, el estereotipo se trasladó con el fin práctico de cristianizar.

Berenice Alcántara Rojas también se refiere a la utilización de los textos de Agustín en la Nueva España como arquetipos para entender y describir la “otredad”. Este ensayo examina la transmisión, inculturación y negociación intelectual en contextos de colonización. La paradoja es aparente. Aunque los frailes convivían con los indios y en muchos casos los defendieron y alabaron sus capacidades, nunca los dejaron de concebir como “indios”, seres inferiores que ellos “tenían la misión de transformar”. En gran medida, la noción de misión coloreó e impulsó la construcción de definiciones del indio. Este ensayo analiza los llamados “textos de evangelización”, textos prácticos para entender las formas de la idolatría para denunciarlas. También presentan diversas representaciones. Alonso Molina entendió la idola-

tría, al igual que Sahagún, como un error y no como obra del demonio. Al ser engañado por el diablo, el indio no tenía la culpa de sus acciones. A diferencia de los franciscanos, los dominicos enfatizaron más el carácter diabólico de las religiones autóctonas y el carácter dañado del indio que necesitaba ser reparado por el castigo. En el contexto del siglo XVIII, los indios ya eran cristianos y, por lo tanto, pecadores, aunque en proceso de perfección.

Alcántara Rojas demuestra cómo los evangelizadores se apropiaron de las formas retóricas autóctonas para rescatar su pasado, bordar su narrativa y evangelizar de manera naturalizada. Las prédicas resultantes dictadas oralmente, aunque plasmadas en textos escritos, se apropiaron de “los saberes antiguos” para despojar a los indios de su pasado. Además, los frailes utilizaron los valores indios para encumbrar a un santo como soldado de Cristo, aludiendo a la exaltación de los guerreros prehispánicos, y la práctica de conceder favores a sus seguidores, lo que naturalizó el concepto de la reciprocidad jerárquica del indio con el Dios cristiano.

Voces y motivos indios fueron empleados para la escritura de las crónicas de la evangelización, donde el indio fue tanto objeto como destinatario y hasta autor de algunos textos, pero siguió representado como subordinado ya que el fraile llevó la voz cantante. Lo importante aquí es resaltar que los evangelizadores adoptaron el lenguaje nativo y así se comprueba el “triumfo de un mensaje cristiano”, que fue reelaborado por los

receptores de modo que les resultara significativo y capaz de cumplir la función ritual equivalente a sus antiguos “cantares”.

En su ensayo sobre Alvarado Tezozómoc, Clementina Battcock demuestra como un indio de alcurnia, descendiente de emperadores aztecas y educado en náhuatl escrito y en castellano, interpretó su pasado construyendo una narrativa acerca de las élites gobernantes tenochcas. Se trata de un autor de transición, un mediador intelectual entre el siglo XVI y XVII, perteneciente a una nueva generación sobreviviente de la catástrofe demográfica e inmersa en la construcción de su propia vida en un momento de crisis.

Sin embargo, a pesar de estar escrito su texto en castellano, siguió la tradición literaria autóctona. Tezozómoc escribió una obra mestiza que media entre dos mundos para enaltecer su pasado noble, fundamentar su identidad y justificar su presente frente a sí mismo y frente a los ojos españoles, en un momento en el que la nobleza nativa estaba en ruinas. Su narrativa ya no es ni crónica ni cantar, sino una obra netamente novohispana.

La obra tiene un tono providencialista agustiniano, aunque está dividida según una cronología política marcada por el comienzo y fin de cada gobierno tenochca. Tezozómoc es uno de los primeros autores que exalta el pasado indígena, lo que convierte al texto en una memoria tanto personal como colectiva, nostálgica y de posicionamiento político dentro de una nueva sociedad.

El texto también recurre a la comparación para elogiar y equipa-

rar la grandeza de la monarquía católica con el del Imperio azteca, del que es heredero. Identifica a la monarquía con la Roma imperial y la entrada triunfal de Tezozómoc a la Ciudad de México con la reconquista de Granada. Así, no sólo justifica su linaje, sino que por medio de las comparaciones romanas y granadinas naturaliza su pasado prehispánico al nivelarlo con las misiones civilizatorias de todo imperio.

Es de destacar que se desmenuza este texto novohispano para ubicar lo narrado en la *Crónica...* acerca de las conquistas, las etapas correspondientes de la expansión del templo de Huitzilopochtli y las cronologías, y compararlas en cuadros y mapas con los descubrimientos arqueológicos de hoy. Así determina lo acertado de la narrativa y demuestra el papel que cumple el texto al analizar los significados de los sucesos dentro del contexto de su momento histórico.

El ensayo de Caterina Pizzigoni demuestra cómo el indio usó el castellano y la práctica de testar para conservar valores propios. Los testamentos en náhuatl develan la vida íntima y demuestran que para el siglo XVIII se fragmentó la estructura local indígena, que se reflejó en cómo se entendían los indios a sí mismos y a su entorno. El testamento también es un instrumento mediador conceptual no sólo porque no existió en el mundo prehispánico, sino porque se plasmó el texto a partir de un testimonio oral que facilitó la apropiación india de esta práctica.

Al estudiar el concepto de hogar en los testamentos, se identifican indicios de una individualidad junto con una difuminación del con-

cepto de comunidad en la región del valle de Toluca entre 1650-1800. Para la autora, el hogar representó al individuo porque lo identificó a partir de sí mismo, resaltando que para el siglo XVIII la transformación del hogar de un espacio con varios edificios a un único aposento más íntimo, el desuso de los nombres en náhuatl sustituidos por apelativos castellanos y la herencia del hogar a un solo vástago para asegurar su indivisibilidad. La identificación del reconocimiento del individuo con el proceso de la castellanización provocó la pérdida del uso de la lengua nativa y la transformación de los conceptos para entenderse a uno mismo. Entonces, la individualidad resulta del mestizaje en un proceso donde el indio se asocia más con el hogar y menos con la comunidad, aunque la definición del indio de sí mismo por medio de su nombre y su lugar de residencia se mantiene constante, lo que indica que su pertenencia se mantuvo en un contexto local. Habría que ver cuántos testaron en cada pueblo y si los indios cambiaron su forma de entender al mundo o si se conformaron a un mundo jurídico diferente.

Desde la perspectiva también local, Annia González Torres analiza la representación del indio a lo largo de la época novohispana mediante la documentación política-administrativa de Ixmiquilpan, zona otomí y agustina. Juan de Grijalva utilizó al indio miserable como categoría moral y siguió el estereotipo del indio ingenuo y susceptible a las tentaciones, aunque paradójicamente no consideró virtuosos a los indios nobles, qui-

zás por su posición como intermediarios intelectuales. El Juzgado General de Indios, que consideraba los casos de los abusos contra los indios, resalta, en su documentación, la condición del indio miserable también como categoría moral. Pero, a pesar de las representaciones paternalistas y compasivas y la obligación de la Corona de proteger a los naturales, en la práctica, la legislación fue letra muerta.

Por otra parte, la documentación del cabildo y de la alcaldía mayor denota la principal preocupación de las autoridades acerca de las dificultades de asentar a los indios. Aquí, el indio bárbaro era el que no estaba en comunidad por vivir fuera de la ley y sin Dios, lo cual contrastó estrepitosamente con el discurso legislativo que protegía al indio por humilde y sencillo.

Los enfrentamientos se aceleraron cuando los oficiales reales respondieron a los motines indios frente a las disposiciones reales acusándolos de tener “mala inclinación” que merecía escarmiento. La violencia se propició, interpretaron las autoridades, por el indio violento y bárbaro que no entendía la ley. Esta representación del indio irracional aparece más frecuentemente en Ixmiquilpan a partir de las reformas borbónicas y se reflejó en los discursos ilustrados del periodo. En un informe de 1786 intitulado “Reflexiones sobre la naturaleza y carácter de los indios”, Manuel Antonio Sandoval afirmó que los indios eran unos viciosos reprobables que se resistían a convivir con los españoles. Esta visión ilustrada del

indio indomable equiparó valores económicos con los morales al apuntar que las fiestas de los indios degeneraban en borracheras e inmoralidades que arriesgaban los bienes comunales que garantizaban el pago del tributo. Esta argumentación fundamentó unas reformas que tuvieron como finalidad administrar los recursos de los pueblos y controlar políticamente a las localidades.

A partir de los diversos discursos en la documentación, este ensayo demuestra los vaivenes de las políticas locales, donde las diferentes jurisdicciones entraron en conflicto. Por una parte, las reformas reforzaron la concepción del indio bárbaro con un discurso civilizatorio, y por otra, los indios recurrieron a la litigación y alzamientos para defender sus derechos y privilegios, lo que demuestra la fuerza de sus cabildos.

Berenise Bravo Rubio toma un microenfoque a partir de una visita pastoral del arzobispo José de Lanciego y Eguilaz y de un sermón fúnebre del presbítero Bartolomé Ita y Parra de principios del siglo XVIII con motivo de la muerte del arzobispo, para poner a prueba la veracidad de un texto. Ita predicó a favor de una castellanización más agresiva para infundir la razón y el cristianismo de manera más efectiva y erradicar los vicios demoníacos indios. Para que tuviera su sermón el debido impacto, recurrió a la visita pastoral del difunto prelado para demostrar que Lanciego mismo había denunciado la idolatría de su grey. Bravo se da a la tarea de analizar el libro de visita para medir la veracidad de las palabras de Ita y encuentra que el

sermón abordó temas que no aparecieron en el libro de visitas, sino que utilizó el prestigio del arzobispo para avanzar su propia agenda. Por su parte, el análisis del libro pastoral arrojó información acerca de cómo el arzobispo atestiguó la vida de los pueblos y de cómo la visita buscó reformar las costumbres en aras de la civilización, por lo que ordenó la erección de escuelas en las que se impartieran clases en castellano para integrar al indio, al tiempo que dictó el trato piadoso de los naturales siguiendo la línea paternalista.

Este ensayo también hace notar que, para estas fechas, el cristianismo se había arraigado y adaptado a las variaciones locales; en palabras del arzobispo, “lo cotidiano era lo religioso”. El estereotipo se cristalizó más en torno a la falta de civilización del indio y menos hacia la idolatría. Al arzobispo le preocupó el estado de las doctrinas de indios y recomendó la sustitución de los frailes por el clero diocesano por incumplir su misión evangelizadora, pero el prelado no recibió denuncias de idolatría, mas sí solicitudes para el establecimiento de nuevas capillas e instituciones religiosas.

Al estilo de la época, el sermón condenó las costumbres de los indios y argumentó en pro de la secularización. Representar al indio como irracional y vicioso reflejó las nuevas políticas del regalismo y la embestida en contra de los regulares por la influencia que aún ejercían sobre los indios. Al condenar las prácticas idolátricas, Ita fortaleció dentro de un nuevo contexto el estereotipo del indio irracional para justificar las políticas reales

en un claro ejemplo de manipulación de información con propósitos políticos.

Por último, Patricia Escandón examina una región totalmente diferente a las tratadas en los ensayos anteriores, ya que analiza la gran frontera norte novohispana o la Gran Chichimeca, en sí, una denominación despectiva, donde la interacción con los evangelizadores-colonizadores fue de carácter más bélico y difícil, como atestigua la guerra del Mixtón y los constantes enfrentamientos por la apertura a golpes de la frontera norte. En esta región las etnias eran trashumantes y menos sedentarias, las fronteras fluidas, y los naturales, poco dispuestos al sometimiento. Aquí los protagonistas fueron las múltiples etnias y la Compañía de Jesús, así como la dilatada geografía donde se incursionó para explotar las minas de plata, abrir rutas de comercio y reducir a los naturales a una vida cristiana y civilizada.

La autora utiliza cartas llamadas “puntos de annua” que se enviaban, a través de una cadena jerárquica de mando, a los padres rectores, quienes añadían sus propias observaciones para luego enviarlas a los provinciales, quienes a su vez, las compilaban, editaban en un solo informe, traducían al latín y enviaban a la curia jesuita en Roma. Los textos, también mediadores conceptuales y transregionales, conjuntaron muchas voces recompuestas por una sola pluma que construyó la realidad y autoridad del informe. Por otra parte, entender cómo se construyó un solo texto por medio de la transmisión de información es un ejemplo de la administración

pulcra de la empresa colonizadora-civilizadora de los jesuitas.

En estas regiones habitaban los llamados “indios bárbaros”; aquí era tierra de nadie y las reglas de la guerra justa eran más que aplicables. Muchos se resistieron, muchas veces de manera violenta, a estas incursiones españolas y por esto se ganaron aún más el apelativo de bárbaros. En esas zonas, como indica la autora, “la labor del misionero no suponía sólo infundirles la doctrina, sino convencerlos de cambiar el arco y flecha por el arado y la vida sedentaria; su libertad por el trabajo y la lealtad a un invisible rey”.

La barbarie, como de costumbre, se atribuyó a la presencia del diablo, que se debía erradicar por medio de una evangelización efectiva y obligada. En este contexto, la adaptabilidad de los indios a las nuevas reglas fue más difícil y complicada y la resistencia abierta fue la norma. Aquí, el estereotipo del indio endemoniado permaneció y se exacerbó por las condiciones agrestes de las regiones y la condición indomable de los pueblos trashumantes. Después de siglos, la civilización debía imperar.

Así como se siguió una cadena de transmisión de información, también se construyó una cadena misional para conquistar, evangelizar y colonizar, que consistió en una serie de residencias, cuarteles y haciendas para la subsistencia y protección frente a lo salvaje. Las construcciones jesuitas eran misiones y a la vez fortalezas, instituciones políticas y económicas. Frente a la multietnicidad que incluyó coras, mayos, yaquis, zuaques o cochimies, los

jesuitas también fueron diversos en su origen: alemanes, bohemios, flamencos y españoles, y quizá por esto se consideraron a sí mismos particularmente aptos para incursionar en este tipo empresa.

Este ensayo resume el tono del libro, que advierte en contra de la generalización, en este caso de las experiencias y los conceptos en un territorio extenso con poblaciones tan disímiles como variables. La denominación de bárbaro buscó homogenizar a las etnias bajo un estereotipo para justificar la presencia de los jesuitas, soldados y colonos que los acompañaron en su empresa. La denuncia de la barbarie enalteció la dificultad y el éxito de la labor de la orden en tierras inhóspitas. Aún falta mucho por descubrir acerca de las relaciones entre los indios y los extraños que llegaron a invadir las tierras en el gran norte novohispano.

En este libro, el texto es el protagonista, pero también sus productores y sus receptores. Los textos y sus representaciones construyeron e hicieron perdurar en el tiempo conceptos, estereotipos que permanecieron y se interpretaron según los diversos contextos. El texto fue un conquistador, pero también un intermediario cultural; las diferentes narrativas relatan el cuento complejo de la humanidad en un contexto colonizador, contradictorio, uno de explotación y compasión, de adaptación e imposición, de apropiación y rechazo, de alabanzas y denuncias, de permanencias y transformaciones. La labor de la historia es descifrar, aunque suene contradictorio, las paradojas paradigmáticas de las narrativas en tierras indias.

Un estudio sobre el *Diálogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan, 1559*, de fray Maturino Gilberti

Rodrigo Martínez Baracs*

Moisés Franco Mendoza, *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti*, prólogo de Miguel León-Portilla, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2015, 458 pp.

El aporte fundamental de Moisés Franco Mendoza en su libro *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti* es haber destacado la importancia no sólo histórica y religiosa sino también literaria del *Diálogo de doctrina christiana en la lengua de Mechuacan* de fray Maturino Gilberti, gran monumento de la literatura en lengua michoacana, tarasca o purépecha. Sobresale por su excepcional extensión, 600

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Agradezco la invitación de los coordinadores del grupo Kwanis de Estudios del Pueblo Purépecha a participar en la presentación de *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza en la reunión del sábado 25 de marzo de 2017 en el Antiguo Colegio Jesuita de Pátzcuaro. Y agradezco de manera particular los consejos y el apoyo de J. Benedict Warren, Carlos Herrejón Peredo, Carlos Paredes Martínez, Frida Villavicencio Zarza, Jorge Traslosheros y el propio Moisés Franco Mendoza.

grandes páginas a doble columna, por la variedad de los textos devocionales incluidos, por la prolijidad de las explicaciones sobre cuestiones religiosas difíciles, y por la maestría en el manejo de la lengua michoacana, con todas sus sutilezas de sentido y belleza. El *Diálogo de doctrina christiana...* es una obra maestra de la lengua purépecha, que debe traducirse y estudiarse.

Otra cosa que Moisés Franco Mendoza expresa con fuerza es que el *Diálogo de doctrina christiana...* fue concebido por el propio Gilberti como la culminación de toda su obra, la que le da sentido al *Arte de la lengua de Michuacan* (la gramática) y al *Vocabulario en lengua de Mechuacan*, conformando la famosa “trilogía catequística: artes, vocabularios y doctrinas” de la que habló el lingüista Thomas C. Smith Stark (1948-2009).¹ Eso sí, al igual que fray Alonso de Molina (1513-1579), y a diferencia

¹ Thomas C. Smith Stark, “La trilogía catequística: artes, vocabularios y doctrinas en la Nueva España como instrumento de una política lingüística de normalización”, en Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (dirs.), *Historia sociolingüística de México*, México, El Colegio de México, 2010-2017, 4 vols., vol. I, pp. 451-482.

de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y de fray Jerónimo de Alcalá (ca. 1508-ca. 1545), Gilberti se mantuvo ajeno a la tentación de escribir sobre las antigüedades de los indios, ¿o, sí lo hizo y sus manuscritos se perdieron?

En el título mismo del libro, *Eráxamakua. La utopía de Maturino Gilberti*, está presente la peculiar traducción de la palabra “utopía” a la lengua michoacana que propone Moisés Franco: no tanto como u-topía, “lugar que no existe”, sino como “ver hacia delante y proyectarse hacia allá”. Así pues, Utopía-Eráxamakua podría acaso traducirse como: “lugar que todavía no existe”. Tomado en cuenta las generosas virtudes y graves peligros de toda utopía.

La utopía de Gilberti se centraba, escribe Moisés Franco, en “educar y en enseñar la doctrina en la lengua de Michoacán a los habitantes de la antigua *iréchequa* michoacana, siguiendo la tradición franciscana”. Se trata, pues, de un proyecto que fray Maturino compartía con varios otros compañeros de orden como fray Pedro de Gante (1480-1572), fray Alonso de Molina, fray Bernardino de Sahagún, fray Juan Baptista Viseo (1555-ca. 1609), en lengua mexi-

cana, y con frailes como fray Benito Fernández en dos variedades de la lengua mixteca, entre muchos otros, franciscanos, y dominicos y agustinos.² Este proyecto de evangelización educativa realizada por los frailes ciertamente fue exitoso, como bien lo mostraron Joaquín García Icazbalceta (1825-1894),³ Robert Ricard (1900-1984)⁴ y George Kubler (1912-1996),⁵ entre otros, aunque la modalidad de

² Georges Baudot (1935-2002) identificó una utopía franciscana, semejante y diferente de la utopía quiroguiana, en *Utopie et histoire au Mexique. Les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, Toulouse, Privat, 1977; Vicente González Loscertales (trad.), *Utopía e historia en México*, con prefacio a la edición en lengua española, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

³ De Joaquín García Icazbalceta deben citarse sus grandes ediciones y estudios: la *Colección de documentos para la historia de México* (1858, 1866), la *Historia eclesiástica indiana* de Mendieta (1870), su *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México* (1881), su *Carta sobre el origen del culto a Nuestra Señora de Guadalupe* (escrita en 1883), su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886), su *Nueva colección de documentos para la historia de México* (1886-1892), y su "Estudio histórico" (1894), entre otros.

⁴ Robert Ricard, *La «conquête spirituelle» du Mexique*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1933; Ángel María Garibay K. (trad.), *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Jus / Polis, 1947; *cfr.* la traducción de Ángel María Garibay K., revisada por Andrea Huerta, en México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1986.

⁵ George Kubler, *Mexican architecture of the sixteenth century*, New Haven, Yale University Press, 1948, 2 vols., Roberto de la Torre *et al.* (trads.), *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (1948), México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1982.

cristianismo que se impuso en México no fue la de los frailes (rígido monoteísmo cristocéntrico, adverso al culto a las imágenes), sino la de clero secular, representado por el arzobispo fray Alonso de Montúfar (*ca.* 1489-1572) y el obispo don Vasco de Quiroga, muy en consonancia con lo que se discutía y decidía en el Concilio de Trento (1545-1563).⁶

Pero no cabe duda de la grandeza, la ambición desmedida, del proyecto cristianizador de fray Maturino Gilberti en su descomunal *Diálogo de doctrina christiana...*, que rebasó en mucho todos los esfuerzos de sus contemporáneos. Es una suerte de utopía bibliográfica, extrañamente relacionada con la utopía arquitectónica de la gran catedral de cinco naves en forma de mano abierta⁷ que Vasco de Quiroga nunca pudo acabar de construir en su ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Ahora vemos que el *Diálogo de doctrina christiana...* es una catedral de papel y tinta. Tal vez parte de la inquina del obispo Quiroga contra la obra de Gilberti se deba a la envidia de que su catedral, iniciada en 1538, no la podía concluir debido a la oposición de los franciscanos (encabezados entre otros por Gilberti), de los indios de los pueblos de la provincia de Mechucan y del virrey Velasco (1550 a 1564), que viajó a Michoacán y visitó Pátzcuaro en 1555-1556. Y la *Doctrina christiana* en español,

⁶ Edmundo O'Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, IHH-UNAM, 1986.

⁷ La expresión es del padre Francisco Miranda Godínez.

publicada por el obispo Quiroga en 1553, no tuvo el impacto de la *Doctrina christiana en lengua de Mechuacan* de Gilberti, la pérdida de 1553, ni la ambición desmedida de su *Diálogo de doctrina christiana...*, que los frailes y los purépechas letrados podrían leer y explicar a la grey cristiana de los pueblos michoacanos.

El libro *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza está dividido en cuatro capítulos, en todos los cuales extracta y traduce importantes fragmentos del *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti, que son un tesoro. Las traducciones de Moisés Franco son buenas y sensibles a los giros expresivos de la lengua purépecha, de tal modo que se puede captar en lo vivo los recursos a los que recurrió Gilberti para expresar en ese lenguaje los elementos fundamentales de la religión católica. Agrego que estas versiones bilingües y en ocasiones trilingües (en lengua latina, michoacana y castellana) son muy didácticas para el estudio de la lengua michoacana y para entender los dilemas y retos a los que se enfrentó Gilberti en sus traducciones. Recomiendo comenzar estudiando las versiones en latín, purépecha y español del credo y del padrenuestro (pp. 114-118).

Siguiendo la práctica establecida en su edición de la *Relación de Michoacán*,⁸ Moisés Franco Mendoza en *Eráxamakua* nos indica la

⁸ Fray Jerónimo de Alcalá, *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan*, Moisés Franco Mendoza, coordinador de edición y estudios, Zamora, Morelia, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.

ubicación del acento tónico de las palabras purépechas, paso muy útil porque en lengua michoacana el acento tónico puede caer en la primera o más frecuentemente en la segunda sílaba de las palabras. Franco Mendoza también da en algunos casos la ubicación de un acento secundario, con el curioso efecto de palabras con dos acentos tónicos, como *túcupácha*, “entidad divina”. Menciono el mantenimiento innecesario de algunas “q”, en palabras como *iréchequa*, “reino”, que se puede muy bien escribir con “c”, *iréhecua*; y el mantenimiento de algunas “k”, como en *Eráxamakua*, que se puede muy bien escribir también con “c”, *Eráxamacua*. Y la introducción de algunos apóstrofes y “h”, como en *p’urhépecha*, que no tienen una clara correspondencia en español (confieso que yo hasta la fecha, en veinte años de existencia, todavía no aprendo a escribir Kw’anískuiyarhani sin equivocarme).

El primer capítulo de *Eráxamakua* trata de la “Religión prehispánica de los p’urhépecha”, con base sobre todo en la *Relación de Michoacán*, concluida en 1541 por el franciscano fray Jerónimo de Alcalá, y le saca buen jugo al anónimo *Diccionario grande* publicado por J. Benedict Warren. Son escasos los datos sobre la religión prehispánica que se filtraron en el *Vocabulario* o en el *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti, pero Moisés Franco utiliza términos tomados de estas obras para precisar conceptos de la lengua michoacana.

Algunos puntos se prestan a duda, como cuando Moisés Franco destaca la creencia prehispánica

en un Dios supremo, por encima de la pluralidad politeísta de dioses y diosas que aparecen en la *Relación de Michoacán* (p. 83). Esto puede admitirse como una cuestión de principio general de la historia de las religiones (todas las religiones politeístas admiten un dios supremo, y todas las religiones monoteístas admiten deidades menores),⁹ pero no se puede documentar adecuadamente en las fuentes michoacanas, y la evidencia de la antropología contemporánea no es prueba suficiente de una creencia prehispánica.

Lo mismo puede decirse del argumento de Moisés Franco de que la diosa Cueráuaperi, “engendradora”, “puede ser masculina o femenina”, aun cuando todas las menciones de la *Relación de Michoacán* se refieren a ella como una diosa.

El segundo capítulo trata de “La Utopía de Maturino Gilberti”, que es un análisis de los temas tratados en su extenso *Diálogo de doctrina christiana...* Llama la atención que, después de exponer los “rudimentos de la fe”, toda la doctrina cristiana está expuesta usando como “entramado estructural” las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad. Este procedimiento nunca antes había sido visto como me lo señaló Ascensión Hernández de León-Portilla.

La fe, digamos que la ontología cristiana, la expone Gilberti a través del credo, que incluye, entre otros temas, la Encarnación y la Trinidad. La esperanza, lo que

⁹ Yuval Noah Harari, *Sapiens. A Short History of Mankind*, Nueva York, Harper Collins, 2014.

puede pedir y esperar un cristiano, se expone a través del padrenuestro. Y la caridad, que es como la ética cristiana, se expone a través de los Diez Mandamientos, y es el tratado más prolijo, por los temas que abarca. Siguen unos tratados más breves sobre las edades del mundo, las epístolas y los evangelios de los sermones de todos los domingos, de las tribulaciones y sus provechos (los de Jesucristo, y san Eustaquio y san Alexo) y sobre el ministerio de los ángeles.

Destaca el problema, señalado, como vimos, por Joaquín García Icazbalceta, de la traducción de textos bíblicos, porque la religión católica prohibía trasladar textos de la Biblia a lenguas vernáculas. Sólo la Vulgata, la traducción de la Biblia al latín de San Jerónimo (347-420) se podía leer. En 1522, el hasta entonces fraile agustino alemán fray Martín Lutero (1483-1546), al tiempo que fundó la Reforma Protestante y aseguró que la única autoridad no es el papa sino la palabra de Dios expresada en la Biblia, publicó su traducción al alemán del Nuevo Testamento, directo del original en griego, y en una lengua entendible por los alemanes del sur y los del norte. Y, con un equipo de colaboradores, publicó en 1534 la traducción del Antiguo Testamento, a partir del original hebreo. Siguió su ejemplo el inglés William Tyndale (1495-1536), quien en 1526 tradujo al inglés el Nuevo Testamento a partir del original griego, y después, ya en la cárcel, los primeros catorce libros del Antiguo Testamento a partir del original hebreo, y murió en la hoguera por ello. Y la primera traducción completa de la

Biblia al español, a partir de los originales hebreo y griego, la publicó en 1569, en Basilea, Suiza, fray Casiodoro de Reina (ca. 1520-1594), fraile jerónimo convertido al protestantismo. Es curioso que la traducción de textos bíblicos en el *Diálogo de doctrina christiana...* no se le echase en cara a fray Maturino Gilberti.

El tercer capítulo está dedicado a “Gilberti y los recursos de la lengua p’urhépecha”, en el que lo trata “ya no como predicador, doctrinero o evangelizador, sino como escritor”. El juicio del purépecha Franco Mendoza es muy favorable a Gilberti:

El personaje parece deambular en momentos, trotar y correr en otros, saltar y solazarse también, por el vasto camino de la lengua de Michoacán. En el *Diálogo* va sembrando expresiones que escoge y toma de los propios recursos que proporciona la lengua, cual granero de fecundas e inagotables semillas.

Y, como dije, la selección de transcripciones y sus traducciones es muy atinada, enriquecedora y didáctica, y nos antoja más a tener la traducción completa.

El cuarto y último capítulo de *Eráxamakua*, que es todo un libro en sí mismo, se refiere al juicio eclesiástico que el obispo Vasco de Quiroga promovió ante el arzobispo fray Alonso de Montúfar contra varias proposiciones “malsonantes” supuestamente contenidas en el *Diálogo de doctrina christiana...*, y que, si acaso no impidió totalmente su circula-

ción, sí la restringió o *clandestinizó* considerablemente. Destaca el valor de la transcripción y la traducción de los textos originales incriminados realizada por Franco Mendoza, y sus comentarios sobre varios de los términos utilizados por Gilberti y las dos traducciones de los mismos fragmentos que realizaron los padres Diego de Villoria y Francisco Hernández, por un lado, y los padres Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, ambos a petición del bachiller Jerónimo Rodríguez, canónigo provisor y vicario general del obispado de Michoacán. Moisés Franco refiere que no se sabe cómo se escogió el fragmento incriminado y por qué se mandó traducir dos veces, acaso una de ellas a petición del propio Gilberti (p. 311).

Casi siempre Moisés Franco Mendoza sale en defensa del *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti por la injusticia de las acusaciones que se le hacen, y por lo general tiene razón: como lo vio desde el comienzo don Joaquín García Icazbalceta, nada contrario a la fe podía salir de la pluma de un sabio como fray Maturino Gilberti. Su explicación de la Santísima Trinidad en lengua michoacana es particularmente afortunada, haciendo uso de la metáfora de la relación entre Dios Padre y Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, semejante a un lago y los ríos que de él salen, con la misma agua, y al sol y a sus rayos, con el mismo fulgor. Obviamente, como veremos más adelante, el ataque del obispo Quiroga contra fray Maturino tenía razones más políticas y económicas que teológicas.

Autoría compartida

Un matiz, pero un matiz importante, debe hacerse respecto de la caracterización que hace Moisés Franco Mendoza del *Diálogo de doctrina christiana...*, de fray Maturino Gilberti, que es el de su autoría. Moisés Franco siempre restringe sólo al fraile su autoría, con un conocimiento excelente de todos los matices y recursos de la lengua michoacana. Sin embargo, todo indica que fray Maturino no trabajó solo, sino que lo hizo encabezando un grupo de trabajo multidisciplinario con purépechas formados en el convento franciscano de Tzintzuntzan y otros, que participaron en la escritura, la impresión y hasta la encuadernación de sus libros en lengua michoacana. Es notable que, en tan poco tiempo, escasos dos años, 1558 y 1559, fray Maturino Gilberti haya logrado imprimir cinco libros (el *Arte...*, el *Thesoro spiritual en lengua de Mechuacán*, el *Diálogo...*, el *Vocabulario...* y la *Grammatica Maturini*), dos de ellos muy extensos (el *Diálogo...* y el *Vocabulario...*), todos ellos muy complejos por las dificultades de la lengua michoacana, “lengua desconocida para los cajistas” españoles, como lo expresó García Icazbalceta. Por ello puede decirse que la excepcional realización tipográfica fue posible gracias a que Gilberti llegó con todas las obras ya listas, con la ayuda de indios michoacanos, y acompañado por indios michoacanos preparados para los trabajos de la imprenta (tal vez Gilberti los mandó como aprendices desde

antes), entre ellos el de cajistas. Así como rutinariamente se habla de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores nahuas, también así se debe hablar de todos los frailes y sus colaboradores nahuas (escribió sobre ellos fray Juan Baptista Viseo)¹⁰ y de otras lenguas, y en particular del caso de fray Maturino Gilberti, tanto en la elaboración de sus obras, como en su impresión.¹¹

De modo que la riqueza, la maestría, la sutileza en el manejo de la lengua michoacana que Franco Mendoza destaca en el *Diálogo de doctrina christiana...* no son mérito sólo de fray Maturino Gilberti, sino también de sus colaboradores purépechas, semejantes a los del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Uno de los colaboradores principales de Gilberti debió ser nada menos que don Antonio Huitzímengari (¿?-1562), segundo hijo del Cazonci Tangáxoan Tzintzicha (¿?-1530) y gobernador de la ciudad y provincia de Mechuacan

¹⁰ Véase de fray Juan Baptista [Viseo], OFM, el prólogo a su [...] *Sermonario en lengua mexicana*, México. Primera parte, Diego López Dávalos, 1606, disponible en internet. Y en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI* [México, Librería de Andrade y Morales, Sucesores, Portal de Agustinos núm. 3], 1886; [México, FCE], segunda edición, 1954, pp. 474-478.

¹¹ Rodrigo Martínez Baracs, "El *Vocabulario en lengua de Mechuacan* (1559) de fray Maturino Gilberti como fuente de información histórica", en Carlos Paredes Martínez (coord.), *Lengua y etnohistoria purépecha. Homenaje a J. Benedict Warren*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas / CIESAS, 1997, pp. 67-162. Reed. facs., Morelia, s.p.i., s.f.

entre 1545 y 1562. Sabemos que don Antonio Huitzímengari fue educado con esmero por los franciscanos, por el propio virrey don Antonio de Mendoza (1490/1493-1552) y por el agustino fray Alonso de la Veracruz (1507-1584), que sabía latín y griego y algo de hebreo, para, como buen humanista, leer las versiones originales del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*, poseer un saber enciclopédico, colaborar tanto con Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575) en una "Relación sobre la provincia de Mechuacan", lamentablemente desaparecida, como con fray Maturino Gilberti en sus obras michoacanas. Este último y sus colaboradores michoacanos emprendieron juntos el trabajo de *purepechización* del cristianismo.

Debe advertirse que al consolidarse la relación de Gilberti y don Antonio Huitzímengari, se deterioró la relación de ambos con el obispo Quiroga, con el que el primero andaba ya en pleito en la ciudad de Pátzcuaro, como se puede apreciar por varias menciones del *Arte de la lengua de Michuacan* de Gilberti, de 1558. Después de que el gobernador previo, don Pedro Cuínierangari, apoyara a Vasco de Quiroga en 1538 cuando decidió y negoció la traslación de la sede capital de la ciudad de Mechuacan de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, ahora el gobernador don Antonio Huitzímengari se inclinaba hacia el bando tzintzuntzanista.

En mucho se parece la figura del michoacano don Antonio Huítzimengari a la del nahua don Antonio Valeriano (1531-1605), de la parcialidad mexicana de Azcapotzalco, que fue gobernador indio de la

parcialidad de Tenochtitlan de la Ciudad de Mexico, que también era gran latinista, y que fue uno de los principales colaboradores de fray Bernardino de Sahagún en su obra etnográfica (*Códices matritenses*, *Códice florentino*) y evangelizadora (*Colloquios*, *Exercicio quotidiano*, *Psalmodia christiana*). Y es probable que Valeriano sea el autor o uno de los autores del texto náhuatl conocido como *Nican mopohua* ("Aquí se cuenta") sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac. ¡Cómo quisiéramos conocer los escritos de don Antonio Huítzimengari!

El conflicto con el obispo Quiroga

Según Moisés Franco Mendoza, un motivo prominente del ataque del obispo Vasco de Quiroga contra fray Maturino Gilberti fue por un conflicto de autoridad: que Gilberti pidió la autorización al arzobispo de México fray Alonso de Montúfar para su *Diálogo de doctrina christiana...*, y sus demás libros michoacanos,¹² pero no la del obispo Quiroga,

¹² Y las autorizaciones del virrey don Luis de Velasco (¿?-1564) y del provincial franciscano fray Francisco de Toral (1500/1501-1571), que obtuvo los pareceres del franciscano fray Jacobo Daciano (ca. 1484-1566), príncipe de Dinamarca, y del sabio agustino fray Alonso de la Veracruz (1507-1584). Menciono que fray Francisco de Toral sería designado el año siguiente de 1560 obispo de Yucatán, donde examinó a partir de su llegada, en 1562, el proceso inquisitorial del obispo fray Diego de Landa contra los indios de Maní, que condujo al auto de fe del 12 de julio de 1562, en el que fueron quemadas imágenes y objetos sagrados

quien sentía que el arzobispo se había metido en su jurisdicción al autorizar estos libros escritos en lengua purépecha y en Michoacán, aunque publicados en la Ciudad de México. Pero, argumenta Moisés Franco: como el obispo Quiroga no se quería meter en un pleito con el poderoso arzobispo de México, prefirió hacerlo a través del fraile Gilberti, forzando al arzobispo de encargarse de la acusación a Gilberti por sus errores.

No creo que la supuesta rivalidad del obispo Quiroga y el arzobispo Montúfar haya tenido que ver con el ataque de Quiroga contra Gilberti, que debe más bien enmarcarse en el conflicto de la segunda mitad del siglo XVI entre el clero secular (la Iglesia formal encabezada por el arzobispo de México y los obispos de los obisposados novohispanos) y el clero regular (las semiautónomas órdenes religiosas de franciscanos, dominicos y agustinos), y en este conflicto el arzobispo Montúfar y el obispo Quiroga no eran enemigos sino aliados. Al pedir la intervención de Montúfar en 1559, Quiroga buscaba defender y fortalecer su posición para fastidiar mejor a Gilberti.

Es cierto que el obispo Quiroga no puso su autorización al frente del *Diálogo de doctrina christiana...*, como no la puso, por lo demás, en ninguna de las otras obras de fray Maturino, y no por ello las incriminó. De modo que no puede ser ésta la explicación de su ataque contra esa obra de Gilberti.

y códices, que indignó al obispo Toral, que creía en la evangelización pacífica.

Tampoco fue una causa decisiva el hecho, mencionado por Franco Mendoza, de que el *Diálogo de doctrina christiana...* fuera una doctrina escrita sólo en lengua indígena, porque otros misioneros, como los franciscanos fray Pedro de Gante y fray Alonso de Molina, también lo hicieron, en lengua náhuatl, y el dominico fray Benito Fernández en mixteco, entre varios otros misioneros lingüistas, y no fueron perseguidos por el tribunal eclesiástico ordinario o por la Inquisición.

Sorprende, por cierto, que ni Quiroga ni Montúfar repararan en un hecho claramente irregular: la autorización del arzobispo Montúfar del 10 de agosto de 1558 de publicar las obras de Gilberti, tal como aparece al frente del *Arte...* y del *Thesoro...*, ambos de 1558, menciona “una arte y vocabulario y devocionario”, y sólo en la misma autorización que aparece al frente del *Diálogo de doctrina christiana...*, de 1559, se agrega: “una arte y vocabulario y devocionario y Diálogo de doctrina christiana”. Y esto, sin que cambie la fecha de la licencia del arzobispo Montúfar. Es curioso que Gilberti no haya tenido que dar cuentas sobre esta interpolación.

El virulento ataque de Quiroga contra Gilberti forma parte del viejo conflicto del obispo contra los frailes franciscanos. En primer lugar, el “pleito grande” de Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, con fray Juan de Zumárraga, obispo de México, por los límites de ambos obisposados y por los diezmos michoacanos cobrados entre 1536 y 1538 por el obispado de México. Enseguida, el obispo Quiroga se enfrentó a los

franciscanos de Mechuacan, reacios de subordinarse a su autoridad, y opuestos a su decisión de trasladar la cabecera de la ciudad de Mechuacan, de Tzintzuntzan a Pátzcuaro. Y en 1541, los franciscanos apoyaron al virrey don Antonio de Mendoza y a los encomenderos de Michoacán en su fundación de una nueva “ciudad de Mechuacan” en el valle de Guayángareo, adonde se fue el cabildo español de la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Tampoco dejaron los franciscanos de apoyar a la antigua capital y ahora “pueblo” de Tzintzuntzan por recuperar el título de ciudad. Y, lo que es peor, los franciscanos apoyaron a Juan Infante, el encomendero fraudulento que despojó a la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro, sede del obispado, de varios de los pueblos de la ribera norte y occidental del lago de Pátzcuaro, los “Barrios de la Laguna”, llamados “Pueblos de la Laguna” por Infante, para subrayar su autonomía. Y Juan Infante apoyó a los franciscanos a construir varios monasterios, entre ellos el de la nueva ciudad de Mechuacan en Guayángareo.

En 1554 llegó a México fray Alonso de Montúfar, segundo arzobispo de México, en la misma flota que Vasco de Quiroga, quien regresaba a su obispado de Mechuacan, después de su viaje a España de 1548 a 1554, donde obtuvo del rey y del papa el apoyo que necesitaba para sus proyectos. El arzobispo de México y el obispo de Michoacán organizaron el Primer Concilio Eclesiástico Mexicano, para dar cuerpo a la Iglesia mexicana, y actuaron juntos para subor-

dinar a las semiautónomas órdenes mendicantes. Otro punto del conflicto fue la determinación del arzobispo Montúfar y el obispo Quiroga de imponer el diezmo eclesiástico a los indios, con el fin de obtener recursos para fortalecer el clero secular en la Nueva España, a lo cual los franciscanos y agustinos se opusieron con decisión. No se les podía cobrar diezmo a los indios, alegaban, porque a ellos ya se les cobraba un pesado tributo, que cubría los gastos de su doctrina, y además eran cristianos nuevos, a los que no convenía cobrar los costos de la evangelización que se les imponía.

En Michoacán hubo aparatosos y aun violentos conflictos, como el del obispo Quiroga contra los frailes agustinos por la parroquia del pueblo michoacano de Tlazazalca (1558-1562), y contra los franciscanos por la pila bautismal de Pátzcuaro. Y los franciscanos no dejaron de oponerse a la desmedida catedral que planeaba construir el obispo Quiroga en Pátzcuaro, que era una carga desmedida, en trabajo, piedra y madera, para los pueblos de indios.¹³

En el caso particular de Gilberti y de Quiroga, su conflicto se documenta en un testimonio del primero recién aparecido, el pri-

¹³ “Memoria del padre Gilberti al Rey”, 4 de febrero de 1563 (AGN, Inquisición, vol. 43, núm. 6), en Francisco Fernández del Castillo, *Libros y librerías en el siglo XVI*, México, FCE / AGN, 1982, pp. 3-37; y en J. Benedict Warren, *Estudios sobre el Michoacán colonial. Los lingüistas y la lengua*, presentación por Gerardo Sánchez Díaz, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007, pp. 97-100.

mero conocido, de 1554, cuando Gilberti era guardián del monasterio de Eróngaricuaro, importante cabecera de los Barrios de la Laguna apropiado por Juan Infante, y declaró a favor de éste en el pleito que intentó contra Quiroga, en una última y vana intenciona por evitar la pérdida de los Barrios de la Laguna y su restitución a la ciudad de Mechuacan.¹⁴ Por este testimonio nos enteramos de que desde su llegada a Michoacán en 1543, fray Maturino visitó todos los pueblos de la Laguna, de la Sierra y Comanja, de la gran encomienda fraudulenta de Juan Infante, lo conoció personalmente a él y a su esposa e hijos e hija, y participó en la fundación del monasterio franciscano de Eróngaricuaro, del cual fue guardián. En el mismo pleito también se registra que en 1550 se llevó a cabo un capítulo de los franciscanos en el pueblo michoacano de Tarécuato, con la participación del provincial fray Francisco de Bustamante, durante el cual se discutió la validez de su alianza con el encomendero Juan Infante y se decidió la fundación del monasterio de Eróngaricuaro.

En la probanza que levantó, en 1554, Juan Infante sobre sus pueblos de la Laguna, declararon varios otros franciscanos, todos ellos partidarios, beneficiarios y cola-

¹⁴ Archivo General de Indias (AGI), Justicia, leg. 203, núm. 2, “Juan Infante, vecino de México, contra el obispo de Mechoacan y el fiscal de Su Majestad sobre los pueblos de la Laguna que le estaban encomendados”. Transcripción coordinada por Armando Mauricio Escobar Olmedo, que me fue amablemente proporcionada por Carlos Herrejón Peredo.

boradores suyos (fray Antonio de Beteta, fray Martín de Villegas, fray Francisco Sámano, fray Juan de Molina, fray Alonso de Zufre, fray Pedro de las Garrovillas, fray Alonso de Villanueva, entre otros). El encomendero Infante se esforzó por dejar constancia de que trató bien a sus indios encomendados y a los frailes franciscanos, a los que apoyó en el mantenimiento y en la construcción de sus monasterios, particularmente la que se realizaba en la “nueva ciudad de Mechuacan” de Guayángareo.

De modo que fray Maturino Gilberti era amigo, colaborador y partidario del encomendero Juan Infante, el peor de los enemigos del obispo Quiroga, y uno de los villanos de la historia mexicana en el siglo XVI. Y llama la atención que el cuestionario de Juan Infante destaque sus verdaderas o supuestas virtudes hospitalarias, y que los indios lo llamaran “padre” y a su esposa doña Catalina de Samaniego la llamaran “madre”. De modo que hasta el título de *tata* se lo disputó Juan Infante a Vasco de Quiroga. Su ataque a fray Maturino Gilberti en 1559 por el *Diálogo de doctrina christiana...* forma, pues, parte de un conflicto antiguo y acerbo. Las acusaciones de doctrinas y palabras “malsonantes” parecen un mero pretexto para enfrentar diferencias fuertes de naturaleza política y económica.

Y el obispo Quiroga debió de aprovechar y azuzar “algunas envidias de clérigos del obispado de Mechoacan” (mencionadas por los inquisidores mexicanos en una carta del 22 de diciembre de 1576 al Consejo de la Real Inquisición

en Sevilla).¹⁵ Es probable que estos clérigos envidiosos de fray Maturino sean los bien conocidos padres Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, colaboradores cercanos del obispo Quiroga.

El pretexto ideal lo daba la posible cercanía de Gilberti con ideas protestantes, en un libro enteramente escrito en una lengua indígena, como en lo relativo a la cuestión de la Trinidad, de las buenas obras y la Gracia, del culto a las imágenes, y de la lectura directa de la Biblia. Y es por esto, tal vez, que Gilberti declaraba que había nacido en Toulouse, y no menciona a Poitiers, que era un centro de irradiación protestante, como vimos que lo observó J. Benedict Warren.¹⁶

Mientras tanto, en la Ciudad de México el conflicto entre los franciscanos y el arzobispo Montúfar subió a alturas dramáticas en 1556, cuando el provincial franciscano fray Francisco de Bustamante pronunció un sermón en el cual criticó severamente el apoyo que el arzobispo fray Alonso de Montúfar daba al naciente culto a una imagen de la Virgen que llamaban de Guadalupe, y fue pintada por Marcos, un prestigioso artista indio.

De Eróngaricuaru, Gilberti pasó en 1555 al convento de Pátzcuaro, donde en 1556 entró nuevamente en conflicto con Vasco de Quiroga en defensa de Tzintzuntzan, reducida a la categoría de pueblo su-

jeto a la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Y, acaso para alejarse físicamente del obispo Quiroga, en 1557, Gilberti, junto con su equipo de colaboradores michoacanos, pasó al convento de San Francisco de la Ciudad de México, para impedir en 1558 y 1559 sus grandes libros, y donde sus hermanos franciscanos le contaron todos los pormenores del conflicto de esta orden contra el arzobispo Montúfar por su apoyo a la Virgen de Guadalupe. Era antigua la relación de Gilberti con el provincial franciscano fray Francisco de Bustamante, quien intervino en 1550, en el capítulo de Tarécuato, en la fundación del monasterio de Eróngaricuaru, del que Gilberti fue guardián.

Uno de los argumentos importantes del provincial Bustamante y los franciscanos contra el culto guadalupano en 1556, fue que no se debía adorar a las imágenes en sí mismas, aunque sean de la Virgen o los santos, sino por lo que representan en el cielo, esto es Dios, Jesucristo. Ahora bien, el historiador Francisco de la Maza (1913-1972) advirtió que este mismo argumento fue explicado en lengua de Mechuacan por fray Maturino Gilberti en su *Diálogo de doctrina christiana...*, y es precisamente una de las supuestas expresiones “malsonantes” detectadas por los padres Gordillo Negrón y De la Cerda, por las que lo acusó el obispo Quiroga. El paralelismo de ambos conflictos lleva a pensar que, tal vez, así como el conflicto mexicano estalló con la crítica del franciscano Bustamante al arzobispo Montúfar por su

apoyo a la Virgen de Guadalupe, el debate michoacano estalló con la crítica del franciscano Gilberti al obispo Quiroga por su apoyo a la Virgen de la Salud, de la ciudad de Mechuacan en Pátzcuaro. Ambos conflictos religiosos, debe entenderse, se ubican en el contexto más amplio del conflicto político y económico novohispano entre el clero secular de los padres y el clero regular de los frailes. El ataque contra la Virgen de la Salud debió exacerbar el enojo del obispo Quiroga, quien mandó a sus sacerdotes traductores, Francisco de la Cerda y Diego Pérez Gordillo Negrón, a examinar las proposiciones sospechosas de protestantismo que pudiera contener el *Diálogo de doctrina christiana...*, enteramente escrito en lengua de Mechuacan, precisamente sobre el culto a las imágenes, las buenas obras y la Trinidad.

Todavía no podemos estar seguros de nada, y acaso algo aparezca conforme se siga traduciendo el *Diálogo de doctrina christiana...* de Gilberti. Mientras tanto, el gran libro *Eráxamakua* de Moisés Franco Mendoza se erige como una puerta de entrada privilegiada para comenzar a adentrarnos en el rico mundo religioso cristiano de fray Maturino Gilberti y en su magistral expresión en lengua michoacana, su *Diálogo doctrina christiana en la lengua de Mechuacan*, que es obra también de sus colaboradores michoacanos, que es necesario continuar traduciendo y estudiando porque es patrimonio cultural de Michoacán y de la Humanidad.

¹⁵ AGN, Inquisición, vol. 43, en Francisco Fernández del Castillo, *op. cit.*, p. 36.

¹⁶ J. Benedict Warren, “Fray Maturino Gilberti y sus obras”, en *op. cit.*, p. 20.

Calaveradas y erudición

Miguel Soto*

Rodrigo Martínez Baracs y Emma Rivas Mata, *Entre sabios. Joaquín García Icazbalceta y Henry Harri-
sse, epistolario, 1865-1878*, edición bilingüe anotada, México, INAH, 2016, 404 pp.

La edición que prepararon Rodrigo Martínez Baracs y Emma Rivas Mata de esta correspondencia representa un motivo digno de festejo, pues reúne múltiples virtudes de las que destacaremos aquí algunas.

En primer lugar, representa una pieza clave del extenso mosaico en que consistió la abundante correspondencia de Joaquín García Icazbalceta, de la cual ya van varios avances publicados, de la que los propios editores ofrecen añadir otros más. En efecto, en primer lugar estuvo la correspondencia de don Joaquín con Adolfo Bandelier, que publicaran Leslie White e Ignacio Bernal; posteriormente, el mismo Bernal dio a la luz la del famoso bibliógrafo e

historiador con Nicolás León, que contó con el aval de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); más adelante, la que Emma Rivas editara de García Icazbalceta con Manuel Remón Zarco del Valle (con el título *Entretenimientos literarios*); después apareció la edición que Rivas compartió con Edgar Gutiérrez sobre el intercambio epistolar de García Icazbalceta con José Fernando Ramírez —que fue la que más nos había interesado—; al poco tiempo nos ofrecieron sus *Cartas de las haciendas*, dirigidas a su hijo Luis García Pimentel, y ahora Rodrigo Martínez y Emma Rivas publican la correspondencia que sostuvo con Henry Harri-
sse. O sea, que a don Joaquín le gustaba escribir cartas de todo tipo.

La publicación que nos ocupa se refiere al intenso intercambio epistolar que sostuvieron el historiógrafo mexicano y Henry Harri-
sse, académico francoestadounidense, con motivo de la obra que el segundo preparaba, *Bibliotheca Americana Vetustissima*, sobre todas las publicaciones relativas al Nuevo Mundo, entre 1492 y 1551. Esta edición bilingüe, en francés y español, de las misivas que nos presentan Martínez

Baracs y Rivas Mata, incluye además una generosa introducción de casi mil notas aclaratorias, algunas de las cuales alcanzan hasta una página con letra minúscula; en realidad estamos frente a dos libros, el de la correspondencia y el de sus explicaciones complementarias. Por cierto, que el formato escogido para la presentación de la correspondencia, en un texto de tamaño carta con las notas al pie, resulta un acierto, pues, aunque en ocasiones las explicaciones son mayores al contenido mismo de las cartas, resultan un complemento muy adecuado; es evidente que los editores se contagiaron del afán erudito de los autores, pues sus notas destilan oficio y un amplio conocimiento.

En su oportunidad les comenté a mis alumnos de Historiografía que este libro fue una puesta a punto del curso, pues como ninguna de las compilaciones epistolares previas de García Icazbalceta me hizo consciente de lo que está más allá de las fichas técnicas intercambiadas con Nicolás León o con José Fernando Ramírez. El lector puede apreciar en él la trascendencia, por ejemplo, de la publicación temprana de las primeras *Décadas del Nuevo Mun-*

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

do de Pedro Mártir de Anglería, a partir de 1511, antes de la compilación de las mismas, que él concluyó en 1526 y que se publicó cuatro años después. O bien, las diferencias y matices entre los catecismos en lengua mixteca según las distintas regiones (de Tlaxiaco y Chietla, por un lado, y el de Teposcolula, por otro), lo cual muestra la sutileza que desarrollaron los frailes en sus esfuerzos de evangelización, mismos que resultan sorprendentes para quienes acababan de aprender esa lengua extraña.

Otros aspectos novedosos que afloran de esta edición son, por ejemplo, saber que hubo traducciones tempranas al francés y al flamenco de las *Cartas de relación* de Cortés, en 1523; que un académico, Simon Grynaeus, amigo de Lutero y de Calvino, estuviera especialmente interesado en el Nuevo Mundo, es decir, que la curiosidad sobre los hallazgos recientes no fue privativa de los católicos; o bien, la existencia de cartas de un embajador veneciano interesado en las andanzas de Cortés, lo cual permite entender, por ejemplo, la decisión de la Corte hispana de premiar al extremeño —como había hecho con el otro gran capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, en Italia— con un inmenso patrimonio, pero no con el mando de la región conquistada.

En fin, el intercambio epistolar y las notas aclaratorias de esta edición otorga a la revisión de todas esas fuentes una perspectiva distinta; cosa que agradezco profundamente a los colegas que la prepararon. Ciertamente, ahora entiendo mejor la devoción que el

maestro De la Torre Villar llegó a tener por estos destacados bibliógrafos e historiadores del siglo XIX.

Ahora bien, en otras cosas, un aspecto que los editores hubieran podido amarrar es la relación profesional que García Icazbalceta desarrolló con los académicos franceses durante la Intervención, pues se cita una reseña que hizo Joseph Marius Alexis Aubin sobre el primer tomo de su *Colección de documentos para la historia de México* (1858), pero sólo se dice de ella que se expresaba “fríamente”. Ésta es una cuestión decisiva, pues otros académicos como José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra se quejaron agriamente de los estudiosos franceses, quienes veían sus afanes “con desdén”. Así, para valorar con ecuanimidad una relación complicada, hubiera convenido proporcionarle más elementos al lector, pues tuvieron los materiales a mano y, desde luego, el manejo de la lengua.

En cambio, un aspecto que resulta revelador es que, a pesar del juicio de los editores sobre la participación de García Icazbalceta en el Imperio de Maximiliano como “discreta”, lo que aflora aquí es que el monarca le encargó la publicación de artículos periodísticos sobre la historia nacional, a fin de “ilustrar” a la sociedad en su conjunto. O sea que, en realidad, el estudioso aparece aquí como “el historiador de la Corte”.

Un aspecto de la relación de estos académicos que raya en la comicidad es que desde la primera comunicación que HARRISSE le envió a García Icazbalceta, incluyó un modelo o formato sobre el

registro que se proponía hacer de cada fuente en su *Bibliotheca...*, como destacan los editores. En una segunda misiva, el estudioso francoestadounidense volvió a mandar el modelo, pero ¡con datos distintos! Lo cual, inevitablemente trae a la mente los cambios continuos del *Chicago Manual of Style* para el registro “oficial” de notas y referencias bibliográficas. Es decir, sin menospreciar el rigor del aparato crítico, el intercambio de estos sabios resulta un tónico saludable para no tomar esas cuestiones demasiado en serio.

En otra dimensión, otros aspectos relevantes del texto que reseñamos son: ante la declaración de don Joaquín de no pretender arrogarse facultades profesionales en los estudios históricos, pues nunca las había desarrollado en una institución académica, HARRISSE expresó su asombro ante el contenido especializado de las respuestas de García Icazbalceta a sus consultas y además escritas en un francés perfecto (mismas que se pueden consultar en esta edición bilingüe); el francoestadounidense nunca imaginó que en México encontraría un estudioso que superara lo que él había visto en Europa o Estados Unidos. Efectivamente, la erudición de García Icazbalceta trascendió las fronteras, ya que además de pertenecer a instituciones académicas nacionales como la Sociedad de Geografía y Estadística o la Academia de San Carlos, fue miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia Española (de la lengua) —y director de la correspondiente mexicana— y su

nombre fue grabado en los muros de la Biblioteca del Congreso, en Washington, junto a Motolinia y Sarmiento.

Por otra parte, ¿qué significaba la publicación de las guías bibliográficas que precedieron a la *Bibliotheca...* de HARRISSE, y la de esta misma? ¿Forman parte del mismo esfuerzo de apropiación de la cultura “americana”, tanto por Estados Unidos como por Francia, ante la insuficiencia ontológica que en su momento destacó ORTEGA y MEDINA para la obra de WILLIAM PRESCOTT? O, ¿se trata de la toma de conciencia de los nuevos imperios?

Ciertamente, la confluencia de HARRISSE y GARCÍA ICAZBALCETA en 1865-1866 demuestra cómo la energía creativa no es algo que existe todo el tiempo y de manera indeterminada, sino más bien, se presenta como la conjunción de intereses que hacen prosperar las cosas en un momento dado. Lo mismo sucede con el desarrollo de grandes proyectos académicos o artísticos. En este caso, para que el diálogo prosperara funcionó cierta “abnegación académica” de la que ambos participaron. Ciertamente, su disposición al intercambio coadyuvó a la publicación de la *Bibliotheca...* de HARRISSE y se prolongó durante trece años. Diversos problemas familiares de don Joaquín, la pichicatería de HARRISSE para obsequiarle sus libros y, finalmente, una sarta de insultos que el franco-estadounidense propinó a la Real Academia de la Historia —a la que el mexicano pertenecía— con motivo de los restos de Cristóbal Colón, acabó con esa “abnegación”.

Uno de los aspectos más importantes de la correspondencia lo representan los distintos momentos en que GARCÍA ICAZBALCETA estuvo dispuesto a abandonar los estudios bibliográficos e históricos, según esto, por falta de méritos. Lo cual, afortunadamente, no sucedió. Tal vez, a la luz de su experiencia en las haciendas azucareras de la Tierra Caliente, en donde tampoco todo era miel sobre hojuelas, y tras sobreponerse a la pérdida de dos hermanos, don Joaquín acabará convenciéndose de las cosas que podía aportar. Tanto su estudio sobre fray Juan de Zumárraga como la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* fueron posteriores a esas incertidumbres.

Precisamente, con motivo de la publicación de la biografía del primer obispo y arzobispo de México, surgió la petición de Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos para que escribiera la que sería su *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*. No fue poco el mérito para un católico convencido como era GARCÍA ICAZBALCETA, el reconocer como académico la falta de documentación sobre la epifanía guadalupana.

Desde luego, algo que queda claro en su correspondencia sobre las haciendas azucareras en los años de la República Restaurada era su oposición a las tendencias laicas, y su promoción de las escuelas católicas en sus haciendas. Por su parte, don Joaquín era un observante convencido de ayunos y penitencias y miembro activo de las Conferencias de San Vicente de Paúl —asociaciones filantrópicas de las Hermanas de la Cari-

dad—; sin embargo, en sus cartas, refiriéndose a un conocido de la familia, no paró mientes en describirlo como “un mocho rematado”, con lo cual está claro que él mismo no se consideraba en esa categoría.

Por otra parte, sí es posible distinguir un perfil político ligeramente distinto al del conservador Lucas Alamán, pues, como se dijo, GARCÍA ICAZBALCETA colaboró con Maximiliano en cuestiones históricas, cosa que Alamán difícilmente hubiera hecho, tras la condena que hizo el emperador del régimen colonial en un discurso conmemorativo de la Independencia, lo cual, como dice Francisco de Paula y Arrangoiz, debió provocarle a Alamán varios revuelcos en la tumba... Por cierto, aparece en esta edición una visión idealizada del político conservador; en una nota, se destaca “su acendrado patriotismo”; más bien da la impresión que no lo conocen suficientemente bien.

Ahora bien, desde el punto de vista del contenido del intercambio epistolar, una de las cuestiones más serias es que, en un par de ocasiones, HARRISSE se permitió propinarle a otro historiador mexicano, muy cercano a GARCÍA ICAZBALCETA —José Fernando Ramírez—, el juicio o mote de “aficionado”. Ante lo cual, sorprendentemente, GARCÍA ICAZBALCETA no respingó, a diferencia de cómo sí lo hizo cuando el francoestadounidense llamó charlatán o hablador a uno de los corresponsales principales de don Joaquín en la capital española, Francisco González de Vera; entonces, de inmediato el mexicano le corrigió la plana. Es

más, en algún momento (p. 276) García Icazbalceta pareciera compartir el juicio referido sobre su colega mexicano, lo cual sí que resulta grave, pues aquella confesión de 1850 en la que don Joaquín le había confiado a Ramírez su afán por reunir materiales para que otros —supuestamente más duchos— los aprovecharan, y su solicitud de consejo sobre qué escritos convendría pedirle a William Prescott con miras a integrarlos a su *Colección de documentos para la historia de México*,¹ así como su esfuerzo conjunto del *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, parecieran haber quedado atrás.

Por otra parte, el desciframiento de los glifos que José Fernando logró de diversos códices, como lo destacaron sus alumnos Francisco del Paso y Troncoso y Alfredo Chavero, no fue un logro menor; aún más, William Prescott, quien en algún momento se sintió agredido por los puntillosos “apuntamientos” que Ramírez hiciera a su *Historia de la Conquista de México*, finalmente acabó agradeciéndoselos y lo llamó “el hombre más sabio sobre el México antiguo”, lo cual, considerando la visión que el duranguense desarrolló en relación con los sacrificios humanos y la antropofagia, resultan más comprensivos y antropológicos que los de muchos de sus contemporáneos.

Con los años, García Icazbalceta llegó a resentir la actitud de los herederos de Ramírez —o más bien de los agentes a quienes acudieron—, pues no obstante el mandato de su padre para que su biblioteca volviera a México, finalmente acabó subastándose en Londres. En las cartas a su hijo sobre las haciendas se hace obvio que don Joaquín quedó muy traumatado con ese desenlace; lo que no supo García Icazbalceta es que una parte importante de su propio acervo bibliográfico ¡correría una suerte similar!

Un detalle que resulta poco claro en esta magnífica edición lo representa el fragmento de una carta de HARRISSE a García Icazbalceta del 23 de enero de 1866; en ella, el académico francoestadounidense reconoce una versión del historiador mexicano sobre el privilegio de Juan Pablos (Giovanni Paoli) para establecer la primera imprenta en la Nueva España, que había localizado José Fernando Ramírez. La duda al respecto surge, pues, como se asienta en la nota al pie correspondiente (458), eso lo aseveró García Icazbalceta en una carta posterior, del 12 de febrero. No queda claro si el bibliógrafo mexicano ya le había adelantado algo a HARRISSE en una comunicación previa, o cómo fue que éste supo con anticipación lo que le diría unos días después.

Ciertamente, una virtud de la edición que comentamos es la de ubicar con la precisión referida a los interlocutores de esta correspondencia en su dimensión humana; no como nos hubiera gustado que fueran, sino como fueron. Aquí se plasman los dramas y ansiedades de esos hombres en su quehacer cotidiano.

Todo lo anterior se complementa de manera excepcional con el libro titulado *Cartas de las haciendas* [azucareras de Morelos], que el polígrafo mexicano escribe a su hijo, Luis García Pimentel, mismas que, ilustran los considerables recursos con que contó el historiador para hacerse de tesoros bibliográficos y darse a las “calaveradas” de leer y escribir a pasto. Misivas que muestran los enormes retos que representaba la administración de esas propiedades agrícolas y, al mismo tiempo, ofrecen una dimensión más íntima de esa figura señera de la historiografía mexicana.

Tantos asuntos y temas nos desviaron del objetivo central de esta reseña: recomendar ampliamente la lectura de *Entre sabios. Epistolario de Joaquín García Icazbalceta y Henry HARRISSE*. Todo mundo, el aprendiz y el profesional, hallará en ella un manantial de conocimiento histórico y bibliográfico.

¹ Carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez, México, 22 de enero, 1850, en *Libros y exilio. Epistolario de José Fernando Ramírez con Joaquín García Icazbalceta y otros correspondientes, 1838-1870*, compilación y estudio introductorio de Emma Rivas Mata y Edgar O. Gutiérrez L., México, INAH, 2010 (Fuentes), pp. 132-136.

Rostros y sitios en los inicios de la fotografía en Querétaro

Rosa Casanova*

Guadalupe Zárate Miguel, *Pioneros de la fotografía en Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2017, 105 pp.

Desde hace años, Guadalupe Zárate emprendió una investigación en torno a la memoria y el patrimonio en Querétaro, que ha fructificado en *La historia de las cosas* (1999) y *Memoria queretana* (2011). Soy testigo de la perseverancia de la autora que hizo posible llevar a buen término —después de años de lucha— la formación de un espacio para la investigación y conservación del patrimonio visual del estado, el Centro Queretano de la Imagen. En una bella casona porfiriana restaurada dentro de los límites del centro histórico se activa también la producción local de imágenes, fincada en el reconocimiento de una tradición para desarrollar proyectos informados que proporcionen miradas nuevas a la realidad.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

En *Pioneros de la fotografía en Querétaro*, el libro que nos ocupa ahora, Zárate reunió una serie de documentos, manuscritos, impresos y visuales para contarnos sobre el inicio de la fotografía en el estado. Antes de tocar su objetivo, nos brinda una serie de coordenadas teóricas y metodológicas desde donde aborda la fotografía. Parte de la afirmación de que la fotografía es la más democrática de las artes, aunque por décadas fue patrimonio de las clases acomodadas. Para ella —al menos en este ejercicio— lo que resulta prioritario es el vínculo entre la fotografía y la historia, plasmada en los usos que la sociedad hace del medio que vino a modificar los conceptos de mundo de nuestros antepasados decimonónicos, y los significados que le fueron asignados. Menciono algunos de los que desarrolla la autora: la subjetividad y la percepción del círculo afectivo, familiar o de amistades a través del retrato; el mundo en que se vivía a través de las vistas, que a la vez permitían imaginar espacios desconocidos; los próceres y políticos que adquieren rostro a través de la imagen fotográfica. Cambios que hoy vuelven a trastocarse con el universo digital, que vuelve autor de su pro-

pia narrativa visual a cada uno de nosotros.

Como historiadora, Zárate se coloca entre el significado de la imagen en su contexto y las lecturas que hoy hacemos de ellas en búsqueda de pistas del pasado concreto del estado. Una tensión que mantiene a lo largo de su estudio. Después nos brinda una brevísima referencia del inicio de la foto en México y las estrategias del Estado mexicano, iniciando con la adquisición del Archivo Casasola en 1976 y la formación de la Fototeca Nacional, para conservar este legado que aún no formaba parte del patrimonio reconocido por las instituciones oficiales, donde figuraba (y a veces sigue siendo así) como documento para ilustrar la historia, sobre todo a través de rostros de héroes y villanos, y de vistas de los sitios marcados por algún evento. Recorre también la formación de acervos en Querétaro: nos informa que ninguno está catalogado y sólo dos están accesibles a la consulta del público. Un resultado pobre cuando se piensa en la riqueza a la que alude el trabajo de rescate de la historia fotográfica queretana realizada por Patricia Priego y José Antonio Rodríguez en 1989

(*La manera en que fuimos*), o el estudio sobre Esteban Galván realizado por la autora en 1999.

Para ordenar su investigación, estableció una periodización y este libro corresponde justamente a una primera etapa, poco conocida. Sitúa la procedencia de las imágenes, todas localizadas en instituciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH): Fototeca Nacional, Fototeca Constantino Reyes-Valerio de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, y Museo Regional de Querétaro. No es casual que sea esta institución donde más se ha apoyado la investigación sobre el medio, como lo prueba la propia autora, investigadora del Centro-INAH Querétaro.

En el primer capítulo, Zárate esboza la biografía de José Manuel de Herrera Olvera, siguiendo el expediente conformado para su ingreso a la Real Escuela de Minería en las postrimerías del Virreinato de la Nueva España. Como alumno, y luego profesor de esa venerable institución educativa, adquirió conocimientos de química y compartió el interés por fijar la imagen como tantos otros científicos en Occidente que experimentaron con diversos procedimientos (es el caso de la orina que utilizó el francés Hércules Florence en Brasil por 1833, como ha estudiado el historiador y fotógrafo Boris Kossov). Hace muchos años, Olivier Debrouse y quien esto escribe interpretamos esta “necesidad”, remontándonos a 1675, cuando Luis Becerra Tanco explicó de “manera científica” en *Felicidad de México en el principio y milagroso origen que tuvo el santuario de la*

Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe, cómo se había fijado la imagen de la Virgen Morena en la tilma de Juan Diego (*Sobre la superficie bruñida de un espejo*, 1989), o a la ficción que siglos más tarde desarrolló el artista Carlos Jurado sobre Enrique Martínez en Ciudad Real (hoy San Cristóbal de Las Casas) en *El arte de la aprehensión de las imágenes y el Unicornio* (1974).

Los trabajos de Herrera muestran su conocimiento y destreza, su inserción en la cultura científica de la época y, por otra parte, confirman la necesidad de contar con un aparato de Estado que apoyara y difundiera el invento, como ocurrió con Louis-Jacques-Mandé Daguerre en 1839. La transcripción del expediente de 1797, encontrado por la autora en el Archivo del Palacio de Minería, y la contextualización que ella misma hace, nos adentra en los procedimientos seguidos por la Real Escuela de Minería, la procedencia de Herrera, a quien sigue la pista a través de un artículo publicado en 1813 y un discurso de 1834, donde valora las aportaciones de la química en el mundo moderno. Se puede agregar que, en una historia de 1890 sobre la escuela de minería, el ingeniero de minas Santiago Ramírez valoraba el hecho de que De Herrera hubiera descubierto la fotografía “al mismo tiempo que Daguerre”, pues para entonces ya se consideraba un descubrimiento valioso, a la altura del telégrafo o las máquinas de vapor.

Posteriormente nos presenta la que a su juicio es la imagen más antigua de la localidad: un retrato

de indios otomíes que fue vendida al Museo Regional por los descendientes que habitaban en Tolimán, estableciendo la procedencia familiar y geográfica. La autora enfatiza que esos indios son sujetos de la foto, y no objetos, pues *no* se trata de un registro etnográfico, como suele suceder con las imágenes de grupos étnicos que empiezan a ser frecuentes hacia finales del siglo XIX. Nos ubica en la historia de los indígenas de Querétaro, en especial la de los otomíes, cuya lengua era una de las más extendidas en el país.

Se trata de un ferrotipo pequeño que muestra a tres hombres y que Zárate fecha entre 1850-1855; considera que posiblemente son arrieros que tuvieron suficientes ingresos como para retratarse y, sobre todo, el interés por hacerlo. Los sitúa en la calle, pues se aprecian anuncios pegados en la pared que les sirve de fondo. Recordemos que durante gran parte del siglo XIX, como informa la autora, era frecuente la presencia de fotógrafos ambulantes que iban en ciertos periodos del año a las poblaciones alejadas, generalmente cuando se celebraba alguna feria local. Ellos utilizaron habitaciones de hoteles o casas y, con frecuencia, el espacio abierto para realizar sus tomas. Sin embargo, considero que la vestimenta y los anuncios apuntan a una fecha posterior (posiblemente hacia 1890), ya que la técnica del ferrotipo se siguió empleando hasta las primeras décadas del siglo XX. En realidad poco importa pues se trata de un retrato significativo, casi único en la fotografía decimonónica en México.

Para concluir el primer capítulo nos presenta el retrato de Rómulo Bautista, un héroe de la batalla del Cinco de Mayo. Establece su procedencia: el fundador del Museo Regional, Germán Patiño, a quien Zárate ha estudiado, recibió de los descendientes de Bautista un conjunto de materiales en 1936. Se trata de la reproducción de un retrato en formato de tarjeta de visita, que permitió la difusión casi masiva de la fotografía, como narra la autora. A esta imagen de un joven se le colocaron dos medallas que le fueron concedidas por su valentía. Como era de esperarse, Guadalupe Zárate nos narra la historia de Bautista y la presencia de los batallones queretanos en la gesta.

Como suele suceder en la investigación, las horas sentadas revisando materiales nos premian generalmente con pequeños y grandes hallazgos. Es el caso de Guadalupe, quien encontró en la Fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos una serie de reprografías de materiales sobre el Segundo Imperio en Querétaro, de la cual desafortunadamente no se consignó la procedencia. Se trata de nueve vistas que le permiten elaborar un segundo capítulo dedicado a la primera visita de Maximiliano a la región, entre agosto y octubre de 1864. Basándose en las fuentes de la época, reconstruye el recorrido que coincide con las imágenes. La confrontación con el álbum de un oficial francés (Louis Falconnet) que se resguarda en las colecciones del Getty Research Institute, en Los Ángeles, California, le

dotó de imágenes y textos similares. De esta manera encontró un referente temático y autoral, Ernest Louet, pagador del ejército francés, una fuente fundamental, pero creo que es más importante la contextualización que Zárate hace para fechar las imágenes. Sólo con su conocimiento sobre el patrimonio arquitectónico es posible fijar referentes tan ciertos. Nos enteramos entonces de algunas de las transformaciones que ha sufrido el patrimonio queretano, como el del convento de San Francisco que hoy alberga al Museo Regional citado. Las imágenes, a su vez, proporcionan elementos para entender estructuras y urbanizaciones y así contribuir a la conservación del rico legado patrimonial.

El capítulo cierra con el álbum de Falconnet, donde se identifica erróneamente al general Tomás Mejía con un retrato aparentemente de Juan Nepomuceno Almonte. Un error comprensible pues, como miembro del ejército francés, debió salir del país antes del sitio de Querétaro.

El libro cierra con “Los queretanos a escena”, fincado en el acervo de tarjetas de visita que se encuentra en el Museo Regional, reunido por Germán Patiño y el historiador Heraclio Cabrera. Ese formato abarató los precios, fomentando la producción y circulación de imágenes. Podríamos pensar en un impacto similar al que ha tenido la foto digital: una ampliación del horizonte visual casi inimaginable; una democratización como señalaba el periódico satírico *La Orquesta* en 1866, que Zárate cita.

El acervo del Museo Regional de Querétaro consta de 15 860 piezas, de las cuales 221 son tarjetas de visita que han sido catalogadas por la autora y Gabriel Arturo Juárez Hernández. Entre ellas destacan 43 piezas que remiten a la famosa serie de tipos mexicanos elaborada por la firma de Cruces y Campa.

Me llamó la atención la circulación de los retratos y, por tanto, de los queretanos; hay fotos cuyas dedicatorias (invaluable fuente para los historiadores) las sitúan en la Ciudad de México, San Luis Potosí o Zacatecas. Desafortunadamente no todas llevan inscripciones ni el nombre del fotógrafo estampado en la tarjeta donde se adhería la imagen (188 de 221). No nos permiten olvidar que aun en esas décadas, las personas se movían con regularidad.

La autora se concentra en las imágenes que dan cuenta de usos y costumbres en la sociedad queretana, tanto en la vida privada como en la imagen de políticos. Encontró desde declaratorias de amistad y reafirmación de lazos familiares, hasta imágenes osadas (el sujeto sentado en las piernas de otro hombre), o vínculos con la muerte (en la dedicatoria de María F. de Guerrero a su ahijada).

Guadalupe Zárate cierra con una visión general de los fotógrafos que operaban en la capital del estado y en los estudios de la Ciudad de México y San Luis Potosí, frecuentados por los queretanos. Un primer listado que sin duda es un punto de partida importante para la continuación de esta historia de la fotografía en Querétaro.

El Distrito Norte de la Baja California en disputa

Diana Lizbeth Méndez Medina*

César Alexis Marcial Campos, *Un territorio en disputa. El Distrito Norte de la Baja California durante el gobierno de Esteban Cantú, 1915-1920*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur / Conaculta / Instituto Sudcaliforniano de Cultura / Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2016, 133 pp.

El libro *Un territorio en disputa...*, escrito por César Alexis Marcial Campos, tuvo como base la investigación realizada por el autor para obtener la licenciatura en historia en la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). La tarea de estudiar el gobierno de Esteban Cantú podría considerarse redundante si tenemos como parámetro las obras escritas sobre el tema¹ y la aceptación de las in-

terpretaciones sobre este periodo de la historia bajacaliforniana que prevalecen en la historiografía. Sin embargo, este libro muestra los resultados que se pueden obtener cuando jóvenes investigadores cuestionan aseveraciones aparentemente inamovibles y plantean preguntas de investigación distintas en búsqueda de nuevas explicaciones. Como afirma Antoine Prost: “El análisis de un objeto conocido, a partir de los estudios previos de otros investigadores, puede tener gran pertinencia científica si se inscribe dentro de un planteamiento innovador”.²

César Alexis Marcial identifica en los estudios sobre el tema la manera simplificada cómo se ha entendido el proceso revolucionario en el entonces Distrito Norte de la Baja California,³ pasando por alto hechos que ameritan explicaciones más complejas. El au-

tor señala que entre ellas está aceptar que el gobierno de Cantú fue “simplemente” removido por una columna de expedicionarios encabezada por Abelardo L. Rodríguez en 1920, que Cantú se equivocó cuando decidió no sumarse a la rebelión de Agua Prieta y afirmar que durante su mandato proliferaron los negocios de esparcimiento.⁴ Ante estas aseveraciones inquiere: “¿Qué importancia tenía el control de los recursos del erario en los desacuerdos y tensiones de Cantú con el gobierno federal? En los conflictos entre Cantú y el grupo sonoreense, ¿qué lugar tenían las diferencias ideológicas? ¿Cómo veían los sonorenses a Cantú? ¿Qué información solicitaron sobre él, acerca de su gobierno y de los recursos del erario? ¿Qué tipo de información recibieron? ¿Por qué no prosperó entre ellos ningún tipo de acuerdo antes y después de la rebelión de Agua Prieta?”⁵

A partir de estas interrogantes, César Alexis Marcial se propone explicar cómo el coronel Esteban

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Baja California (UABJ).

¹ Por ejemplo, Javier Garcíadiego, “Esteban Cantú y la revolución constitucionalista en el Distrito Norte de la Baja California”, tesis de maestría en historia de América Latina, Universidad de Chicago, 1979; Max Calvillo, “Esteban Cantú en Baja California. Consideraciones en torno a su gobierno”, *Yubai. Revista del Área de Humanidades*, núm. 7, julio-septiembre, 1994, pp. 4-10, también Max

Calvillo, “Indicios para descifrar la trayectoria política de Esteban Cantú”, *Historia Mexicana*, vol. 59, núm. 3 (235), enero-marzo, 2010, pp. 981-1040.

² Antoine Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 96.

³ A partir del 1 de enero de 1888, el antiguo Partido Norte de Baja California recibió la categoría política de Distrito Norte. Esta jurisdicción tenía un municipio (Ensenada de Todos los Santos), capital del Distrito, donde residía el jefe político. El coronel Esteban Cantú cambió la capital a Mexicali en 1915.

⁴ César Alexis Marcial Campos, *Un territorio en disputa. El Distrito Norte de la Baja California durante el gobierno de Esteban Cantú, 1915-1920*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur / Conaculta / Instituto Sudcaliforniano de Cultura / Archivo Histórico Pablo L. Martínez, 2016, p. 12.

⁵ *Idem*.

Cantú se mantuvo como jefe político del Distrito Norte de la Baja California durante un lustro hasta que fue destituido por el grupo sonoreense (encabezado por Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta), que buscaba pacificar al país mediante el control de las facciones revolucionarias que persistían en el país, y necesitaba recursos financieros para llevar a cabo su programa de gobierno.

A lo largo de tres capítulos bien escritos, divididos en apartados breves que favorecen la comprensión del proceso, el autor explica cómo el coronel Esteban Cantú llegó al cargo de gobernador del Distrito Norte de la Baja California. Destaca los elementos que utilizó para consolidar su posición política en un contexto crítico, en el que se padecían los estragos del movimiento revolucionario en México, de qué manera lidió con las presiones ejercidas por Venustiano Carranza hasta conseguir su reconocimiento como gobernador en 1917 y cómo intentó mantenerse en la gubernatura del Distrito cuando el grupo sonoreense tomó la presidencia de la República en 1920, así como su fracaso frente a la estrategia trazada por el mismo grupo para destituirlo.

En la construcción del relato el autor recurre a diferentes fuentes, misma que examina el gobierno del coronel Cantú bajo una óptica distinta y a luz de otras evidencias. En el primer capítulo muestra que los informes elaborados por los opositores a este personaje en el Distrito Norte y por quienes se habían exiliado en California a raíz del movimiento revolucionario, dieron forma a una imagen nega-

tiva sobre él y su gobierno que no correspondía a los hechos, porque durante su mandato se llevaron a cabo obras públicas indispensables para la demarcación, por ejemplo la construcción del Camino Nacional, que comunicaría las localidades de la costa con Mexicali, capital política del Distrito, además del interés mostrado por el coronel por la educación.

Por otra parte, el autor presenta evidencias que delinear al gobernador Cantú como un político pragmático, con dotes de administrador y liderazgo, quien consolidó su posición en el Distrito Norte con el respaldo de su ejército y un conjunto de alianzas. Mediante el otorgamiento de concesiones a familiares, paisanos y amigos, formó un círculo de apoyo para su gobierno que, al mismo tiempo, desplazó a los grupos políticos locales que aspiraban a ocupar cargos públicos. También contó con la colaboración de los diarios *Arizona Sentinel* y *El Heraldo de México* en Los Ángeles, *La Vanguardia* y *El Monitor* en Baja California, mediante los que difundió noticias favorables sobre su mandato y el Distrito, en el sur de Estados Unidos.

El respaldo del ejército brindó a Esteban Cantú margen de acción en su gobierno. También buscó allegarse de recursos mediante el cobro de impuestos a las actividades económicas más lucrativas en ese momento: cantinas, casinos, carreras, prostitución y fumaderos de opio. De esta manera, su gobierno dependería menos de los recursos que el gobierno federal asignaba al Distrito Norte. En anexos al texto, el autor presenta cuadros en los que compiló datos sobre los ingresos recaudados por el gobierno de

Cantú del año 1915 al 1920, que permiten aproximarse al conocimiento de los recursos de los que pudo disponer para emprender la construcción de obras públicas básicas, aunque no ahonda en el destino de esos ingresos debido a que escapa a sus objetivos de investigación. Los indicios presentados por César Alexis Marcial dejan de manifiesto la necesidad de profundizar en el análisis del gobierno de Cantú, más allá de la visión negativa que fue difundida y que persiste en algunas obras históricas.

En el último capítulo del libro, Marcial Campos presenta una explicación puntual sobre la estrategia seguida por los sonorenses para desplazar a Esteban Cantú del Distrito Norte, y demuestra que su destitución no fue automática ni resultado de una decisión unilateral, sino de negociaciones y de movimientos estratégicos, al igual que fue su arribo a la jefatura de esta jurisdicción y su permanencia en el cargo en un lustro de conflictos en gran parte del país.

El autor reconstruye el arribo de los personajes enviados por los sonorenses para obtener información del Distrito y, llegado el momento, negociar con el coronel para que entregara la jefatura de la jurisdicción, así como la estrategia que se llevó a cabo para desarticular el círculo de colaboradores creado por Cantú. A estas decisiones se sumó el interés de los triunfadores de la Revolución por restablecer relaciones con Estados Unidos bajo la promesa de “moralizar la frontera” que, desde luego, incluía a Baja California y las localidades fronterizas. La prensa a favor de la causa sonoreense y la desintegración del ejér-

cito obligaron al coronel a entregar la gubernatura a Luis M. Salazar, designado por Adolfo de la Huerta para sustituirlo en el cargo en 1920.

En suma, el autor responde a lo largo del texto a la mayoría de preguntas planteadas inicialmente, siendo destacable la explicación precisa sobre la maniobra ejecutada por los sonorenses para destituir a Cantú, más allá de la acción militar encabezada por Abelardo L. Rodríguez. El contenido del libro re-

afirma la urgencia de estudiar detalladamente el gobierno de Esteban Cantú y despierta el interés por border una biografía de este personaje que atienda a sus facetas de militar, líder, político y gobernante.

El libro aquí reseñado es un ejercicio bien logrado de un historiador en formación que asume el reto de construir explicaciones, labor que, según Luis González, “pone a prueba el talento de estudiosos del pasado”, porque,

sostiene este autor: “Contestar a preguntas de qué cosas ocurrieron y cómo ocurrieron es regodearse con la placentera práctica del chisme, pero dar respuesta a los porqués de los sucedidos es meterse en un nudo de dificultades”.⁶ Aunque César Alexis Marcial Campos arrostra esta misión y logra salir bien librado, es pertinente anotar que la obra carece de conclusiones que recuperen el punto de vista del autor sobre el proceso examinado.

Los usos sociales del agua

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Julio Contreras, Jesús R. Navarro-García y Sergio Rosas (coords.), *Agua, Estado y sociedad en América Latina y España*, México, Universidad Veracruzana / Escuela de Estudios Hispano-Americanos-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2015, 343 pp.

Bajo el patrocinio del Seminario Permanente: Agua, Territorio y Medio Ambiente del Consejo Superior de Investigación Científica, de España, y de la Universidad Veracruzana, se ha publicado el libro

Agua, Estado y sociedad en América Latina y España, coordinado por Julio Contreras, Jesús R. Navarro-García y Sergio Rosas, el cual tiene la virtud de reunir doce trabajos que estudian el vital líquido desde diversas perspectivas de investigación. Una de ellas es la de Pilar Paneque, quien señala que, para lograr mitigar el impacto de las sequías, se debe aplicar una política de gestión de los riesgos, lo cual implica establecer medidas de anticipación y previsión. La autora refiere que en España prevalecen dos políticas de gestión en materia de sequías: la del enfoque reactivo, que considera el tema como una situación de emergencia; por lo tanto, se enfrenta el fenómeno a través de la movili-

ción de recursos de carácter extraordinario, pero cuyas soluciones técnicas y económicas son ineficientes pues no existe una evaluación de alternativas, ni participación de los grupos de interés. La segunda es la del enfoque preventivo, la cual aborda la sequía desde un marco de planificación general, por lo que se realiza un análisis del riesgo existente y se presenta una planificación para prevenir o minimizar los efectos que genera.

La primera de las políticas ha prevalecido porque la legislación estipula que se adopten medidas extraordinarias ante la sequía.

⁶ Luis González y González, *El oficio de historiar*, México, Clío, 1995, p. 127 (Obras completas de Luis González y González, I).

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Sin embargo, Paneque advierte que esta situación se ha modificado gracias a que la ley del Plan Hidrológico Nacional, promulgada en 2001, plantea la creación de programas de previsión de las sequías que incorporan la perspectiva de la gestión de los riesgos. La experiencia nos enseña que debe prevalecer un enfoque preventivo orientado, entre otros factores, a la escorrentía media en años de escasez, a la participación ciudadana para resolver los conflictos, construir consensos y crear conciencia pública.

Rafael Cámara y Bilal Paladini estudian la transformación del paisaje en seis asentamientos ubicados en el área de protección ambiental de Tambaba, entre los que sobresale Donha Antonia, que se constituyó en 1996 y cuenta con 10000 habitantes. Los investigadores plantean que los cambios en el uso del suelo han fomentado y acelerado los procesos de “voçorocamiento”, derivados, en parte, por los desvíos inapropiados de las redes de drenaje que canalizan los flujos de agua, por la quema de las matas pioneras y por el cultivo de coco. En la localidad se observa el avance de las “voçorocas” en las cabecezas y en las márgenes, así como en las vertientes sin vegetación, provocando riesgos y obligando a evitar actividades humanas en estas áreas. Para prevenir la aparición de voçorocas se ha de buscar la gestión integrada de la cuenca en su totalidad y mantener el tránsito natural de los sedimentos de los ríos; además, se podría impulsar el “modelo familiar” de cultivo, el cual utiliza insumos orgánicos, semillas adaptadas al terreno y

policultivos, que resulta más sostenible que el agroexportador.

Jesús R. Navarro-García plantea la necesidad de rescatar el balneario del Pozo Amargo, pues constituye la evidencia de una tradición termal propia de la Andalucía oriental, donde se une el concepto de salud con el de patrimonio cultural y la calidad paisajística. La recuperación de las instalaciones termales de la aldea de Pozo Amargo forma parte de la propuesta para revitalizar el alto Guadaíra. Aunque se tienen noticias de este balneario que datan de 1792, no fue sino entre los años 1830 y 1850 cuando se levantaron las primeras construcciones. Este balneario contaba con una villa termal y diversos pabellones familiares. A pesar de ser una estancia de interior, disponía de instalaciones dirigidas a una clase social alta. Un elemento que caracterizó a Pozo Amargo es que fue uno de los primeros intentos de crear un urbanismo ligado al desarrollo del termalismo. La propuesta era lograr que la observación del paisaje tuviera un efecto de bienestar entre los visitantes y los habitantes, a partir de la armonía en los planos filosófico, ecológico y social. Navarro-García indica que en 1903 se contabilizaban 31 balnearios en funcionamiento en la Andalucía oriental, pero este número se ha reducido a 12.

Por su parte, Alice Poma y Tommaso Gravante examinan el cambio cultural experimentado por tres comunidades, dos en España y una en México, que defendieron su territorio para evitar la construcción de una presa. A través del análisis de la experiencia

de los individuos y su dimensión emocional, tratan de entender la transformación de su conducta y su empoderamiento político. De los tres casos estudiados, el embalse de Riaño, la defensa del río Grande en Coín y la construcción de la presa de San Nicolás en Jilisco, sólo dos de ellos fueron exitosos, el de Coín y el de San Nicolás, mientras que el de Riaño concluyó con el desalojo e inundación de los pueblos. En las entrevistas realizadas a los participantes, éstos manifiestan que sus acciones fueron consecuencia de la pérdida de legitimidad por parte de las autoridades, por lo cual, ante tal situación, buscaron defenderse y actuar contra las injusticias. Los autores concluyen que el cambio cultural se manifestó en el ámbito individual más que colectivo, sin embargo, la experiencia de protesta se convirtió en una acción que transformó sus vidas.

Anthony Goebel y Ronny J. Viales en su texto estudian los factores pluviales para conocer su impacto en la dinámica económica y socioambiental de la Costa Rica decimonónica. Los autores mencionan que las autoridades costarricenses buscaban tener conocimiento de la situación climática con la finalidad de conseguir un incremento en la productividad y en la diversificación de la agricultura. En el periodo de estudio, el rasgo dominante de las precipitaciones era su carácter fluctuante. Los datos revelaban que el fenómeno climático de La Niña presentaba mayores fluctuaciones que el de El Niño. La respuesta de las autoridades estatales ante los eventos meteorológicos se limitaba a la

asignación de fondos adicionales. El imaginario de la época asociaba las lluvias con las enfermedades, pensándose de esta manera en una “naturaleza vil” que atentaba contra la vida humana. Así, se consideraba que las problemáticas sanitarias eran consecuencia de la “implacable furia de la naturaleza”, dejando de lado la ausencia de medidas de salubridad y la segregación socioespacial, factores que provocaban asentamientos en zonas poco aptas para el desarrollo de la vida humana. La información analizada nos revela que a las condiciones meteorológicas extremas se les dotaba de una connotación negativa, por lo cual, los grupos sociales pedían una mayor intervención estatal en la resolución de las problemáticas asociadas a factores climáticos. La investigación subraya que, a pesar del ciclo de precipitaciones excesivas, la producción agrícola destinada a la exportación no resultó afectada.

Julio Contreras señala que en la ciudad de Veracruz llegaron a existir condiciones de insalubridad debido a la precariedad de los servicios públicos, pues las alcantarillas eran insuficientes, las letrinas eran escasas, los habitantes carecían de hábitos higiénicos, además de que hacía falta agua para consumo doméstico. Las malas condiciones sanitarias del puerto provocaron la aparición de epidemias como la fiebre amarilla, pero afortunadamente no tuvieron un gran impacto demográfico. Para mejorar las condiciones sanitarias se cambió el sistema de alcantarillado, se empedraron las calles y se estableció un abastecimiento regular de agua. Sin embargo, las

acciones emprendidas no modificaron la situación, pues el riesgo de contagio seguía latente; ante tal situación, en 1903 se emprendió una campaña sanitaria para erradicar la enfermedad, encabezada por el doctor Eduardo Liceaga, que incluía la fumigación de los sitios con agua estancada y cuarentenas.

Inmaculada Simón y Andrea Noria analizan los cambios que se produjeron en el Desierto de los Leones como consecuencia de la instauración del convento carmelita, el cual fue fundado en una zona en la que preexistían los pueblos de Coyoacán, San Mateo Tlatenango, Cuaximalpa y San Bartolomé, que utilizaban en su beneficio el agua y los bosques. La construcción del convento no sólo significó la apropiación de una importante extensión de tierra, sino que también se impidió a los antiguos usufructuarios acceder a los recursos. La lucha emprendida por los pueblos contra los carmelitas se explicaba porque el convento estaba ubicado en una zona regada por 20 manantiales y dos ríos, además de un bosque que abastecía de madera a las poblaciones. Así, los antiguos usuarios defendían el acceso comunal a los recursos, mientras que los religiosos justificaban su derecho a la propiedad privada.

Juan Hugo Sánchez en su artículo examina el caso de las poblaciones de los valles centrales de Oaxaca, Etna, Ocotlán, Zimatlán y Tlacolula, para entender el papel de la administración municipal del agua durante el porfiriato. Hace mención que en la legislación oaxaqueña sobre bienes comunales no aparecían referencias sobre la propiedad del agua, pero con la

promulgación de la Ley Lerdo, en 1856, se utilizó la legislación liberal para apropiarse de dicho recurso natural. Así ocurrió en Etna, donde un español solicitó la adjudicación de una fuente de agua que nacía en terrenos comunales, situación contraria al reglamento de 1862, que permitía que los funcionarios municipales repartieran el agua, con la condición de que privilegiaran las necesidades de los vecinos.

En 1873 se publicó un decreto sobre la “servidumbre legal de las aguas”, que regulaba los contratos entre particulares sobre el uso del líquido, pero también evidenciaba el reforzamiento del papel del Estado en su uso. Con la ley de 1905 se fortaleció aún más la jurisdicción del Estado sobre las aguas y se establecieron los lineamientos relativos a concesiones. Aunque se respetó la propiedad de los ayuntamientos con respecto al tema del recurso vital, se exigió que mostraran sus títulos de propiedad para seguir teniendo beneficios sobre el recurso. Si bien la ley de 1905 buscó centralizar la administración del agua en manos del estado, lo cierto es que los vecinos apelaron a la negociación y a los acuerdos ante la ineficacia de las autoridades municipales para defender sus derechos.

Sergio Rosas estudia las disputas por el agua en Izúcar de Matamoros, Puebla, entre los pueblos de San Luis Chalma y Ahuehuetzingo *versus* las haciendas cañeras pertenecientes a los hermanos Díaz Rubín. Los hacendados tuvieron que establecer acuerdos para garantizar su producción, pues los pueblos fueron activos negociantes que

utilizaron los instrumentos legales para lograr los mayores beneficios posibles. Para obtener el acceso al agua, los hermanos Díaz Rubín recurrieron a la compra de tierras, formalizaron convenios con los usuarios del río, reconstruyeron la infraestructura hídrica de la región y buscaron mejorar las condiciones de las poblaciones. Como los tratos se producían entre las partes beneficiadas, las autoridades locales y estatales sólo fungían como testigos. Aunque las negociaciones no siempre resultaron equitativas, se llevaban a la práctica para evitar conflictos mayores. Llama la atención que los acuerdos partían de la base del reparto colonial y del reconocimiento mutuo de ser usuarios.

Esther Padilla analiza los avatares de Manuel Oroz, quien compró una amplia superficie en el valle del Yaqui con la intención de colonizarla, pero sus planes se frustraron por no contar con el título de propiedad, lo cual no sólo

limitó las posibilidades de obtener una concesión para irrigación sino también la oportunidad de asentar a las familias que había llevado para habitar la tierra.

Juan Manuel Matés estudia el establecimiento de las empresas de abastecimiento de agua potable en los territorios de Castilla, Aragón, La Rioja y Extremadura en el siglo XIX. Señala que la demanda de agua promovió un modelo administrativo en el cual prevalecía la “concesión”. En la región estudiada se llegaron a establecer diez empresas entre los años de 1840 y 1900: cuatro en Castilla y León, dos en Extremadura, una en Castilla-La Mancha, una en Aragón y dos en Madrid, situación que se modificó en las primeras décadas del siglo XX cuando se fundaron 36: cinco en Aragón, dos en La Rioja, trece en La Mancha, cinco en Castilla y León, dos en Extremadura y cinco en Madrid. El caso de Madrid resulta de interés de-

bido a la intervención del Estado para abastecer agua a la ciudad, lo cual provocó que las compañías tuvieran que dedicarse al suministro en las localidades cercanas y a la asesoría de los ayuntamientos. Es de destacar que la distribución regional de las empresas proveedoras del agua tenía una marcada correspondencia con el mapa industrial y urbano de España.

Los estudios recopilados en este libro muestran la vitalidad de las investigaciones sobre el agua, pues no sólo se plantean los usos que se le daba, sino también las disputas y las negociaciones que generaba, pero tal vez lo más importante es la reflexión sobre la necesidad de contar con estrategias que permitan enfrentar su carencia. La diversidad de enfoques, metodologías e instrumentos de análisis hacen que esta obra se convierta en un referente para los estudiosos de los fenómenos de los usos sociales del agua.

Instrucciones para los colaboradores de la revista



1. Los autores enviarán sus colaboraciones al director o los editores de la revista, al correo electrónico revista_historias@inah.gov.mx o historias.inah@gmail.com de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título (no mayor de 100 caracteres), el nombre del autor y la institución a la que está adscrito, o en su caso, indicará si es investigador independiente.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior, se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. Además se incluirá en una hoja aparte el nombre del autor, la institución a la que está adscrito, su número de teléfono (con horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
5. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen de ocho líneas como máximo, en español y en inglés, así como cinco palabras clave.
6. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente se aceptarán por su calidad académica o por la importancia del tema sobre historia latinoamericana o española.
7. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas (de 1800 caracteres) y máxima de 30. No deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra, la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa.
8. Las reseñas tendrán una extensión de cuatro a ocho cuartillas y deberán tener título.
9. La bibliografía comentada que incluye la sección de “Andamio” no excederá las 30 cuartillas.
10. El documento inédito, para la sección de “Cartones y cosas vistas”, no excederá de 30 cuartillas y deberá contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
11. Todas las colaboraciones estarán escritas en letra Arial 12, con interlineado doble, y respetarán un margen de 3 cm por lado. Las referencias o pies de página deberán contener los siguientes datos:

Libro:

Nombre del autor, apellidos, *título de la obra*, lugar de edición, editorial, año de publicación y páginas (p. 54 o bien pp. 54-45)

Capítulo de libro:

Nombre del autor, apellidos, “título del capítulo”, en nombre del coordinador o editor, *título del libro*, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Artículo:

Nombre del autor, apellidos, “título del artículo”, *título de la publicación*, núm. (de la revista en su caso), año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien, pp. 55-70).

Periódico:

Nombre del autor, apellidos, “título del artículo”, *nombre del diario*, lugar de edición, año, página o páginas utilizadas (p. 54, o bien pp. 55-70).

Otras fuentes: audiovisuales y sonoras en soporte DVD o CD: autor, *título*, lugar de edición, fecha, y en su caso minuto o segundo de referencia.

En el caso de la mesografía o referencias al internet: autor, *título*, referencia o sitio consultado, fecha de consulta.

12. Las imágenes o fotografías que acompañen al texto deberán tener una resolución de 300 DPI en formato JPG o TIFF con una medida máxima de 29 cm y una mínima de 14 cm y el autor debe conseguir los derechos autorales para su posible publicación.
13. Cuando se utilicen siglas o iniciales, en la primera ocasión deberá escribirse en extenso el nombre referido; en las posteriores sólo se utilizarán las siglas.
14. Todas las colaboraciones se someterán a dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores y de los dictaminadores.
15. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
16. Los editores de *Historias* revisarán el estilo, redacción y correcciones pertinentes para mayor claridad del texto, en tanto no se altere el sentido original del mismo, y se sugerirán los cambios al autor, quien deberá expresar su visto bueno.
17. Al momento de recibir las colaboraciones se les comunicará al (los) autor(es) para que estén enterados de su recepción.
18. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración, en caso de artículos y ensayos. En caso de reseñas se entregan tres ejemplares.

Revista *Historias*, de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Calle Allende núm. 172, esq. Juárez, Alcaldía Tlalpan, C.P. 14000, México D.F. Tel. 40405100 ext. 204; correo electrónico: revista_historias@inah.gov.mx o historias.inah@gmail.com

h

ENTRADA LIBRE

- Carlos Aguirre / Antonio Saborit
- Rebeca Monroy Nasr

ENSAYOS

- Carlos Aguirre Anaya
A propósito del número cien de la revista historias
- Rodrigo Martínez Baracs
La revista historias de la Dirección de Estudios Históricos del INAH (1982-2018)
- Edgar O. Gutiérrez López
“El pasado siempre pesa sobre la actualidad”.
Textos en la revista historias sobre los siglos XVIII y XIX
- Beatriz Lucía Cano Sánchez
Revista historias de la Dirección de Estudios Históricos, siglo XX
- Esther Acevedo / Rosa Casanova
Tiempos y memorias
- Rebeca Monroy Nasr
La revista historias, nuevos tiempos en un festejo centenario

CARTONES Y COSAS VISTAS

- Gerardo Necoechea Gracia
Infancia minada: entrevista a Silvia Aguirre

RESEÑAS

- Clara García Ayluardo, *Construyendo los estereotipos del indio a lo largo del tiempo*
- Rodrigo Martínez Baracs, *Un estudio sobre el Diálogo de doctrina cristiana en la lengua de Mechuacan, 1559, de fray Maturino Gilberti*
- Miguel Soto, *Calaveradas y erudición*
- Rosa Casanova, *Rostros y sitios en los inicios de la fotografía en Querétaro*
- Diana Lizbeth Méndez Medina, *El Distrito Norte de la Baja California en disputa*
- Beatriz Lucía Cano Sánchez, *Los usos sociales del agua*



www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

